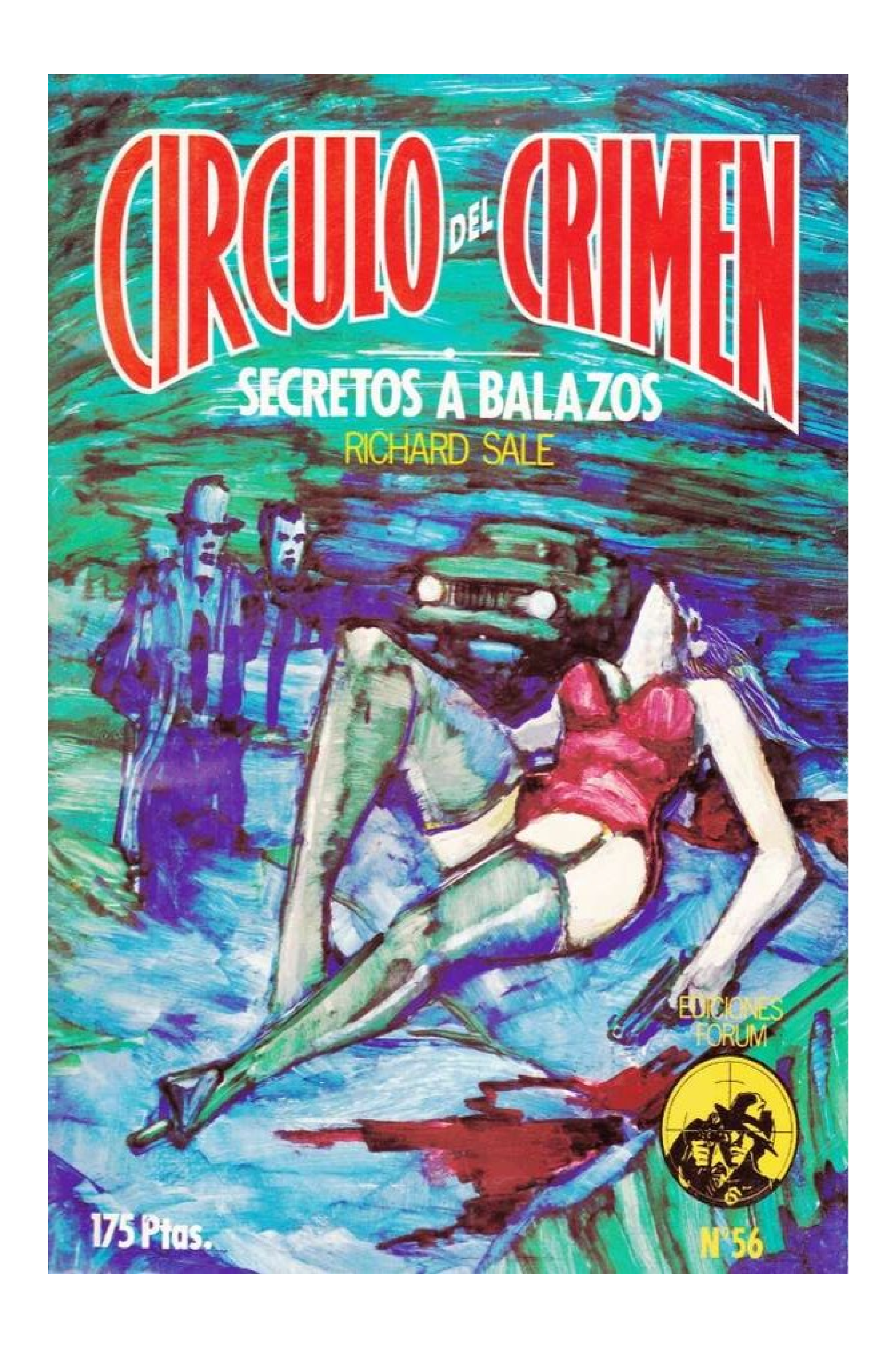

CIRCULO DEL CRIMEN
SECRETOS A BALAZOS
RICHARD SALE
EDICIONES FORUM
175 Ptas.
Nº 56

Richard Sale

SECRETOS A BALAZOS

Círculo del Crimen Nº 56

ePub r1.0

Rutherford/Rbear 11.04.16

Título original: *Lazarus nº 7*
Richard Sale, 1942
Traducción: J. Romero de Tejada
Forum: 1984
ePub base r1.2

1

Era un jueves por la noche y yo iba por la carretera, a través del Valle de San Fernando, a unas setenta millas por hora, cuando Emily Wheaton se destacó súbitamente en la oscuridad con un traje de noche blanco y un abrigo de marabú, del mismo color, agitando frenéticamente los brazos. Entonces yo no sabía su nombre, porque no la había visto en mi vida. Y en aquella ocasión hubo muchas probabilidades de que nunca oyera su nombre, por lo menos de su boca. Ella estaba demasiado dentro de la carretera, reinaba una oscuridad profunda en el Valle y yo iba demasiado de prisa. Durante un centenar de metros, después de haber pasado junto a ella, echando los frenos del Cadillac y arrancando goma a los perfectos neumáticos de Joss Henry, creí que la había matado. Incluso me imaginé haber oído el golpe de su cuerpo contra la parte derecha del parachoques, y experimenté una desagradable sensación. «¿Hay algún doctor en la casa?» Pero esto ni siquiera era gracioso, porque el doctor era yo.

Sin embargo, no la maté. Mi coche no la tocó, y ella no pareció alterarse lo más mínimo. Di marcha atrás, y la vi de pie junto a un Ford del año 1939.

—Oiga —dijo cuando detuve el coche—, podía haberme cogido sólo con extender las manos. Gracias por haberse parado.

—¿Está usted bien? —pregunté con voz ronca, muy nervioso.

—Claro que estoy bien —me contestó con desenfado—. Mi nombre es Emily Wheaton. Tengo mucha prisa por ir a la ciudad, y este viejo automóvil me ha jugado una mala pasada. He tenido un reventón, y no he podido arreglarlo a causa de este traje. ¿Querría llevarme a Hollywood, si es que es allí a donde va?

—Naturalmente —dije.

Bajé del coche, di la vuelta y abrí la portezuela del otro lado. Ella subió. Pensaba decirle muchas cosas desagradables por ponerse casi en medio de la carretera en una noche tan oscura, pero cuando la vi las olvidé. Era una mujer encantadora, con un rostro atractivo, aunque no bello, y un cuerpo seductor. Se sentó cómodamente y dijo:

—Vamos, Galahad, y no se preocupe de… ¿Es éste el coche de Jocelyn Henry?

—Sí.

—Lo suponía. He visto todas las J. H. que hay grabadas, repujadas y pintadas a mano en el coche, y me pareció imposible que hubiese dos Joss Henry en el mundo. Quiero decir, dos hombres con la suficiente presunción para poner sus iniciales en cinco sitios distintos de su coche. ¿Quién es usted?

—Mi nombre es Mason —dije—, Steve Mason.

Emily sonrió y me tendió la mano. Yo la estreché, y su apretón fue el de un hombre.

—Encantada de conocerle, Steve. Es usted un recién venido a nuestra ciudad.

—En efecto. Pero, ¿cómo lo ha adivinado?

—Porque conozco a todo el mundo en Hollywood —me contestó —. Mi trabajo es conocer a todo el que vive en Hollywood. Soy la secretaria de Al Roche, lo cual quiere decir que tengo que saber quién es quién. Más tarde o más temprano, todos llaman a su puerta. ¿Es usted un escritor importado de Nueva York, o un artista que busca la inmortalidad en el celuloide?

—No soy ninguna importación de Nueva York —repuse—. Acabo de llegar de Hawai.

—Tengo muchos deseos de conocer Hawai. Pero aún no se me ha presentado la oportunidad. Ahora podría hacer el viaje, me parece a mí, pero Al no me deja marchar nunca. No lo comprendo, Steve, pero tengo la sensación de que usted no tiene nada que ver con el cine .

—Acierta usted —contesté—. No tengo nada que ver con el cine. Estoy de paso para Nueva York, de donde salí hace unos tres años rumbo a Oriente. Pertenezco al Departamento de Enfermedades Infecciosas y Contagiosas del Instituto Rockefeller, y he recorrido durante estos últimos tres años todos los lugares de epidemia del

Extremo Oriente, en lucha con los microbios.

—¡Qué me dice! —exclamó Emily—. Eso es maravilloso. San Fernando es igual que el Broadway y la Calle Cuarenta y Dos, ¿verdad? Nunca se sabe a quién nos vamos a encontrar en ella. ¿De modo que es usted el doctor Steve Masón? ¿Por qué no me lo ha dicho antes? Desde que estoy en Hollywood, es usted el primer hombre blanco que conozco que no trabaja en el cine o quiere trabajar en él. Es un alivio conocer a una persona tan rara como usted.

—Bueno —murmuré—, si he de serle franco, le diré que debía darle un beso. Durante el viaje de regreso me juré a mí mismo besar a la primera mujer blanca y decente que encontrase, y ha sido usted. Me he pasado tres años viendo ojos rasgados y oblicuos, dientes negros y caras amarillas, cristianos consumidos por la fiebre y secas mujeres de misioneros. No puede imaginarse cómo la veo a usted con ese etéreo traje y ese abrigo blanco sobre el fondo de estas negras montañas.

Emily se echó a reír.

—No soy exactamente una mujer de costumbres libres, doctor Masón, pero si usted no me ha mentido descaradamente, se lo merece, y, además, me ha halagado —se inclinó hacia mí y me besó en los labios mientras conducía; después se reclinó en su asiento, arreglándose el pelo.

Hacía fresco, como sucede en aquella región por las noches, y las montañas que se alzaban al noroeste aparecían brumosas y negras. Atravesamos Encino y seguimos hacia Estudio City. La capota del Cadillac estaba bajada, y el viento nos azotaba con fuerza. Yo me brindé a echar la capota, pero ella no quiso ni oír hablar de ello.

—No se preocupe si pierdo parte de mi atractivo —dijo Emily—. Ya ha producido efecto en usted que es un hombre decente, y, ¿qué más puede pedir una dama por una noche? Ya no tengo que preocuparme por parecer bonita.

—Pero usted lo es... —dije—. No bonita. A mí no me gustan las mujeres bonitas. Es usted hermosa, verdaderamente hermosa. Hace años que no veo una película. No he tenido tiempo para ir al cine. Pero estoy seguro de que es usted una magnífica actriz, y, desde luego, procuraré verla en la pantalla, sobre todo ahora, que tendré

tiempo en mis seis meses de permiso.

Emily se echó a reír, se acercó más a mí y me cogió del brazo.

—Me es usted simpático. ¿Va a estar mucho tiempo en Hollywood?

—Pensaba quedarme una semana con Joss. Pero me parece que podré prolongar más tiempo mi existencia. No creo que le importe.

—¿Y cómo es que está usted en casa de Joss Henry? Es usted completamente distinto a él. Se le considera como el escritor más loco que ha tenido nunca la Mutual. Es buna persona, desde luego, pero está loco.

—¡Ah! Hemos logrado ser amigos a pesar del transcurso de los años —dije—. Compartimos la misma habitación en el colegio, y, afortunadamente, nuestra amistad perduró después de salir de él. Pocas cosas son las que perduran. Joss siempre fue un poco loco. Pero hacía que la vida fuera digna de vivirse... Escuche, Emily, ¿de qué se ríe?

—¿De qué me río? ¿Me ha creído usted una artista de cine? No soy artista, doctor Masón. Soy la primera secretaria particular de Al Roche. Es un empleo mejor que ser artista. Dura más.

—No la comprendo. ¿Quién es Al Roche?

Emily se incorporó.

—¿Quiere usted decir que no ha oído hablar nunca del genio de la Mutual? ¿De Albert Roche, el más joven, el más inteligente, el más atrevido director-productor de Hollywood? ¿Del genio de North Gower? ¿Del hombre con el gran cigarro en la boca que sólo es feliz cuando está filmando una película?

—He estado ausente —dije con cierta sequedad.

—Bueno, pues ahora ya lo sabe. Esta noche proyectamos una cosita que ha costado a Mutual dos millones de dólares. Hace pocas semanas la proyectamos en Pobona, en sesión privada, y como tuvo éxito lo hacemos esta noche con toda solemnidad en el Cathay Circle.

—¡Ahí es donde yo voy! —dije encantado—. Joss me espera a la puerta del teatro. El tiene las entradas.

—Entradas para cuatro —dijo ella haciendo una mueca.

—Supongo. ¿Por qué dice eso?

Joss no es sólo un hombre simpático; es un buen escritor, y la mayoría de las futuras estrellas buscan desesperadamente salir con

él. Todas tratan de convencerle para que escriba un guión para ellas. Es el único escritor que he conocido que es un personaje importante. No le sorprenda si esta noche su pareja es Gloria Gerald.

—No he oído hablar nunca de ella —dije.

Emily se echó a reír.

—¡Es usted maravilloso! No hay hombre desde Punxsutawney a San Diego que… Pero no quiero escandalizarle.

—¿No podría salir conmigo después de la proyección?

Ella me acarició la mejilla.

—Se lo agradezco mucho, doctor Masón, pero mi respuesta es que no. Joss tendrá otros planes, y usted no puede salir con una persona tan poco importante como yo.

Lo malo de conducir un coche demasiado de prisa es que se llega a donde vamos antes de lo que uno desearía. Emily me guió por Hollywood hacia el Sunset Boulevard, y después al Cathay Circle. Dije a Emily que me gustaría verla de nuevo, y ella me contestó que la llamase por teléfono. Después la perdí entre la multitud, y no volví a verla aquella noche. Joss me estaba esperando en el vestíbulo. Emily había acertado. Gloria Gerald estaba allí. Era la pareja de Joss Henry, no la mía. La otra mujer era rubia, con el aspecto de una señora, pero resultó que era joven, en difícil situación y que procedía de Hawai. Se llamaba Marión Ames. Me temo que la aburrí tanto como ella me aburrió a mí.

2

Debí de haber participado en los festejos de una primera proyección triunfal con más ardor del que, de momento, supuse, porque cuando me desperté en una enorme cama, con Joss gimiendo y hablando en sueños, tenía un magnífico dolor de cabeza. Esto no me sorprendió, porque ese es el efecto que me produce el alcohol. Incluso algunas veces me hace olvidar todo, y la noche pasada el champán había corrido en abundancia, porque la película había sido un éxito. Pero yo no había perdido del todo la memoria. Recordaba las cosas perfectamente. Recordaba, por ejemplo, haber saludado a Ginger Rogers. Le dije.

—La conocí a usted antes de que *Top Speed* se estrenase en Nueva York. Estaba ensayando en el antiguo Empire. Era una obra de Calmar-Ruby, y Bert la presentó a usted. Era usted joven, inteligente y parecía asustada.

—No estaba asustada —dijo ella.

—Pues lo parecía. Usted ya no se acuerda.

—Sí, lo recuerdo —dijo sonriendo. Era muy simpática.

Todas las estrellas cinematográficas de la ciudad estaban en el Ciro aquella noche, y a mí me produjo gran satisfacción haber conocido por lo menos a una. La única otra artista que conocía era Katharine Hepburn. Tropecé con ella un día cuando bajaba de un Cadillac negro, en Nueva York, para entrar en Gorham. Yo dije: «Perdóneme», y ella me contestó: «No se preocupe». Y entró.

Recordaba también a un individuo llamado George Allison, que se acercó a mí durante la noche y me propuso que contratase una página entera de su periódico, el *Hollywood Chronicle*. Le contesté que no sabía de qué me hablaba. «¡Ah! —exclamó—. Perdóneme. Creí que era usted Clark Gable.» Esto era una demostración de lo

borracho que estaba. Joss me explicó después que es costumbre de los artistas, los agentes, los escritores y los directores contratar anuncios en los periódicos locales para que luego las críticas de sus películas fueran favorables.

Joss no asomó la cabeza hasta cerca de las once. A esa hora apareció tambaleándose en la terraza, con un pantalón de baño, y se dejó caer en la piscina lanzando un quejido. Yo ya estaba en el agua, tumbado en un colchón de goma y tomando el sol matutino. Me encontraba muy bien. Joss me salpicó de mala forma. Cuando asomó la cabeza fuera del agua, dije:

—¿Siempre te metes así en la piscina? La mayoría de las personas se tiran de cabeza o saltan al agua.

—La forma más fácil es caminar hasta que uno se encuentra en el agua. Me estoy ahogando. Ayúdame a salir.

—Levántate —dije bruscamente—. El fondo está ahí a cuatro pies.

En su rancho, Joss tenía de todo: naranjales, dos pistas de tenis y un par de perros, dos corpulentos Newfoundlands, que pesaban doscientas libras, como supe cuando Ferdy me pisó y casi me mató con sus demostraciones de afecto. La piscina tenía cuarenta metros por veinte, era toda de azulejos y estaba llena de un agua transparente. Por la parte menos profunda tenía una caseta de baño. Todo aquello era muy lujoso, y debía de haber costado a Joss unos cien mil dólares.

Salió de la piscina con su pelo corto caído sobre la frente y en parte sobre los ojos, pero no se molestó en echárselo hacia atrás.

—Eres una calamidad —dijo con tono cansado—. Recétame algo, Steve; recétame algo, por el amor de Dios. Yo sólo te invité a que gozaras de todos estos esplendores para tener a alguien que supiese lo que se debe hacer para acabar con los efectos del alcohol. Lo de anoche fue una bacanal, ¿verdad?

—Lo fue —murmuré—. ¿Cuál es el programa para hoy?

—¿Para hoy? —repitió—. Hoy es domingo. En Hollywood no hay programa para los domingos. Los domingos son para reponerse. Si estás loco o eres inglés, puedes ir a ver el peor juego de polo del mundo. A mí, algunas veces, incluso me dejan jugar, y sólo es mi

sangre de centauro la que me hace mantenerme en la silla. Si eres un hombre fuerte (¿y quién lo es?), lo mejor es que te quedes en casa y descanses. Pero no te dan la oportunidad. Todo el mundo hace visitas los domingos, como podrás comprobar. Tienes carne y pan en el bar, y whisky y soda con todo lo necesario. Tú eres hoy el anfitrión. Yo estoy hecho polvo.

Se tumbó en una *chaise-longue*, junto a la piscina, para tomar el sol, y yo le pregunté:

—¿Conoces a una joven llamada Emily Wheaton?

—Sí —me contestó con voz somnolienta.

—¿Cuál es su número de teléfono y dónde vive?

Joss Henry se incorporó, y finalmente se echó hacia atrás el pelo que le caía sobre los ojos. Era un hombre de rostro atractivo. Siempre había sido un hombre atractivo. A pesar de los excesos de la noche pasada, tenía un aspecto lozano y sin sombra de ojeras. Hombres así viven eternamente.

—¿Emily? —dijo—. ¿Por qué diablos te interesa?

—Anoche la llevé en el coche al Cathay. El suyo había tenido un reventón.

—Steve, aparta esa mujer de tu vida. Es la Intocable, la Inabordable, la mujer de Oro, la Diosa Virgen. Si te descuidas, recibirás un puñetazo, y su mano amorosa te colocará después un trozo de carne sobre tu ojo morado. En asuntos de mujeres estás hablando con un maestro. Así es que, créeme, amigo mío, Emily es distinta a todas. No hay nada que hacer con ella. *Veni, vidi*, rechazado. Me consta.

—¡Por el amor de Dios, no me hagas más teatro! Tú eres un escritor. Y recuerda que yo soy un médico con algunas ilusiones y no un hombre corrido que conoce el mundo. A mí me pareció una joven simpática, y me gustaría volver a verla.

—Es un hecho que tienes ideales —dijo—. Por lo visto, aún los conservas después de recorrer el apestoso Oriente durante tres años. Yo creí que me habías dicho que el género humano no valía la pólvora que se necesitaría para mandarlo al diablo. Tú siempre has sido aficionado a los bajos fondos del mundo. Y ahora, súbitamente, comienzan a interesarte las mujeres. Su número de teléfono es Orchid cinco mil ciento setenta y ocho, y si un hombre te contesta...

—No sigas, ya lo sé —dije—. Eso, era viejo antes de que me

marchara del país en mil novecientos treinta y nueve.

—Iba a decirte —prosiguió Joss, ceñudo— que si un hombre te contesta, no cuelgues. Es su padre. El viejo está ciego; es una excelente persona y un hombre muy inteligente. Pero aquí a la inteligencia la llaman «cerebro». Apostaría cualquier cosa a que si coges un periódico de esta mañana algún periodista escribe: «Anoche, en el Ciro se reunió una gran colección de cerebros y la conversación fue profunda e inteligente». Pero también hay grandes colecciones de cerebros en los depósitos y en los laboratorios. Y la conversación consistió en palabras de cuatro letras, todas muy vulgares. Vete a llamar a esa joven. Apuesto tres contra uno a que pierdes el tiempo.

Entré en la casa y llamé al número que me habían indicado. Al cabo de unos segundos, un hombre se puso al teléfono.

—Aquí el doctor Steve Masón —dije—. Desearía hablar con la señorita Wheaton.

—Lo siento —dijo el hombre—. No está ahora en casa.

—¿Hablo con el señor Wheaton? —pregunté.

—Sí. Ya le diré a Emily que usted ha llamado, doctor.

—En caso de que no recuerde mi nombre —añadí—, dígale... —entonces me callé—. Bueno, no importa, gracias —concluí, y colgué, por una excelente razón. Me encontraba junto a la ventana del despacho de Joss, y vi el Ford de Emily entrar por la puerta principal, dejando tras sí una nube de polvo.

Corrí a la piscina para comunicar a Joss la buena noticia. Había llegado a ella cuando Emily apareció corriendo por el arco del ala oeste del rancho. No tenía una expresión muy feliz.

—Buenos días —dije.

—Buenos días, doctor Masón— contestó ella brevemente—. ¿Lo pasó bien anoche?

—Muy bien. Acabo de telefonearle. He hablado con su padre.

Joss levantó la cabeza de la *chaise-longue*.

—Mujer, márchate. No puedo soportar la visión de una figura femenina a esta hora de la mañana.

Emily no sonrió. Se separó de mí rápidamente y fue a sentarse a los pies de Joss, en la *chaise-longue*.

—Joss, escucha. Necesito ayuda. Estoy en un apuro, en un verdadero apuro.

Me senté en el trampolín y observé la escena.

—Querida Emily, me encuentro muy mal esta mañana, y a no ser que haya perdido la cabeza, estoy seguro de que no tengo nada que ver en ese asunto.

—¡Joss, por el amor de Dios! —dijo Emily con acritud—. La cosa no es para tomarla a broma. Estoy en un terrible apuro, y tienes que ayudarme.

—No bromea —dije tranquilamente—. No sigas haciendo el gracioso y escucha.

Joss Henry se incorporó.

—¿Estás bromeando, Emily? ¿Qué te sucede?

—Necesito tu ayuda. No sé qué hacer.

—¡Diablos! —exclamó Joss—. ¿Quién sabe lo que se debe hacer en este perro mundo? Si necesitas ayuda, dirígete a Steve. El es el salvador del mundo, el médico del Departamento de Enfermedades Infecciosas y Contagiosas. Una autoridad en todo, desde los parásitos del intestino hasta la lepra, e indudablemente es un entendido en geishas del Japón, ¿verdad, Steve?

—No —dije.

—¿Recuerda usted dónde dejé mi automóvil anoche? —me preguntó Emily.

—Sí —contesté—. A una milla al este de Encino, ¿verdad? En el bulevar Ventura, en un lugar solitario. ¿Se lo robaron? Bueno, esa es una pregunta estúpida.

La he visto llegar en él.

—No estaba allí cuando regresé anoche a casa —dijo Emily con un estremecimiento. Parecía asustada—. Sammy Carnes me llevó en su coche, y cuando llegamos allí había desaparecido. Yo no pensaba detenerme y arreglar el reventón a aquella hora de la madrugada. Mi propósito era mandar al empleado de un garaje de Sombrero para que lo arreglase.

—Bueno —dijo Joss—, de todas formas necesitabas un coche nuevo. Deja de enterrar el dinero que ganas en el huerto. A mí no me extraña que tus naranjas sean mejores que las mías con ese abono.

—El coche estaba en el garaje de mi casa —dijo Emily—. Habían

cambiado el neumático, y alguien me lo llevó al garaje.

—Pues yo diría que eso fue una agradable sorpresa —murmuré —. ¿Por qué está entonces tan nerviosa?

—Porque alguien dejó también a Marión Ames en mi coche.

—¡Ah! —exclamó Joss—. ¿Borracha?

—No —dijo Emily—, muerta.

3

Experimenté una extraña sensación. Desde luego, estaba acostumbrado a la muerte en todas sus formas. Las había visto rápidas y fulminantes, prolongadas y dolorosas, sucias y traidoras, repugnantes y pútridas. La muerte era una antigua compañera mía. La había conocido en los bazares de Bombay y en las plazas de Calcuta, en los atacados de beri-beri en Shanghái y en los leprosos de Culión. Pero aquella joven, Marión Ames, había estado conmigo hacía sólo seis horas.

—Asesinada —murmuró Emily.

Joss tosió y se puso pálido.

—Steve, deja un momento tu compostura y ve a buscamos un poco de whisky al bar. ¿Has dicho asesinada, Emily?

Me levanté y fui a buscar el whisky; pero pude oír cómo ella decía claramente:

—Sí, ha sido asesinada. Le dispararon dos tiros en la cabeza. Su aspecto era espantoso. Llenó de sangre todo el asiento delantero del coche.

—Querida, no la tendrás todavía en tu coche, ¿verdad? —preguntó Joss.

Emily pareció a punto de echarse a llorar, pero no lo hizo. Yo me aposté a mí mismo que no lloraría. No era de esa clase de mujeres.

—La saqué del coche en el garaje y la tapé con una lona. Tuve que hacerlo sola. Mi padre no sabe nada. Creí volverme loca... Joss, ¿qué debo hacer? ¿Qué debo hacer?

—Lo primero que debe hacer —dije yo— es beber esto —le ofrecí un vaso con whisky. Ella lo bebió rápidamente y se estremeció.

—¡Dios santo! —exclamó Joss—. A mí dame la botella. Necesito más que ella.

—¿Y después, qué, doctor Masón? —preguntó Emily.

—Después llame a la Policía y denuncie el hecho —dije—. He comprobado, recorriendo el mundo, que hacer lo más natural es con frecuencia lo mejor. No haciéndolo así se puede meter uno en un lío.

—¡Calla! —dijo Joss—. Esto es Hollywood, no Rangún. No podemos llamar a la Policía. La meterían en la cárcel. Y mi reputación... Estuvimos anoche con Marion Ames. Todos los periódicos del país me pondrían verde. Y piensa en Gloria... Le daría un ataque de nervios si se la relaciona con un cadáver. Querida Emily, ¿se lo has dicho a Al Roche?

—No he podido encontrarlo.

—Pues tenemos que decírselo a Al. Esto es cosa suya. Gloria, Marión, tú, yo, todos pertenecemos a Al, y es su organización la que sufriría consecuencias. Llamaré inmediatamente a Al. El hará algo. Puede que a la Mutual le cueste doscientos billetes de los grandes, pero echará tierra sobre el asunto —Joss corrió hacia la casa.

—Tranquilícese —dije a Emily. La obligué a echarse en la *chaise-longue*—. ¿Quiere un poco más de whisky?

—¿He sido grosera con usted, doctor Masón? —preguntó con voz débil—. Sentiría haberlo sido. Me parece usted un hombre simpático.

Estaba arrebolada por el whisky. No creo hubiese desayunado.

—No ha sido usted grosera conmigo —repuse.

—Es usted una buena persona —murmuró ella.

—Pero creo que haría usted mejor llamando a la Policía. No se puede echar tierra sobre un asesinato. Joss está loco.

—Esta vez se equivoca usted —dijo ella.

Joss regresó al cabo de unos minutos.

—He hablado con Al —dijo con voz excitada—. Dame un poco más de whisky, Steve. He hablado con Al, querida, y viene inmediatamente. Serénate y muéstrate jovial, porque los policías están a la puerta de casa y la situación es peliaguda. Lo mejor será que te pongas un traje de baño, Emily, y que te comportes como una invitada. Y al diablo todo lo demás. Al se encargará de todo.

—¿Y la sangre en el coche? —dijo Emily con voz apenas

perceptible.

Me acerqué a ella, la levanté de la *chaise-longue*, dije a Joss que entretuviese a los policías y la llevé a los vestuarios. Emily estaba aterrada.

—Póngase en seguida un traje de baño —dije—. Ya sabe dónde están. Después, vaya al bar. La estaré esperando.

Emily no debía de llevar mucha ropa, porque no tardó ni dos minutos en aparecer en el bar. Se había puesto un traje de baño blanco que era un poco pequeño para ella y la hacía parecer muy atractiva. Yo había encontrado un cuchillo pequeño, de los que se usan para preparar bocadillos, lo había afilado y después colocado sobre el hornillo para desinfectarlo. Como no pude encontrar ningún antiséptico, empleé whisky.

—¿Dónde quiere la herida? —pregunté.

—¿Qué va a hacer?

No teníamos tiempo para discutir. Escogí la parte interior de su brazo, donde se vería menos con traje de noche.

—Beba algo —dije.

—No, creo que no es necesario.

—Pellízquese usted con fuerza en un sitio donde no se vea —dije.

Froté el brazo con whisky. Ella se pellizcó, y entonces le hice un corte en el brazo, un corte rápido y limpio, manejando el cuchillo con el índice y el pulgar y abriendo la herida con estos dedos. Fue un corte terrible, largo y profundo, y comenzó a sangrar abundantemente. Tenía una sangre de un vivo color rojo. Volví a desinfectarla con whisky, y después le vendé el brazo con una venda de dos pulgadas que había encontrado en el botiquín.

Emily se tambaleó al ver la sangre.

—Me siento mareada —murmuró—. Y sigue sangrando, doctor Masón. Mire.

—Lo sé. Eso es lo que quería. Tranquilícese.

Oímos voces en la piscina. Me acerqué a la ventana y me asomé. Dos hombres estaban hablando con Joss. Uno de ellos, delgado y enjuto, apenas si hablaba. El otro era grueso, vestía un traje gris y era quien llevaba la conversación. Joss se volvió hacia los vestuarios y gritó:

—¡Eh! Emily, doctor, terminen ese idilio y salgan. Tenemos unos

funcionarios que han venido a hacernos una visita.

—Mánchheme de carmín —dije—. Aquí.

Ella me besó rápidamente en la comisura de la boca, donde el carmín fuera visible.

—No conozco el guión —dijo nerviosamente—. ¡Dios santo, no sé qué voy a decir!...

—Una ventanilla rota en su coche —dije—. Lo vio usted anoche. Se cortó el brazo con ella. La ventanilla izquierda, el brazo izquierdo, eso es todo. Se lo hizo al recoger su coche de vuelta a su casa.

—Pero Sammy Carnes sabe que no estaba allí el coche.

—Ya nos preocuparemos después de Sammy Carnes, quienquiera que sea ese individuo.

Salimos al sol. Emily temblaba, pero no creo que los detectives se fijasen en ella. Estaba encantadora. A mí me admiró mi audacia, porque estaba ayudando a despistar a la justicia. Mi deber era denunciar lo que sabía. En cualquier otro momento de mi vida lo habría hecho. Hubiera denunciado a mi mejor amigo; hubiese denunciado a Joss. Pero no podía denunciar a Emily. Tenía que ayudarla. No me estaba portando como un buen doctor, pero tenía que ayudarla.

—Steve —dijo Joss—,' quítate el carmín que tienes en la cara. Hoy es domingo por la mañana. ¿No sabes que es un sacrilegio besar a mujeres desconocidas por la mañana?

Sonreí avergonzado y me limpié la cara con una toalla. No soy un buen actor, pero aquello era bastante fácil. Traté de parecer confuso, y creo que lo estaba un poco.

—¿Es usted la señorita Wheaton? —preguntó el hombre grueso.

—Sí —dijo Emily—. No le conozco a usted, y eso que conozco a todo el mundo en Hollywood. No trabaja en el cine.

—Querida Emily —dijo Joss—, no hagas la graciosa. Estás hablando con Mike Haggerty, del Cuerpo de Policía. Ese otro tan callado es Dan Webster.

—¿Daniel Webster? —dijo Emily—. ¿Es usted pariente del Senador de Massachusetts?

—Es posible —contestó Webster con voz queda. Era un tipo muy

lacónico. Se limitaba a asentir y a fumar un cigarrillo.

Y este es el doctor Steve Masón, del Instituto Rockefeller —dijo Joss—. Sin duda alguna, habrán oído hablar de él.

—Desde luego —murmuró Haggerty, pero, evidentemente, no había oído mi nombre en su vida. Por el contrario, Daniel Webster, sí.

—Usted dio un informe sobre una posible cura de la lepra hace un par de meses —dijo brevemente—. Lo leí en el periódico.

—Es cierto. Mandé mi informe a Nueva York desde Luzón, y no sé cómo se enteraron los periódicos. Creo que la publicidad era prematura, pero me encontré con un hombre que estaba realizando trabajos maravillosos con esa enfermedad en Curión. No obstante, será preciso tiempo y mucha experiencia para ver si realmente ha logrado vencer la enfermedad o es sólo una cura pasajera. Ya ha habido muchos fracasos. Me halaga que lo haya recordado usted.

—Ese es mi trabajo —dijo Webster—; recordar.

«Y lo hace usted muy bien», pensé. Aquel hombrecito me preocupó. Podía ver muchas cosas con sus penetrantes ojos.

—Queremos hacerle algunas preguntas —dijo Haggerty—. Primera: el coche que está a la puerta, ese Ford, ¿es el suyo?

—Sí, es el mío —contestó Emily sonriendo—. No tiene ningún gravamen.

—Bueno, señorita, me gustaría oír cómo explica usted la sangre que hay en el asiento delantero.

Joss se puso verde, pero yo tuve la clara impresión de que aquellos hombres no sabían nada del asunto. Viajando como yo he viajado por cuenta de la Sanidad Pública, se encuentra uno con tantos funcionarios que queda harto de ellos, y la impresión que nos producen es instantánea y por regla general acertada.

—Un momento —dije—. Antes de que la señorita Wheaton conteste a sus preguntas, como evidentemente contestará, ¿puedo preguntarles cómo sabían que había sangre en el asiento delantero del coche? Indudablemente usted y el señor Webster no han venido desde Sombrero aquí por casualidad. Venían a tiro hecho. ¿Cómo sabían que ella estaba aquí?

—Su padre nos lo dijo, doctor.

—¿Fueron a su casa?

—Sí.

—¿Por qué?

Daniel Webster dio una chupada a su cigarrillo y después lo tiró.

—Con todos los respetos, doctor Masón —dijo quedamente—, creo que eso a usted no le importa.

—No es usted quien ha de decirlo, sino yo. Da la casualidad de que soy amigo de la señorita Wheaton, y creo que ustedes dos intentan sonsacarle algo. Evidentemente, sabían que había sangre en su coche antes de ir a su casa. ¿Quién se lo dijo?

—Está bien —contestó Webster—. Hemos tenido una confidencia. Anónima. Ya conoce esa clase de tipos.

—Sí, me los he encontrado algunas veces.

—Es un miserable —dijo Joss—. ¿Dónde está el whisky?

—¿Puedo preguntarle qué confidencia recibieron? —dije.

—Puede preguntarlo —dijo Webster—. Está bien, señorita Wheaton. Hablemos de la sangre. Usted se cortó el brazo con la ventanilla rota del coche y la sangre cayó en el asiento, ¿verdad?

—Sí —contestó ella sin pestañear—. Es usted un detective.

—¿Cuándo?

—A primera hora de esta mañana.

—La sangre está seca —dijo él—. ¿Y aún sangra por el corte esta mañana?

Emily me miró sin mostrarse alarmada.

—El brazo habla por sí mismo —dije—. Puede usted enseñarle el vestido, Emily, el que está empapado…

—No se preocupe de eso. Hágame sólo un favor. Déjeme ver el corte.

Yo quité el vendaje con una expresión de mal humor, y él vio el corte. Daniel Webster no era tonto. Haggerty pareció quedar convencido, pero Webster se dio cuenta de que la herida era reciente, porque no había en ella el menor rastro de sangre seca. Era roja y fresca. Pero fue lo suficiente listo para callarse en espera del momento oportuno.

—Está bien —dijo Webster lentamente. Y mientras yo volvía a vendar la herida, añadió—: Evidentemente, ha pensado en todo en un instante.

—No le comprendo —murmuré.

—¡Vamos, doctor! —dijo—. Bueno, Haggerty, marchémonos —dio media vuelta y se alejó, seguido de Mike Haggerty. Esperamos

hasta que desaparecieron por la puerta principal, adonde llegaron escoltados por los dos perros. Después nos sentamos. Joss exhaló un gemido y se tiró de cabeza a la piscina con un violento chapuzón. Emily se dejó caer en la *chaise-longue*, y yo me senté.

—Los hemos ahuyentado —dijo Joss, sacando la cabeza del agua.

Pero, indudablemente, no era cierto. No habíamos ahuyentado a Daniel Webster. Esperaba su momento para actuar, y no tenía prisa. Si cuando yo le hablé del vestido empapado en sangre nos lo hubiera pedido, la cosa se hubiera puesto fea. Porque no había ningún vestido empapado en sangre.

4

Naturalmente existía el cadáver. Me pregunté qué harían con él. Para un medico como yo, el cadáver era muy importante, por ser extraordinariamente difícil deshacerse de él. Entonces me escandalicé de mis pensamientos. ¿Qué diablos estaba haciendo? Si Emily era inocente, y tenía que serlo, el cadáver podía servirnos para encontrar al asesino de Marión Ames y demostrar la inocencia de Emily. Tuve el presentimiento de que debíamos haber cooperado con Webster, pero ya era demasiado tarde para eso, y ni Joss ni Emily habían pensado siquiera en semejante cosa.

Quince minutos después, los coches comenzaron a llegar a la puerta de la casa de Joss. Fueron cuatro, y todos eran grandes, relucientes y caros, y llegaron a gran velocidad, tocando la bocina para que los dos perros, Ferdy y Mickey, se apartaran a su paso.

El primer individuo que llegó a la piscina fue Sammy Carnes. Era un judío pequeño y delgado, de mejillas enjutas, nariz recta y ojos duros. Tenía el pelo negro,' rizado y corto, y llevaba unas gafas que parecían de niño, demasiado pequeñas para su rostro.

—Emily —gruñó—, Emily, desembucha el guión antes de que me coja el toro.

—¡Hola, Sammy! —dijo Emily jovialmente. Parecía encontrarse mejor—. Te presento al doctor Masón. Este es el monstruo de Carner, doctor.

—Al me llamó por teléfono —prosiguió diciendo Sammy—. Llegará de un momento a otro. El lo arreglará todo. Me ha dicho que esa hawaiana se ha suicidado degollándose.

—La mataron a tiros —dijo Emily—. Y todo lo que tienes que recordar es que mi coche estaba anoche en San Fernando, con un reventón, cerca de la oficina territorial de Bob Whitworth.

¿Entendido?

—Si Al lo aprueba, queda entendido.

Cualquiera habría pensado que Al era el Dios del Cielo, el Ojo Maligno y el Supremo Juez en una sola persona. Comencé a preguntarme quién sería Al, y lo supe unos segundos después, cuando le vi aparecer por la terraza camino de la piscina, seguido de otras tres personas. Era muy pequeño, y los hombres que le seguían mucho más corpulentos. Me produjo la impresión de un viento leve que pasa para convertirse en huracán en otro sitio.

Albert Roche pareció no haberme visto. Sin embargo, sus primeras palabras a Joss fueron:

—¿Quién es el público?

—Doctor Steve Masón, te presento a Al Roche, el más joven, el más inteligente productor que ha tenido y tendrá la Mutual.

Al Roche me estrechó la mano sin mirarme y dijo:

—¿Es usted el hombre que escribió el libro *La diabólica búsqueda de un doctor americano*?

—Sí.

—Era un buen libro —prosiguió Al Roche—. Lo he leído dos veces.

¡Vaya! Lo había leído dos veces. E instantáneamente, todo el mundo se quedó mirándome como si fuera un ser de otro mundo. Sammy Carnes tomó nota de ello; los tres hombres que estaban detrás de Al decidieron mentalmente leerlo también. Joss, que nunca había mencionado mi libro, dijo:

—Es una obra de primera categoría.

Yo me alegro de poder decir que Emily sólo sonrió divertida.

—Es lástima que no se pudiera sacar de él una película.

—Por eso no lo he leído —dijo Sammy Carnes—. Tú ya me conoces, Al. Siempre estoy muy ocupado, y sólo tengo tiempo de leer los libros que pueden servir para el cine.

—No sabía que supieras leer, Sammy —dijo Al.

Sammy se rio. Su risa fue un poco hueca.

—¿Qué hacemos con lo de Marión, Al? —preguntó Joss.

—¿Estuvo aquí ese policía llamado Webster?

—Sí.

—No me gusta ese hombre —dijo Al—. Tendré que acabar con él. No coopera con nosotros, y trata siempre de armar líos. De los

demás no tengo queja. Les gustan los billetes y cierran los ojos. Pero ese Webster es un miserable, y como no le gusta el dinero, no puede ser sobornado. Lo de Marión ha sido muy lamentable. Tenía una verdadera mina de oro en esa chiquilla, pero se pegó un tiro despechada porque no quise darle un papel en una película, y se consideró fracasada antes de empezar su carrera. Así es como sucedieron las cosas. De esa forma convencí al fiscal del distrito.

—No fue ese el único medio que empleaste para convencerle —dijo Sammy.

—Necesité también cien billetes de los grandes —dijo Al con voz queda y los ojos medio cerrados—. Para mí no valía tanto, pero Emily es distinta. Emily es una buena chica y la necesito. Así, pues, no me quejo. Pero hemos de tener cuidado con ese Webster. Es un individuo que puede seguir investigando el caso por cuenta propia. Y a propósito, doctor, quiero presentarle a algunos de mis colaboradores. Este es Harvey Kane; éste, Shuttle Smith, y ésta, Louise Stafford.

Kane frunció el ceño e inclinó la cabeza. Parecía un hombre inteligente, y me sorprendió que pudiera sufrir la pomposidad de Al Roche, que a mí me producía náuseas. Al principio me divirtió; después me resultó insoportable.

—Harvey es mi detective particular. El es el que se encarga de averiguar todo lo que me interesa.

Shuttle Smith era un tipo de mala catadura, con una cara grande sin lavar y una nariz llena de poros, que tenía la costumbre de quitarse el sombrero y rascarse la cabeza como si le picara. Un poco de champú probablemente le habría sentado muy bien.

—Shuttle es mi guardaespaldas —dijo Al.

Louise Stafford era una mujer joven, atractiva y voluptuosa. No necesité que me dieran ninguna explicación respecto a ella, y Al tampoco me dio ninguna. Tenía la misma expresión dura y desesperada de tantas jóvenes de Hollywood; evidentemente, era la favorita del momento, y confiaba en eso para hacer carrera en el cine. Joss me lo confirmó después.

—¿De modo que está todo arreglado? —dijo Joss.

—Naturalmente —dijo Al, sentándose en la *chaise-longue* y empujando a Emily para que se levantara—. Olvida lo sucedido. Cien de los grandes y todo arreglado. Pero tened cuidado con ese

Webster. Bueno, Doc, me parece que todo esto habrá sido muy emocionante para usted, ¿verdad?

—Me ha parecido casi milagroso —contesté. Me senté y ofrecí cigarrillos. Emily cogió uno; yo se lo encendí y di una chupada al mío—. Es para quitar el aliento a cualquiera.

—Trabajamos de prisa —dijo él. Dio una chupada a su largo cigarro y lo agitó como si fuese una batuta—. Vamos, amigos, estáis en vuestra casa. Joss tiene muchos trajes de baño. Id a daros un chapuzón, divertíos. Sí, doctor, aquí trabajamos de prisa. Hacemos cosas.

—¿Le importaría que le hiciera algunas preguntas?

Joss Henry observó instantáneamente:

—Steve ayudó a sacar a Emily del aprieto. Cuando se presentó Webster, hizo un corte en el brazo de Emily para que el policía creyera que era la sangre de ella la que había manchado el asiento del coche.

—Se lo agradezco mucho —dijo Al Roche—. Me satisface conocer a hombres cooperadores. Me gustan las personas cooperadoras.

Quería decir que le gustaban las personas que siempre estaban de acuerdo con él o que decían que sí incluso cuando no lo estaban.

—¿Es cierto que la señorita Ames se pegó un tiró? —pregunté—. Para mí ha sido muy desagradable. Estuve con ella anoche.

—Ya le vi —dijo él—. En el Ciro. No, no se pegó un tiro. Pero así se lo contaremos al público. ¡Menuda tormenta se me vendría encima si me viera envuelto ahora en un asesinato! Tendríamos una repetición de lo de Thelma Tood.

Yo recordé el caso de aquella artista.

—¿Fue un asesinato?

—No. Nadie pudo probar que fuese un asesinato.

—Comprendo. ¿Y Marión Ames fue asesinada?

—Nadie lo podrá probar. Se pegó un tiro en la cabeza.

—Dos tiros —contesté.

—Exacto. Escuche. El fiscal del distrito y yo hemos convenido en esta versión: llevé a Marión a su casa anoche. Al llegar a Ventura, encontramos el coche de Emily con un reventón a las tres de la madrugada. Dije que me bajaría a arreglarlo, y así lo hice. Después ordené a Marión que llevase el coche de Emily a su garaje y que yo

la seguiría para recogerla. Antes de esto, ella me había estado suplicando que le diese un papel en una película, y yo me había opuesto. Ella llevó el coche de Emily al garaje de ésta; yo la seguí y cuando llegué me encontré con que se había suicidado impulsada por el despecho —Al miró a Emily—. Ya hemos sacado el cadáver del garaje, querida Emily. Ya no tienes que preocuparte por eso.

—Hay que aclarar una cosa —dije—. Ella tenía dos tiros en la cabeza.

—Sí. Incluso encontramos la pistola. Estaba a su lado.

—¿De verdad?

—Bueno, no es la pistola que la mató, pero esto sólo lo sabemos el comisario y yo, y nadie comparará las balas. El fiscal del distrito sobornará al coroner, y oficialmente será la pistola con que se suicidó.

—Pero ella tenía dos tiros —insistí.

—¿Y qué?

—El primero la mató —dije—. ¿Cómo podía disparar otro?

—¡Dios santo! —exclamó Al Roche. Me miró fijamente—. ¿Cómo no pensé en eso? Emily, llama inmediatamente por teléfono al doctor Max Lekro.

Emily entró en la casa y volvió a salir con un teléfono, que conectó junto a la piscina. Al lo cogió.

—¿Max? Escucha, Max. Se trata de ese cadáver que Shuttle te llevó, el de Marión Ames... Sí, ya lo sé. Pero tienes que hacer desaparecer uno de los agujeros de su cuerpo. Lo dejo en tus manos. Quita uno y deja otro. Ella no pudo dispararse dos tiros, ¿verdad? Cualquier necio se daría cuenta de ello. A mí, pensando lo sucedido, se me ocurrió de pronto. No puede tener dos tiros. Haz desaparecer una herida en caso de que Webster asome la nariz por ahí... De acuerdo —colgó el teléfono—. Bueno —prosiguió Al—, ya está. Asunto terminado. El jueves haremos un gran funeral, con muchas flores, para honrar su memoria. Será una buena historia, una buena publicidad. Pero habría dado cualquier cosa porque se hubiese quedado en Honolulú.

—¿Era natural de Hawai? —pregunté.

—Explícaselo, Emily.

—Su padre era John Ames, el misionero que fue a Molokai para curar a los leprosos y que murió allí —dijo Emily—. Nació en

Honolulú, y vino a los Estados Unidos cuando tenía dieciocho años.

—¿Qué edad tenía ahora?

—Veintidós.

Para mí fue una sorpresa, una gran sorpresa, porque me había parecido mucho mayor.

—De modo que ahora está todo terminado, menos el funeral —murmuré.

—Sí —dijo Al—. Aquí trabajamos de prisa. ¿Dónde tienes algo para beber, Joss?

Joss le dio una botella de whisky. Era un buen whisky.

—No quiero eso —dijo Al—. Prepárame un *Zombie*.

—Una bebida dulce para los hombres de carácter dulce —dijo Emily.

Al sonrió.

—¿Ve, doctor? Es la única que siempre me dice las verdades. Y a mí me gusta. Emily es mi *alter ego*. Uno no puede vivir si todos le dicen a todo que sí. Hay que tener al lado a una persona realista.

«Lo que más le gusta a usted es que le digan a todo que sí —pensé—. Y si Emily es realista, yo soy el rey de Siam, si es que aún hay un rey en Siam, lo que es dudoso, porque los nazis pueden haber llegado allí a estas horas.»

—¿Y esa historia que contó usted al fiscal del distrito, de haberla llevado a su casa y arreglado el reventón…?

—Vamos, doctor, eso no era verdad. ¿Lo creyó usted? Debía de asignarme un sueldo como actor. A Marión Ames no le vi el pelo anoche, pero alguien tenía que llevarla a su casa, para poder hablar de suicidio, y pensé que muy bien podía haber sido yo. Habría así menos complicaciones. Si hubiese sido usted u otra persona poco importante, la cosa no habría sido tan fácil. Mi palabra vale mucho, ¿comprende?

—Comprendo.

—Bueno —dijo Al—, tengo mucho trabajo. He de pensar mucho y no puedo estarme sentado todo el día sin hacer nada. Todo el mundo, doctor, se toma un día de descanso, pero yo trabajo. Siempre estoy trabajando. Por eso triunfo siempre. Me alegro de haberle conocido, doctor. Venga al estudio y vaya donde quiera. Sólo tendrá que mencionar mi nombre. Avisaré en la puerta para que pueda entrar y salir cuando guste. Quizá podamos hacer una

película de ese libro suyo.

—Gracias. Pero soy médico, no escritor. Me marcharé a Nueva York muy pronto. Antes de lo que esperaba.

—Bueno, pues siento que se marche, doctor. Si alguna vez necesito una persona de su profesión para una película, me pondré en contacto con usted. Podría ganarse un par de billetes grandes.

—Muchas gracias —agradecí, sin gran entusiasmo, imaginándome la atónita cara del doctor Kaufmann, jefe de mi departamento, al oír la noticia en su mesa del Instituto de Rockefeller. El buen hombre se habría quedado paralizado de congoja ante semejante perspectiva—. Leeré los periódicos para ver cómo termina esto.

—¿Cómo termina qué? —preguntó.

—Cómo termina este crimen —dije—. Indudablemente usted tratará de averiguar qué es lo que le sucedió a la señorita Ames, ¿verdad?

—¿Está usted loco? —exclamó bruscamente—. El asunto está acabado. Me importa muy poco quien la haya matado; probablemente se lo merecía. Si alguien se queda sin castigo, nosotros quedamos inmaculados. Esto es lo que importa. Olvídelo. Olvídelo, doctor —se rio ásperamente—. Creo que debe olvidarlo. Está usted demasiado metido en el asunto. Hasta la vista —y dicho esto, se alejó. Shuttle Smith le siguió como un perro.

El *Zombie* que Joss había preparado quedó intacto en la mesa. Harvey Kane y Louise Stafford salieron de los vestuarios dispuestos a bañarse, pero cuando vieron que Al se había marchado se quedaron como un par de almas perdidas. Por su gusto, habrían dado media vuelta para volver a vestirse, pero no se atrevieron. Pasaron el resto de la mañana allí. Nadie recobró la naturalidad. Yo estaba asqueado de todo el asunto y de la parte que había tomado en él. Me disculpé y me retiré a mi habitación en la casa, y no me moví de ella. A la mañana siguiente me marché de la casa de Joss y tomé una habitación en la ciudad, en el «Roosevelt». Lo hice cuando Joss se hallaba en el estudio. No esperaba estar allí mucho tiempo. Llamé a la oficina de Santa Fe y reservé mi billete para el avión que saldría el jueves por la noche a las diez.

5

El lunes por la mañana me llevé una sorpresa cuando sonó el teléfono y el conserje me dijo que el doctor Max Lekro estaba en el vestíbulo y que deseaba hablar conmigo.

—Póngame en comunicación con él.

—Buenos días —dijo el doctor Lekro un instante después—. ¿Eres tú, Masón?

—Sí.

—Aquí, Lekro, Max Lekro —manifestó. Tenía una voz cansada, sin mucha expresión. Era agradable oírla después de las fanfarronadas de Joss Henry y los auto-elogios de Albert Roche—. No creo que te acuerdes de mí, Masón, pero estuvimos en la misma clase en Cornell.

—¿Sí? —dije interesado—. Francamente, no recuerdo tu nombre. Me parece que lo oí por primera vez ayer. Estaba en casa de Joss Henry cuando Roche te llamó.

—¡Ah! —exclamó, defraudado—. ¿Conoces ese asunto?

—Conozco gran parte de él.

—Bueno, escucha. No te llamo por eso. Te aseguro que no. Sólo quería hablar contigo, saludarte, preguntarte por tu trabajo y hablarte del mío. Aquí he estado haciendo algunas cosas muy extrañas. Quizá no sean extrañas para ti, porque, sin duda alguna, durante tus años en el extranjero debes de haber visto muchas cosas raras. Y no tienes que disculparte por no recordarme. Yo fui una especie de eremita en la Facultad de Medicina, y al fin y al cabo éramos trescientos en clase. ¿Quieres bajar y beberíamos algo juntos?

—Con mucho gusto —dije—. Podrías subir, pero mi habitación está muy desordenada. Bajaré en seguida.

—Nos encontraremos en el cine «Grill» —dijo, y colgó.

Me puse presentable y después bajé. Excepto por aquel hombre, el cine «Grill» hubiese estado vacío. Se levantó, me estrechó la mano y dijo que se alegraba mucho de verme de nuevo.

—No has cambiado mucho, aunque ese gris incipiente de tu pelo te da un aspecto distinguido. Supongo que un doctor de la Sanidad Pública tiene que tener un aspecto distinguido, ¿verdad?

—No sabía que lo fuera, pero siempre vale algo.

—Yo nunca podré tener un aspecto distinguido —dijo el doctor Lekro—. Siéntate y tomemos algo.

Pedí un ponche de whisky, y lo bebí lentamente, porque eran sólo las diez y no soy hombre muy bebedor. Examiné al doctor Max Lekro bastante detenidamente. Era un tipo un poco singular. Vestía, como es costumbre en Hollywood, unos pantalones amplios, una camisa de polo y una chaqueta deportiva. Era muy feo y muy delgado, extraordinariamente delgado; parecía desfigurado. Tenía mucho pelo; el de su pecho sobresalía por el escote abierto de su camisa. Sus labios eran gruesos; sus gafas de montura de concha tenían gruesos cristales, y sus cejas negras se juntaban sobre el puente de su nariz. Tenía razón al decir que nunca tendría un aspecto distinguido, porque, a pesar de su abundancia de pelo, era completamente calvo. No tenía un solo cabello en la cabeza, y ésta brillaba. Su aspecto tendría que haber sido siniestro, mas no lo era. Sólo parecía extraño.

—Bueno —dijo, mirando por la ventana hacia el Teatro Chino, donde había pasado una tarde sentado a la puerta y contemplando los dibujos del pavimento y a un alfarero trabajando en un jarrón a la vista de los transeúntes—. ¿Cómo está el mundo?

—No he leído el periódico de la mañana —dije.

—No me refería a eso —murmuró moviendo la cabeza—. ¿No te ha parecido nunca irónico que los hombres intenten encontrar nuevos medios de matarse sin pensar siquiera en todas las muertes que se producen sin guerras, las muertes que cada año ocasionan las ratas, las moscas y los microbios de todas clases?

—Desde luego. Pero si te refieres al estado sanitario del mundo, te diré que ha mejorado, aunque dista mucho de ser bueno, Lekro.

—Leí tu informe sobre el nuevo método del doctor Thwyte de tratar la lepra. Naturalmente, era un versión periodística, hecha en

términos generales. Creo que la publicidad fue prematura.

—Lo fue. Un estúpido la propaló en un arrebato de entusiasmo. Nunca debió haberse hecho pública. Yo he preparado un informe más detallado para el *Medical Journal*, pero el tratamiento es aún experimental. Sin embargo, creo que Thwyte ha descubierto algo. En Culión hizo un trabajo maravilloso. Yo creo que Thwyte ha dado una esperanza a los leprosos del lazareto de Culión.

—Esto es maravilloso —murmuró el doctor Lekro—. Soy completamente sincero y me gustaría hablar contigo más intensamente de este tema. Estoy muy interesado en la lepra, porque he tenido ocasión de hacer experimentos conmigo mismo. Lo creas o no, hay leprosos en la California del Sur. Yo he tratado a algunos. Los trato aún, pero no he tenido suerte.

—Entre paréntesis, ¿cómo has sabido dónde me hospedo? —pregunté.

—Joss Henry me lo dijo.

—¡Ah!

—Tengo un laboratorio en Swansea —siguió Lekro—, no lejos de Malibu. Vivo allí. Me gustaría que fueses a verlo y te dieras cuenta de lo que he estado haciendo.

Le pregunté qué es lo que había estado haciendo.

—Resucitar a los muertos —dijo Max Lekro quedamente—. Y he tenido un notable éxito.

—¿Quieres tomarme el pelo? —pregunté sonriendo—. Sólo hubo uno que resucitó con éxito a los muertos, y era Dios.

—Bueno, pues ahora estás hablando con uno que también los resucita —prosiguió Max Lekro—. No quiero decir que me compare con Dios, porque él hizo eso mucho mejor que yo, y lo hizo con un poder y una confianza que yo jamás tendría. En otras palabras, las resurrecciones de que nos habla la historia han sido con el empleo de las fuerzas espirituales y la oración. Yo no soy un metafísico, por lo que ese procedimiento me está completamente vedado. Lo que he estado haciendo durante nueve años es procurar la resurrección física de los muertos.

—Oye, parece que hablas en serio.

—Claro que hablo en serio. No hablo por el gusto de hablar. ¿Dónde has estado todo este tiempo? Los periodistas descubrieron el caso del Lázaro número cuatro, y le dieron una gran publicidad.

Publicaron mi retrato en el Time y el Life, y una infinidad de majaderos me escribieron pidiéndome que resucitase a los cadáveres que les interesaban. Incluso recibí una carta conmovedora de una mujer que había matado a su marido en un arrebato de cólera y que estaba arrepentida de lo que había hecho. Tenía oculto el cadáver, y quería que yo lo resucitara para evitarse una condena por parricidio. Naturalmente, yo la denuncié a la Policía.

—Aquí no parecen hacerlo así. Y tú tampoco denunciaste el hecho de que Marión Ames había sido asesinada.

El doctor Max Lekro pareció un poco acongojado.

—Naturalmente, sabía que tú conocías ese suceso. Ya hablaremos de él después. Me gustaría darte algunas explicaciones antes de que vayas a mi casa. Porque irás, ¿verdad? Desearía enseñarte mi laboratorio y ver tus relaciones.

—¿Por qué no resucitas a Marión Ames?

—¡Hombre de Dios, piensa un poco! —continuó Lekro bruscamente—. No puedo hacer nada con un cadáver que no esté en condiciones. Esa mujer tenía dos balas en la cabeza; tenía deshecho el cerebro. Eso no puedo repararlo. Además, no me has entendido. Yo trabajo con perros. El Lázaro número uno fue un gran danés, y sufrí un fracaso. Lo anestesié, lo dejé morir, y cuando llevaba quince minutos muerto puse manos a la obra. No tuve éxito. El Lázaro número dos fue un terrier escocés que murió atropellado por un coche, pero sólo había recibido un fuerte golpe en la cabeza. Hacía una hora que había muerto cuando cayó en mis manos, y logré que funcionaran de nuevo sus reflejos, pero no que recobrase el conocimiento. El Lázaro número tres fue un perro de lanas. Y mi primer éxito. Murió por los efectos del cloroformo, estuvo muerto quince minutos, y, finalmente, volvió a vivir. Recobró el conocimiento. Pudo ver, pero no duró mucho tiempo; poco más de una hora. El Lázaro número cuatro fue mi verdadero éxito. Aún vive. Era un perro de pastor, y muy inteligente. Lo ahogué, para que el cadáver estuviese en condiciones. Para hacer callar a los que me dijesen que la sofocación es semejante al ahogamiento y que los tanques de oxígeno y el control manual de los pulmones podrían hacer resucitar, dejé al muerto tres horas. Tendrás que reconocer que fue mucho tiempo. Estaba frío. Pero le devolví la vida al perro,

y aún vive. Resultó un experimento coronado con el éxito.

—¿Quieres decir que ese perro, que estuvo tres horas muerto, está perfectamente sano actualmente?

—No. Siento no poder decir que es cierto. No está completamente sano. Come, duerme, puede ver, oler y oír. Pero no está sano. Parece sumido en un estupor. Ha perdido la inteligencia. Uno de los mayores inconvenientes de la resurrección es que la inteligencia se pierde. Por lo visto, durante las horas de la muerte, las células del cerebro sufren un daño irreparable y no pueden volver al estado original.

—Quizá es que falta el alma.

—¿Tú crees que el alma es el elemento primario de la inteligencia?

—No puedo menos de creerlo —dije—. He sido testigo de demasiados milagros conseguidos por las oraciones para no creerlo. ¿Y el Lázaro número cinco?

—Un completo fracaso. Era otro perro de pastor. A éste lo maté de un tiro, creyendo que si el número cuatro podía sobrevivir con el cerebro inútil, también sobreviviría éste con una bala en la cabeza. Pero fracasé, debido al tremendo shock del sistema nervioso —apuró su vaso—. El número seis puede resultar algo extraordinario. Voy a desangrarlo hasta que muera, al estilo de Aristóteles. Tendré un cadáver perfecto y sin sangre. Entonces le inyectaré sangre de nuevo e iniciaré mi procedimiento de resurrección. Si puedo salvar el escollo del cerebro, tendré otra vez un perro sano y perfecto.

—Eso es fantástico —murmuré.

—No digas tonterías. Los rusos mantienen viva la cabeza de un perro desde hace año y medio. Decapitaron el perro y alimentaron las arterias y las venas artificiales por medio de una bomba circulatoria. La cabeza sin cuerpo de ese perro puede ver y oler. Se le hace la boca agua cuando le acercan comida.

—Leí ese informe —afirmé. Terminé mi vaso rápidamente y me estremecí, como si estuviese arrancándome una invisible sanguijuela—. Esa ha sido la mayor estupidez en los anales médicos. Una cosa sencillamente horrible. ¿Qué otra cosa han conseguido, salvo revolver un montón de estómagos? No ha conducido a nada, y tú no puedes decirme que la información que han sacado del funcionamiento del cerebro con tal experimento

haya sido útil. La curiosidad morbosa de un hombre de ciencia ha sido la única razón de ese experimento.

—Entonces, ¿cómo te explicas el corazón artificial Carrel-Lindbergh que ha mantenido vivo el corazón de un pollo y funcionando durante todos estos años?

—Esto, originalmente, comenzó como un experimento de protoplasma artificial —dije—. El doctor Carrel será el primero en decirte que en los seres vivientes hay algo más importante que la carne, la sangre y los huesos.

—Pero, de todas formas, me harás una visita, ¿verdad, Masón?

—Sí. Yo sólo discuto tu propósito, Lekro; no tu persona.

—Quizá podamos hablar de mi propósito cuando vayas a mi casa. ¿Qué te parece el viernes por la noche?

—Lo siento. Estaré camino de Nueva York. Me marcho el jueves a las diez de la noche.

—Entonces, ¿podrás el miércoles por la noche, a las ocho?

—Muy bien. Pero no tengo coche.

—Yo me cuidaré de eso. Ha sido un placer verte, Masón.

Pagó las consumiciones, nos estrechamos de nuevo la mano y se marchó. Era un individuo extraño. Me pregunté qué le habría sucedido en la vida para lanzarle por el camino de la resurrección de los muertos. El Lázaro número 6, el número 5, el número 4, el número 3, el número 2, el número 1… Pero no quise juzgarle. Todos los que descubrieron cosas grandes fueron extraños hasta ser comprendidos. Era natural que yo no le comprendiera aún.

6

Aquel domingo me había portado muy groseramente tanto con Joss como con Emily, y comenzaba a sentirlo un poco. A sentirlo un poco. Sin embargo, la forma en que los dos habían accedido al inteligente plan de Al Roche para ocultar aquel crimen, me había disgustado. Dios sabe que no soy un puritano, pero no pude menos de perder un poco el respeto que sentía por ambos. Joss Henry, por ejemplo, siempre había sido un rebelde. Tenía madera de rebelde; siempre había luchado contra la intolerancia y la estupidez. Esto era lo que había hecho que fuesen tan buenas sus primeras novelas.

Respecto a Emily, lo sentía más, porque había pensado mucho en ella y echaba de menos el no verla, no hablarle, y comencé a preguntarme si no me había conducido estúpidamente. A pesar de su tranquilidad, probablemente había pasado mucho miedo temiendo encontrarse ante un Tribunal acusada de asesinato. Pero, ¿por qué iba a preocuparse de eso? Yo era un testigo de que su coche había quedado abandonado en San Fernando.

Sin duda alguna, habría otros testigos que demostrasen dónde había estado toda la noche, en el teatro, en el Ciro y después en su casa, adonde llegó acompañada de Sammy Carnes a la hora que fuese. La de la muerte de Marión Ames podría fijarse, y eso sólo habría probado la inocencia de Emily. Mas todo el mundo había estado asustado, y habían conseguido incluso asustarme a mí. Me había asustado la idea de que hubiesen detenido a Emily, y al recordar el truco del corte, súbitamente me avergoncé de mí mismo.

Joss me telefoneó desde los estudios de la Mutual a eso del mediodía.

—Steve, grandísimo estúpido —dijo—, ¿qué es lo que te sucede? ¿Te has vuelto loco? ¿Por qué has huido de mi casa?

—Me marcho el jueves por la noche. No quería estorbarte más tiempo, Joss. Gracias, de todas formas.

—Eso es lo que me dijiste en tu nota de despedida. Pero es sólo una disculpa. ¿Qué es lo que te sucede? ¿Estás molesto conmigo?

—Sí, estoy molesto contigo. Estoy molesto por haberme mezclado en ese lío de Marión Ames, por no haber cumplido con tu obligación cívica y por decir amén a todo lo que se le ocurrió a ese megalómano de Al Roche.

—¡Ah! —exclamó Joss, aplacado—. Comprendo lo que quieres decir. Entonces, esa es la causa de que también estés molesto con Emily Wheaton.

—Quizá sí.

—Pues voy a decirte una cosa —prosiguió Joss—. Ha sido un milagro, Steve. ¿Recuerdas lo que te dije? *Veni, vidi* y rechazado? Tú has sido el primer hombre que la ha cautivado. Está enamorada de ti.

—Eso es muy interesante, mamá —dije—. Cuéntamelo todo.

—No seas tan arrogante. Te estoy diciendo la verdad. Cuando diste media vuelta y te marchaste a tu cuarto, ella lloró. Yo no había visto llorar a Emily en mi vida. No es de las mujeres que lloran. Escucha, Steve, creo que lo mejor es que bajes de tu pedestal. Reconozco que tal vez tengas razón, pero, ¿qué otra cosa puede hacer un hombre? Ya no estoy en una ciudad provinciana escribiendo novelas. Trabajo en Hollywood. ¿Sabes lo que eso significa? Gano mil quinientos dólares a la semana, y temo ofender a Al Roche y quedarme sin empleo. Eso es lo que pasa en Hollywood. Hay que seguir la corriente. Cuando despiden a uno, se les manda al diablo y se vuelve a escribir buenos libros y a ganarse decentemente la vida. Pero no se pueden ganar mil quinientos dólares a la semana y yo he perdido todas mis facultades y no puedo escribir una buena novela aunque lo intentara. Desde el punto de vista literario, soy un hombre acabado, y sólo vivo para ganar mis mil quinientos dólares. Así es que no podía hacer otra cosa. ¿Querías que escupiese a 98 Al en la cara? Un crimen relacionado con Gloria Gerald, que es la estrella de mi nueva película, habría sido para mí la puntilla. Al pagaría las consecuencias. Gloria y yo también las pagaríamos. Para todos habría sido un desastre.

—Literariamente, eres como una mujerzuela.

—Llámalo como quieras, pero significa dinero, y un hombre tiene que seguir la corriente. Siempre hay otro que se muere por ocupar tu puesto. En cambio, con Emily es distinto. Emily tiene valor. Yo creo que ella lo habría echado todo a rodar a no ser por dos cosas: porque tenía miedo y porque pensó en nosotros.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté.

—Olvidar. Olvidar este desgraciado asunto. Marión Ames tendría probablemente relaciones con algún actor, director, productor o con lo que fuese. Tenía abundancia de dinero, y su contrato no era muy bueno. Ganaba trescientos dólares a la semana. ¿De dónde sacaba el dinero? Probablemente haciendo algún chantaje, y por eso acabó trágicamente. El crimen podría aclararse, pero ¿para qué aclararlo? Recibió lo que se merecía, y algún hombre podrá dormir tranquilo de ahora en adelante. Así es que lo mejor ha sido inventar ese suicidio.

—Está bien —repliqué. Era capaz de convencer a un esquimal para que comprase una nevera—. Lo olvidaré todo.

—Y vuelve a mi casa.

—Me quedaré aquí hasta el jueves. Puedo ir a todas partes más fácilmente sin tener un coche.

—¡Diablos! Te he prestado mi Cadillac.

—Gracias, Joss. Estoy aquí perfectamente.

—Muy bien. Pero ven aquí a comer. A la una. North Gower, junto a la R. K. O.

—De acuerdo —dije cansadamente—. Iré.

7

Me dirigí a los estudios de la Mutual a la una menos cuarto, y sentí ciertos escrúpulos acercarme a la puerta. Era un día agradable y cálido, y yo llevaba uno de mis trajes blancos. Junto la puerta estaban los coleccionistas de autógrafos, y uno de ellos me pidió el mío. Contesté a aquella mujer que no fuese ridícula, y ella me dijo que si deseaba la duración de los cineastas tenía que prestar atención al público y firmar autógrafos. No hice más esfuerzos para convencerla de que no era Gary Grant. No me parecía en lo más mínimo a este caballero.

A la puerta, un poco nervioso, mencioné mi nombre y comencé tímidamente a dar una explicación, porque el portero era un hombre robusto, con un uniforme y con una mandíbula poco agradable.

—No se preocupe, doctor —dijo—. Entre. El señor Roche ha dicho que puede usted entrar o salir a cualquier hora de la noche. Considérese dueño de este estudio, doctor. Entre.

Esto me hizo sentirme importante. Era la importancia artificial que había arruinado a Joss. Halagaba, nos hacía sentir importantes en una industria importante. Comencé a comprender lo que le había sucedido a Joss.

Dentro del estudio no tenía la menor idea de dónde trabajaba Joss o si tenía que preguntar por él en la dirección. Esta la encontré por su letrero. El estudio me defraudó. Había oído hablar de los escenarios exteriores, pero lo único que vi fue una serie de edificios marrones, todos feos, v a mucha gente que iba rápidamente de un lado a otro sin saber adónde. No reconocí a ningún artista; claro que yo conocía a muy pocos.

Inesperadamente, oí que pronunciaban mi nombre:

—¡Masón! ¡Eh, doctor! ¡Aquí, arriba!

Levanté la cabeza y vi a Al Roche, que, asomado a una ventana, me saludaba. Seguía teniendo en la boca un gran cigarro, y sonreía.

—¿Cómo está usted, doctor? ¡Me alegro de verle!

—Estoy buscando a Joss —dije.

—Pues diríjase a ese edificio de dos pisos. Trabaja en el segundo.

—Gracias.

—¿Estará usted mucho tiempo aquí, doctor?

—Joss me ha invitado a comer.

—Le veré entonces —dijo Al Roche Y sus palabras fueron una orden.

Encontré el edificio de los escritores, y vi el nombre de Joss en el registro. Subí al segundo piso y volví a ver su nombre, esta vez con letras doradas, en la puerta: «Jocelyn Henry». Debajo de él, Joss había colgado otro letrero que Dios sabe de dónde habría cogido: «Sólo para señoras». Llamé, entré y cerré la puerta tras de mí.

Joss Henry se puso en pie.

—¡Hola, Steve! —dijo—. Bueno, vamos a comer —su actitud era distraída y preocupada. En su voz no se reflejaba ningún entusiasmo. No pareció sentir mucho interés por mí, lo que me sorprendió, porque esperé que me colmaría de atenciones y trataría de conseguir que me sintiese como en mi casa.

—¡Qué cosa más curiosa! —murmuró—. ¡Qué cosa más curiosa!

—¿Qué estás diciendo? —pregunté.

—¡Oh! Nada.

Bajamos al restaurante, que no me pareció ni muy limpio ni muy agradable. Había mucha gente, y algunas de las caras me parecieron familiares; pero no soy muy aficionado al cine y había estado ausente mucho tiempo. Había disfraces y maquillaje. Al Roche estaba ya comiendo en una mesa. Emily se hallaba con él. De vez en cuando él dictaba y ella escribía. Había otros dos hombres en la mesa, pero Al nos hizo una seña para que nos sentásemos con él. Una camarera se apresuró a llevar dos sillas como si Jehová hubiese escrito la orden con fuego. Joss y yo nos sentamos.

—Le presento a dos de nuestros mejores escritores de canciones del estudio, doctor —dijo Al—. Félix y Young.

Nos estrechamos la mano. Félix era grueso y calvo; Young,

grueso y no calvo. Ambos llevaban gafas, tenían rostros untuosos e incluso parecían hablar el mismo lenguaje. Por ejemplo:

Félix: —Escucha, Al. La canción es buena. Ella sale a escena y en el momento en que iba a abandonarlo todo, ve entre el público al tipo en cuestión. Sus ojos se llenan de lágrimas, pero se domina y canta.

Young: —Sí, Al, se domina y canta.

Félix: —El amor es una cosa del pasado, dice ella. Es algo natural, Al. Es una buena canción.

Young: —Sí, es una buena canción.

Al Roche, sorbió su café haciendo mucho ruido, y después miró a Emily.

—Eso apesta —dijo—. Yo podría escribir una mejor. Toma nota de esto, Emily. Es una canción malísima, ¿verdad, Emily?

—No es mala, Al —expresó Emily, que había rehuido mis ojos.

—Es terrible —insistió Al Roche—. Es desastrosa. Hoy día hay que hacer cosas buenas. El amor es una cosa del pasado.

Eso es, además, una mentira. Hay que hacer algo con ingenio, Félix. Por ejemplo, hablar de Cupido. Todo por culpa de un chiquillo llamado Cupido —se detuvo—. ¡Dios santo! Esto es maravilloso.

—No es malo —murmuró Félix.

—La letra la pondríamos con música normal —dijo Young.

—Bueno, pues id a escribirla. Por culpa de un chiquillo llamado Cupido, yo caí en tus brazos, etcétera, etcétera. ¡Dios santo! Os pago muchísimo dinero y tengo que daros las ideas. Id a escribirla, y no hagáis que me estruje más el cerebro. Iros de aquí, escribid la canción, y que sea buena al primer intento.

Félix y Young se marcharon murmurando que aquello era magnífico. No creo que se fijaran en si yo era blanco, negro o amarillo.

—¿Qué nos cuenta usted, doctor? —dijo Al—. He oído decir que se marcha a Nueva York el jueves por la noche.

Emily pareció sobresaltarse.

—Sí —contesté yo—. ¿Cómo lo sabe?

—Ordené a Shuttle que le vigilase. Yo siempre vigilo a las personas que me son simpáticas. Siempre vigilo a las personas que trabajan conmigo en algún asunto. Como el asunto de Marión Ames.

Quizá sea una buena idea que usted se marche, doctor. Mañana enterramos a esa mujer, pero ese maldito Webster sigue rondando a nuestro alrededor. Empieza a sacarme de quicio.

—¿Por qué no le sobornan? —pregunté amargamente.

—Porque no se deja sobornar. ¿Puede usted imaginarse que exista aún en el mundo un hombre tan cándido? Me dijo que me guardara los billetes grandes, y que... Bueno, hay una señorita delante. Tiene ideales. Puede uno imaginarse a un policía con ideales. Pero no imaginarse a un hombre que desprecie tres billetes de los grandes. El fiscal no le dejará trabajar más en el asunto; es un caso archivado. De todas maneras, a mí me preocupa ese tipo. Puede hacer investigaciones por cuenta propia y darnos un disgusto. No me gusta la perspectiva. Pero ¿qué diablos puedo hacer? No puedo sobornarle a la fuerza.

—Es verdaderamente terrible —dije—. De vez en cuando, uno se encuentra con hombres de esa clase. Hombres que ponen el ideal y el honor por encima de todo, y con ellos no se puede nada. Todos mueren pobres, pero que me ahorquen si no se mueren con orgullo. He conocido a muchos.

Al Roche me miró indeciso. Era una cosa rara verle indeciso. Joss Henry me miró cautamente y frunció el ceño.

—¿Se está usted burlando de mí, doctor? —su voz era amenazadora.

—Naturalmente. Me estoy burlando de usted.

—¡Ah! —rio roncamente—. No se suelen burlar mucho de mí. Se burlan tan pocos, que no distingo las burlas —se arregló la corbata y me miró—. Pero no es conveniente burlarse de un hombre, doctor. Así se pierden amigos. Créame, así se pierden amigos. No es conveniente hacerlo. Algunas personas no tienen sentido del humor.

Al Roche me dejó tiempo para que reflexionase sobre sus palabras. Después prosiguió:

—Naturalmente, yo no soy de ésos. Sé aceptar una broma.

El resto de la comida fue del mismo tenor, y yo me alegré cuando hubimos terminado y salimos al aire libre. Deseaba ver a Emily, pero no tuve ninguna oportunidad y pensé que Joss podría proporcionarme después una entrevista. Por eso la dejé marchar.

Joss y yo volvimos a su despacho, y cuando entramos se sentó, encendió un cigarrillo y comenzó a hablar de vulgaridades.

—¿Por qué estás preocupado? —pregunté.

—¿Preocupado? —repitió Joss—. ¿Yo preocupado?

Mi expresión fue de fastidio.

—De acuerdo, estoy preocupado. A Al no le gustó cómo enfocaron el guión que tenemos entre manos.

—¿Es eso una tragedia?

—Puede serlo. A Al le gusta que se acierte a la primera vez cuando paga mil quinientos dólares a la semana.

Llamaron a la puerta y apareció el cartero.

—Una carta certificada —dijo—. Firme y devuelva el recibo, señor Henry.

Joss firmó y cogió la carta. Miró la dirección del remitente. «Morris Columby, abogado», leyó Joss en voz alta. «¡Válgame Dios! ¿Habrán presentado alguna demanda contra mí? No creo que deba dinero a nadie...» Abrió el sobre. Dentro había otra carta en un sobre cerrado, con un sello de lacre y un monograma. Además, contenía una nota explicatoria de Morris Columby, Joss la leyó en silencio. Súbitamente me miró como si fuese un ser extraño. Me di cuenta de cómo se alejaba de mí, y por un momento dejamos de ser amigos. Se sentó con cuidado ante su mesa y abrió el lacrado sobre con su cortapapeles de cobre. Era un pequeño sobre de color azul pálido, y el papel que sacó de él era del mismo color, con una franja blanca. Lo leyó con mucha lentitud. «¡Bueno! —murmuró—. ¡Bueno! ¡Válgame Dios!» Volvió a meter la carta en el sobre de color azul pálido, y el papel quedó en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Malas noticias?

Joss apenas me oyó. Sus ojos eran duros y brillantes como bolas de vidrio. Después se aclararon.

—¿Qué dices, Steve? ¡Oh, no! Muy buenas noticias. Excelentes noticias, amigo mío —respiró profundamente, y su rostro se iluminó —. Necesitamos beber algo. No hemos estado muy alegres durante la comida. Tengo aquí una botella de *Courvoisier* que matará todos los microbios que tengas en el estómago, Steve. Echemos un trago —sirvió el coñac—. Por la libertad de la vida y por nosotros —bebimos—. Bueno, viejo carnicero, tengo trabajo, y la invitación que te he hecho ya ha terminado, así es que puedes marcharte.

También te digo que dejes ese cubil que estás ocupando en el hotel, te vayas a mi casa y utilices el Cadillac negro que será mío dentro de catorce meses. Deja de parecer tan severo y honorable. Steve, eres un verdadero chauvinista respecto a los escrúpulos. ¿Puedo hacer algo por ti antes de verme privado de tu monástica presencia?

—Algunas personas se sienten estimuladas con adrenalina :—dije—, y otras con sólo leer una carta.

Joss Henry movió la cabeza y sonrió místicamente.

—Estás equivocado, carnicero, completamente equivocado. ¿Quieres un poco más de coñac?

—No.

—¿Has visto a Emily?

—¿Dónde estabas a la hora de comer?

—¡Bah! Entonces no hicisteis más que miraros el uno al otro. Dime una cosa, Steve, ¿te gusta la chica?

—Mucho.

—Entonces, ¿por qué te portaste tan mal con ella el domingo?

—Porque me gustaba mucho y no me hacía ninguna gracia que hiciese caso a un grupo de imbéciles como Al Roche, Shuttle Smith, Harvey Kane, Louise Stafford y…

—Jocelyn Henry —añadió sonriendo.

—Y Jocelyn Henry —repetí también sonriendo.

—Y todo porque una mujer llamada Marión Ames se pegó un tiro.

—Dos tiros. En la cabeza. Ahora comienzo a considerar el caso filosóficamente —dije—. Únicamente yo creí que el crimen no era un buen negocio, que nadie era capaz de cometer el crimen perfecto y que nadie en este país podía cometer impunemente un asesinato.

—Tú te refieres a los Estados Unidos. Pero esto es Hollywood. No se puede evitar. No se puede hacer nada. Como los ríos que afluyen hacia el mar. Bueno, no seas tonto y llama a la chica por teléfono, porque sé que está enamorada de esos pelos grises que tienes en la cabeza y que sería capaz de limpiarte los zapatos y de ser una buena ama de tu casa. Emily es una mujer que es capaz de dar la espalda a un hombre más fácilmente que aquí se queda uno sin trabajo; no te ha dado la espalda y ha estado llorando. Así es que está enamorada.

—De acuerdo. Tengo muchos deseos de verla. Y ya diré en mi

hotel que tú has afirmado que mi habitación es un cubil. En realidad, es una habitación muy agradable, y tú eres un tonto. También eres el loco más grande que he conocido, y me vuelves a mezclar en algo que a mí no me interesa, pero quizá yo también esté enamorado.

—Vamos, Steve, Emily tenía miedo y se vio cogida. ¿Qué habrías querido que hiciera en aquel momento? Tú también debiste de haberte asustado, porque si no, no habrías fingido aquel corte en su brazo.

Naturalmente, tenía razón. La reflexión siempre nos indica lo que deberíamos haber hecho, pero la apurada situación de Emily me había impresionado aquel domingo por la mañana.

La telefoneé desde el despacho de Joss, y dije:

—Emily, aquí el doctor Masón. Tengo muchos deseos de verla. Le debo una explicación. Y me gustaría mucho que me perdonara, porque de lo contrario no podríamos cenar juntos esta noche.

—Le odio. Pero le odiaría más si no me hubiese llamado por teléfono. Encantada por lo de la cena de esta noche, doctor Masón.

—¿A dónde le gustaría ir? —pregunté.

—Yo no cenaré en casa —dijo Joss—. Tengo trabajo. ¿Por qué tú y Emily no cenáis en mi casa? Nadie interrumpirá vuestro idilio.

—Le he oído —dijo Emily—. A mí me parece muy bien la idea.

—De acuerdo. La iré a buscar a las siete.

Después colgué y me despedí de Joss. Cuando salí estaba llamando a Al Roche por el teléfono interior. No le había visto así desde que llegué a Hollywood.

—Eres un hombre nuevo —dije.

—Se me acaba de ocurrir una idea. Es magnífica, verdaderamente magnífica. Ya nos veremos mañana. Pórtate bien esta noche, Steve.

8

Llegué a casa de Emily en el Cadillac de Joss a las siete de la tarde. Allí conocí a su padre. Tenía una casita de cinco habitaciones en dos acres de terreno, en la parte sur del bulevar Ventura. Era muy agradable. Las pequeñas casas de California del Sur compensan su tamaño con las glorietas de preciosas flores de su jardín. Aquella casita tenía a la entrada los rosales más bonitos que había visto en mi vida.

Ella salió a recibirme a la puerta, sonriendo. Parecía de nuevo feliz, como aquel sábado por la noche, cuando me la encontré en la carretera oscura. Llevaba un traje de noche blanco, muy sencillo, poco escotado, y unos guantes largos.

—Buenas noches, Steve —dijo—. Entre, por favor. Quiero presentarle a mi padre.

Entré, y ella me condujo a la sala de estar, que era en realidad un despacho. Era una habitación sólida. Las paredes estaban llenas de libros, en librerías incrustadas en ellas y había dos divanes delante de la chimenea. En una mesa, en el extremo de la habitación, estaba sentado John Wheaton. Tenía el rostro enérgico y bondadoso que yo había visto en muchos ciegos. Su pelo era completamente gris, pero no tenía arrugas que indicasen mucha edad, por lo que supuse que aquel gris era prematuro. Sin duda alguna, no era un hombre viejo. Emily me presentó, y nos estrechamos la mano. Vi que había estado leyendo un libro en Braile. Era el Reader's Digest.

—Me alegro mucho de conocerle, doctor —expresó Wheaton amablemente—. Emily ha hablado mucho de usted estos últimos días.

—Eso es revelar secretos de Estado —dijo Emily—. ¿Cómo

quieres que consiga algo de él si sabe que hablo de él?

Wheaton se sonrió.

—Está bien, querida. No has dicho una palabra de él en estos últimos días. No te has entretenido delante del espejo esta noche. Buenas noches y que Dios os bendiga a los dos.

La ayudé a ponerse el abrigo y subimos al Cadillac. Hacía frío con la capota baja, y comenzaba a llegar la niebla del Pacífico. Aún no había llegado al Valle, pero se sentía su proximidad por la humedad del aire. California del Sur es el único sitio que conozco donde se llevan pantalones cortos de día y abrigos de pieles por la noche, pero, naturalmente, yo no he estado en el Sahara.

Nos dirigimos a la casa de Joss. Atea el criado filipino, había encendido fuego en la gran chimenea de la salita. Le dije que nos sirviese la cena en la mesa de café, para poder sentarnos en el sofá delante del fuego. No encendimos la luz, ni velas. Sólo nos alumbraban las llamas de la chimenea. Tomamos unos *cocktails*, y después cenamos en silencio. Ninguno de los dos habló mucho. No parecía ser necesario.

Después nos reclinamos en el sofá, y ella se acercó más a mí.

—Ha sido una cena deliciosa, Steve. Me siento muy llena y completamente feliz.

—¡Magnífico! —murmuré—. Acércate un poco más para que pueda rodearte con mi brazo. Cualquier contacto personal, por pequeño que sea, será muy apreciado. No estoy acostumbrado a estas cosas, y no sé cómo hacer el amor. Creo que no he tenido tiempo para el amor. No florece en los lugares de la tierra asolados por las epidemias. Mi único amor han sido los microbios, y estoy harto de ellos. Estoy enamorado de ti, Emily.

—Gracias, parece que me has dado una receta.

—Lo siento. No ha sido una declaración muy brillante.

—Es lo que necesito —dijo Emily—. Una receta. Es muy agradable, después de haber oído tantos discursos y súplicas apasionadas. Escucha, Steve. Eres un hombre muy simpático, y papá no se equivocaba. El sabe lo que yo siento. Pero a ti no te conviene una mujer como yo. Estoy metida aquí hasta el cuello. Recuerdo lo que sucedió con lo de Marión Ames. Tú te enfadaste.

—¡Al diablo lo de Marión Ames! Yo estoy enamorado de ti. Volvería a hacer lo que hice para evitarte un disgusto. Lo que me habría gustado es denunciar el hecho, y nos habríamos evitado muchos disgustos. Pero, de todas formas, una cosa no tiene nada que ver con la otra. No me importa lo que hayas hecho. Sólo sé que te quiero.

—Es magnífico —comenzó a decir Emily con voz queda— que una persona tan inocente como tú me haya dicho lo que yo más deseaba oír —se inclinó hacia mí y me besó; yo le devolví el beso, y fue entonces cuando entró Atea.

—Perdón. Un hombre está en la puerta. Desea verlos.

Enrojecí, pero logré preguntarle:

—¿Quién es? —mi voz tenía un tono beligerante. Atea no se impresionó lo más mínimo. Debía de haber visto muchas veces a Joss en mi misma situación, y no daba importancia a la cosa.

—Dice que es el senador de Massachusetts.

—Es Daniel Webster —declaró Emily.

—Dígale que entre —murmuré, vagamente asustado.

Entró como si hubiese vivido en casa de Joss durante veinte años, frío, tranquilo y dueño de sí, fumando un cigarrillo. Se quitó el sombrero, sonrió un poco forzadamente y nos estrechó la mano.

—Es un detective, Steve —dijo Emily—. Lo mejor será que te limpies el carmín de la boca, porque puede creer que me has estado seduciendo.

Yo me sentía nervioso. Un detective no hace una visita a no ser que tenga malas noticias. Tuve la sensación de que algo había sucedido, aunque Webster se mostraba muy amable. A mí también me sorprendió la actitud atenta y tranquila de Emily con aquel hombre. A mí, Webster me daba miedo. Era un individuo astuto, inteligente, de ojos perspicaces y muy difícil de engañar.

—Siéntese —dije—. Me alegro de volver a verle, Webster.

—Ya me lo imagino —murmuró Daniel Webster lacónicamente. Pero se sentó entre Emily y yo y rechazó una copa—. Bueno, doctor Masón —dijo al cabo de unos instantes—, ¿cómo está su conciencia?

—Bastante bien.

—No me mienta. A usted le remuerde la conciencia. A cualquier hombre blanco le puede remorder la conciencia. Está usted preocupado y deseando estar lejos de aquí, pero no quiere dejar a esta mujer, ¿verdad?

—Es posible —dije. Era inútil querer engañarle.

—¿Cómo está su brazo? —preguntó a Emily.

—Bastante bien. Me hice un corte terrible el domingo pasado.

—¡Emily! —grité.

Webster sonrió.

—Usted aún cree en cuentos de hadas, ¿verdad, doctor?

Le miré, y después miré a Emily.

—Naturalmente —dijo Webster—, usted ha hecho de ella una mujer honrada. Es lástima que ella no pueda hacer lo mismo con usted.

—¿Se lo has contado? —pregunté.

—Se lo conté todo, desde el principio hasta el final —dijo Emily —. Eso es lo que tú querías que hiciera, ¿no es cierto?

—Sí —fruncí el ceño—. Pero si el Estudio...

—El caso está sobreseído —informó Webster—. He recibido orden del fiscal de abandonar las investigaciones, ¿comprende? La Mutual ha comprado a la ley. Pero unas investigaciones particulares, por pura afición, no harán daño a nadie.

—Comprendo —murmuré. Miré a Emily y comencé a sentirme mejor. La verdad era que me sentía muy satisfecho. Los ojos de Emily estaban un poco húmedos, y yo también me emocioné. Porque ella lo había hecho por mí. Se había puesto de parte de Webster y de la Ley por mí, porque conocía mi modo de pensar.

—Me marcharé dentro de un segundo —dijo Daniel Webster—. Me doy cuenta de que soy el que sobra. Pero he venido para aconsejarle que se marche, doctor. Vuelva a Nueva York. Llévese a Emily con usted.

—¿Por qué me dice eso?

—Porque si los dos se quedan aquí y sucede algo malo, es posible que sea a usted o a ella a quien le ocurra.

—¿Quiere usted decir que uno de nosotros puede ser asesinado? —pregunté.

—Sí. Sobre todo ella. Si alguien se entera de que me lo ha dicho todo, puede correr peligro. Yo no me fiaría de nadie. Ni siquiera de

su amigo Jocelyn Henry.

—Pensaba marcharme el jueves por la noche —dije.

—Adelante el viaje y llévesela usted.

—Espere un momento —dijo Emily—. Corre usted más que yo, senador. Yo no pienso marcharme. Tengo aquí la casa de mi padre y mi trabajo. No me empuje a los brazos de este hombre. No nos estamos portando mal.

—Yo pensé... —comenzó a decir Webster quedamente.

—Ella sólo hace tres días que me conoce —dije—. Además, creo que está usted equivocado. No veo por qué Emily o yo hemos de correr algún peligro. El asunto está terminado. Me alegro mucho de que sepa la verdad, y desearía que descubriera al asesino de Marión Ames, pero eso no es motivo para que Emily se precipite, se case conmigo y se marche a Nueva York.

—Además —añadió Emily—, él ni siquiera me lo ha pedido.

La miré y sonreí.

—Te lo pediré.

Webster se aclaró la garganta.

—Bueno, no quiero empujar a uno a los brazos del otro. Así es que dejemos esto. Usted, señorita, ha tenido valor al decirme la verdad, porque soy un hombre duro y ha debido de tener miedo. Pero eso, fíjese bien, no la salva. Sin embargo, sospecho que es usted inocente, sobre todo desde que me he enterado que Marión Ames dejó una carta.

—¿Una carta? —repetí asombrado.

—Sí. Lo he averiguado por su abogado.

—¿Cómo se le ocurrió eso?

—Escuche, doctor. El ser detective es una profesión como la medicina. ¿Cómo diagnostica usted el caso? Usted estudia los síntomas, ¿verdad? Pues aquí también había síntomas. Teníamos una mujer joven, bonita, con mucho dinero, tratando de abrirse paso en el cine. ¿De dónde sacaba el dinero? No había heredado ninguna fortuna, no ganaba un gran sueldo; tenía que estar haciendo un chantaje. Y si era así, su única amenaza contra el asesino era una declaración para que la entregaran a alguien en caso de que le sucediese algo, ¿comprende? Por eso llamé a Columby, que era su hombre de confianza, y él me dijo que había dejado una carta para ser entregada a Joss Henry, y que ya había

mandado.

—Yo estaba con él cuando la recibió —dije—. A eso del mediodía.

Daniel Webster cerró los ojos por un instante.

—Supongo que se la entregaría inmediatamente a Al Roche.

—Llamó a Al en cuanto la hubo leído.

—Naturalmente. Después la destruirían. ¡Dios me valga! ¿Cómo se puede trabajar en un caso como éste? Esos dos hombres saben ahora lo que decía la carta. El nombre del asesino figuraba en ella. ¿Se lo dirán a la Policía? No. El asesino debe de estar relacionado con los Estudios de la Mutual, quizá con el Estado Mayor de Rocher, y por eso quieren echar tierra sobre el asunto.

—Quizá tenga aún la carta —dije—. Trataré de hacerme con ella.

—Sí, pero no lo conseguirá… Bueno, me marcho —nos dio las buenas noches y le acompañamos hasta la puerta. Conducía un Chevrolet 1934 que se alejó ruidosamente entre los ladridos de Ferdy y Mickey.

El resto de la noche fue ininterrumpido y muy agradable. No llevé a Emily a su casa hasta las tres de la madrugada.

9

Enterraron a Marion Ames al día siguiente, en Forest. Y fue un entierro muy espectacular y muy vulgar. En primer término, la cremación es la única forma higiénica y cristiana de enterrar a una persona, porque el cristianismo priva a la muerte de su poder y de su dolor. En Forest Law, Marión Ames fue colocada en una cripta donde todo el mundo pudiera ir a adorar su cadáver como los rusos adoran el cuerpo de Lenin. Naturalmente, aquello fue una pantomima montada por Al Roche y la Mutual, porque Marión Ames no era muy conocida, excepto por los jóvenes aficionados al cine que la habían visto en pequeños papeles y se habían sentido fascinados por su provocativa figura. Pero en el cementerio se reunieron seis coches de flores y muchos otros con personalidades, las más importantes de la Mutual y las más célebres estrellas de otros estudios, para satisfacer la curiosidad pública.

No sé por qué fui. Pero esto no es ser sincero. Al Roche pidió a Joss que fuese en su coche, y yo fui con ellos.

—Venga usted también, doctor —me dijo Roche—. Será una ceremonia por todo lo alto.

—Esas ceremonias son una pérdida de tiempo. Hay que dejar a los muertos en paz.

—Escuche, doctor. Usted fue la última persona que salió con ella; es natural que vaya a su entierro. Venga en mi coche.

Y fui. Me reproché a mí mismo que me hubiese impresionado la confianza de Al Roche, pero fui. En el cementerio no vi ni rastro de Emily. No pregunté por ella. Por nada del mundo habría preguntado a Al Roche por Emily.

Después del entierro fuimos al bar de Al Lewy, en Vine Street, y allí me encontré con todas las celebridades del cine. Pareció una

reunión después de un partido de fútbol. Todo el mundo felicitó a Al por lo bien que había resultado; le dijeron que no era tan mala suerte haber perdido una futura mina de oro como Marión Ames; le preguntaron quién era aquel hombre con el pelo un poco gris, si era un banquero de Nueva York que había llegado para ver los estudios, y le rogaron que llamase por teléfono para salir juntos.

—Bueno —dije a Al al salir del bar—, indudablemente, es usted una personalidad en esta ciudad.

—Soy un personaje. Y todo el mundo me adula. La gente siempre adula cuando puede sacar algo de uno. Sólo usted es distinto. Empieza usted a serme simpático, doctor, por ser diferente. Usted no tiene una gran opinión de mí. No le he causado ninguna impresión.

—Verá… No me ha causado impresión —dije, confuso por su franqueza—, es decir, no entiendo…

—¿Dónde va usted esta tarde?

—Pensaba ir…

—Déjelo para otro día. Le demostraré cómo he llegado a ser una celebridad del cine. Voy a impresionarle.

—¿Vas a proyectarle *Sombras de la Polinesia*? —preguntó Joss Henry.

—Sí. George, llévanos a la sala de proyecciones y mándanos cerveza —dijo Al.

Entramos en la sala de proyecciones de la Mutual. Nos sentamos en las butacas más cómodas y más grandes del mundo, y vi una película titulada *Sombras de la Polinesia*, una de las mejores que he visto en mi vida.

Cuando acabó la película y encendieron las luces, Al Roche me preguntó:

—¿Qué le ha parecido, doctor?

—Se ha salido con la suya; me ha impresionado —dije.

—La hice en mil novecientos veintiocho. Aquí me creyeron un novato, pero yo convencí a Lipstein para que me diese un equipo para hacer esta película. Pasamos seis meses en Hawai. Me divertí todo lo que pude, pero hice una película que produjo un beneficio de dos millones de dólares y costó ciento sesenta mil. Es difícil que

se pueda hacer una película que resulte mejor.

—Es lo mejor que he visto, pero yo no entiendo de esto. No he visto muchas películas.

—Su juicio vale mucho. La película le ha parecido buena. Usted mismo lo ha dicho. No hablemos más. Me es usted simpático, doctor. No sé por qué, pero me es usted simpático. ¿Cuánto gana al año?

Estábamos rodeados por otras personas, y yo estaba deseando que se dirigiera a otro. Me daba la impresión de estar haciendo el ridículo.

—Quizá unos diez grandes, ¿eh? —dijo Al al ver que yo no contestaba.

—Quizá.

—¿No le gustaría ser el médico del estudio? Yo podría lograr que le pagasen veinticinco grandes al año.

—Lo siento. Trabajo en el...

—Al diablo el Instituto Rockefeller. ¿Qué finalidad persigue recorriendo el globo y tratando de ayudar a unos pobres diablos enfermos que ni siquiera se lo agradecerán?

—No lo sé, pero lo hago de buena gana, y otros muchos médicos también lo hacen, sin importamos que los enfermos nos estén agradecidos o no.

—Le ofrezco veinticinco grandes.

—Muchas gracias —repuse. Podía darse cuenta de que me estaba encolerizando—, pero hace años que no me dedico a medicina general. Estoy especializado en cosas como la lepra, el beri-beri...

—Ya le encontraremos algunos leprosos.

—No, gracias —repliqué bruscamente, y me puse en pie como para dar por terminado el asunto. No obstante, él no abandonaba una cosa tan fácilmente.

—Piénselo bien. Me es usted simpático, doctor. Y a mí me gusta tener a mi alrededor gente simpática. Piénselo.

—Claro que lo pensará, Al —intervino Joss—. Ya le convenceré yo.

La reunión se disolvió, y yo me dirigí al estudio con Joss.

—En mi vida he oído una tontería mayor —dije furioso—. Me has puesto en ridículo delante de toda esa gente. No me

convencerás, Joss. Ya estoy harto.

—No te enfurezcas, muchacho. ¿Quieres una copa de coñac?

—No.

—Cálmate, Steve —Joss sonreía—. Veinticinco grandes no te harán daño, y ahora en Extremo Oriente hay un lío de mil diablos: tardarás mucho tiempo en poder volver allí. Además, Al te puede hacer famoso.

—También puede hacerme un esclavo, como te ha hecho a ti. No. Joss, no tocaré ese dinero. Y ya que estamos todos tratando de sacar algo de alguien, deja que yo también te saque algo a ti.

—Desde luego —dijo Joss, apurando su coñac—. Pídeme lo que quieras, que si puedo dártelo...

—Me gustaría ver la carta de Marión Ames que recibiste ayer al mediodía.

Joss tosió, se atragantó y vertió el coñac en el suelo. Después de haberse puesto en pie bruscamente me miró, con los ojos inyectados, como si se hubiese vuelto loco.

—¿Qué diablos estás diciendo?

—Tú lo sabes mejor que yo.

—Te has vuelto loco —gritó Joss—. Eres un completo estúpido y no sabes lo que dices. ¿Qué es lo que intentas? ¿Hacer suposiciones?

—Tú recibiste una carta del abogado Morris Columby, y con ella te adjuntaba otra de Marión Ames. Si quieres confirmar lo que te digo, llama a Webster, el detective. Él fue quien me lo dijo.

—¿El? —murmuró Joss, aterrado—. ¡Dios santo! ¿Sigue aún sus investigaciones?

—Sabe que has recibido esa carta. Joss, en esa carta está el nombre del asesino.

—Te equivocas —Joss nunca supo mentir—. Era una carta de colegiala manifestándome su amor hacia mí. ¿Me entiendes?

—Déjame verla.

—¡Vete al diablo! Nadie verá esa carta... La he quemado, y eso sí que es cierto.

—Sigues mintiendo.

Joss encendió nerviosamente un cigarrillo.

—Escucha, Steve. Deja este asunto, ¿quieres? Creí que todo había acabado. Veo que no. Pero quiero que me des tu palabra de que esto no lo sabrá nadie. No tengo por qué decírtelo.

—Te doy mi palabra.

—De acuerdo. Es verdad que Marión me escribió una carta. La escribió antes de morir, y tenían que entregármela después de su muerte. Creo que pensó que yo era un amigo. O quizá lo hizo porque yo nunca había intimado mucho con ella. Sea lo que fuere, su carta era una revelación. Sabía algo de cierta persona. Y lo que sabía era importante. Cometió con ello un chantaje, y, temiendo ser asesinada, quiso revelarme su secreto para que lo comunicase a la Policía.

—Eres un miserable.

—No puedo revelárselo a la Policía. En primer lugar, el asunto está sobreseído, y, en segundo, me será muy provechoso saber lo que sé.

—En otras palabras, ahora el chantaje lo vas a hacer tú.

Joss pareció molesto.

—Steve, no seas tan escrupuloso. No voy a cometer ningún chantaje. Sólo sé algo que me será útil. No amenazo a nadie ni pido nada. Me limito a saber algo, y cierta persona sabe que yo lo sé. Por eso me será provechoso.

—Eso es jugar con la muerte —dije—. Ya ha sucedido una vez.

—No sucederá más. Yo juego muy bien mis cartas, Steve. Además, el asesino de Marión Ames no sabe que yo conozco su identidad. Tú te lo has imaginado, pero tú te marchas a Nueva York. Aquí estás empezando a meterte en donde no te importa, Steve. Esta no es ciudad para un hombre honrado. Y ahora tengo que trabajar.

10

Compré el «*Hollywood Chronicle*» en un puesto de periódicos que había en la esquina, y entré en el bar que había junto al estudio. En él había una fuente de soda de tremendas proporciones, y estaba lleno de todos los juegos automáticos imaginables. Era un sitio fascinador y en donde fácilmente se le iba a uno el dinero, porque los juegos eran complicados, eléctricos e interesantes. Los evité comprando un paquete de Pall Malí, y cuando me estaba dando el cambio, una joven se acercó al mostrador y pidió Lucky. Llevaba un jersey amarillo, un turbante marrón, unos pantalones también marrones y unas gafas negras.

—Buenas tardes, doctor Masón —dijo.

—Buenas tardes —murmuré. De momento, no la reconocí. Después, al quitarme las gafas, vi que era Gloria Gerald, la estrella número uno de la Mutual y la estrella número uno de Joss Henry. No me pareció tan afectada con pantalones como lo había parecido con su súper resplandeciente traje de noche el sábado por la noche en el Cathay.

Se mostró muy afectuosa e hizo lo imposible por serme agradable. Era una mujer extrañamente hermosa, con prominentes arrugas sobre los ojos y unas mejillas lisas y hundidas. Su rostro tenía una remota expresión oriental. Su nariz era más bien larga, y parecía tener unas cicatrices en la punta, por lo que deduje que debía de haber sufrido alguna operación estética. Probablemente, su nariz debía de haber sido un poco gruesa, y se la habían afinado. No tenía cejas; únicamente las que llevaba pintadas, y los lóbulos de sus orejas eran bastante grandes, aunque los escondía bien con el pelo. Llevaba unos guantes blancos y un pañuelo de colores.

—He visto esta tarde *Sombras de la Polinesia* —dije—. Me ha

parecido magnífica, y su actuación soberbia. Tiene que perdonarme si no parecí apreciar mucho su talento la otra noche, pero soy un hombre anticuado que ha visto muy pocas películas en China y Malaya durante estos últimos años, y esas pocas eran cosas antiguas de Charlie Chaplin y alguna de William S. Hart.

—Usted no es un hombre anticuado —dijo Gloria—. Joss le aprecia mucho. Dice que es usted el único hombre blanco del mundo.

—Eso es una exageración.

—Me alegro de que le gustase *Sombras de la Polinesia*. Fue mi primera película como estrella. Para filmarla fuimos a los trópicos. Primero a Hawai, y como no nos gustó nos trasladamos a Samoa. Pasamos allí seis meses enteros.

—Al Roche me lo dijo.

—Esa película hizo a Al. Y me hizo a mí. Y creo que también a Paul Shannon. ¿A dónde va usted? Yo voy a Beverly Hills.

—Yo pensaba ir andando a...

—¿No le gustaría venir conmigo a casa, tomar una copa y tal vez bañarnos? Tengo la tarde libre, y es una cosa tan rata que no sé qué hacer.

No sé por qué, pero la idea me sedujo. No tenía nada que hacer, y solo pensaba matar el tiempo hasta que Emily saliera del trabajo, porque habíamos quedado en ir a cenar juntos. Por eso le dije a Gloria Gerald que me encantaría tomar una copa con ella. Se mostraba muy afectuosa conmigo, subimos a su Packard blanco y nos dirigimos por el bulevar de Hollywood, pasando por Beverly Hills, a Cold Water Canyon, donde estaba enclavada su residencia.

Primero tomamos un whisky con soda y después nos encaminamos a la piscina. Esta era grande y maravillosa, bordeada de flores. En el vestuario encontré unos pantalones de baño que me iban bien. Todos los que poseían piscina parecían disponer de un gran surtido de trajes de baño.

—Es usted un hombre simpático —manifestó Gloria mientras nos secábamos y nos sentábamos al sol—. Ahora sé por qué Joss le aprecia tanto. Es usted natural y franco.

—Iba a decir lo mismo de usted. A su lado me siento

completamente a mis anchas. Se lo contaré a mis nietos, si mi próstata resiste hasta que pueda tenerlos. Les explicaré que una tarde me bañé y hablé con Gloria Gerald. Naturalmente, no me creerán.

—Lo que sucederá es que no comprenderán lo que les dice. Todo el mundo se habrá olvidado de mí. Esta es una ciudad difícil, y el cine es ingrato. No se hace carrera fácilmente.

—¿Cómo la ha hecho usted entonces?

—Ya que me lo pregunta, se lo diré —siguió Gloria con franqueza—. Hay que seguir todos los caminos que se le presenten a uno, los honrados y los que no lo son. Fíjese en mí, Gloria Gerald. Mi rostro aparece en todas las revistas de los quioscos, y los colegiales me escriben infinidad de cartas, soñando, probablemente, con mi amor. No soy una ingenua, pero podría serlo. No tengo las piernas de Marlene Dietrich, pero las mías no están mal. Tengo una figura provocativa, y con eso y un poco de talento artístico pueden llevar a una estrella americana a la cumbre. Me ven en el *Esquire* con un traje de noche escotado. Me ven en los estrenos rodeada de lujo. Soy la inalcanzable y, naturalmente, todos los hombres, excepto usted doctor, sueñan conmigo, y todas las mujeres tratan de imitarme. Esto es el éxito de Hollywood, y esto es lo que me coloca en el grupo de las estrellas que ganan doscientos billetes grandes al año.

—¿Por qué me ha exceptuado a mí? —pregunté, divertido.

—Por pura cortesía —contestó Gloria claramente—. Porque si usted me conociese un poco más sería lo mismo que todos. Es lo más natural del mundo que se desee lo que es difícil de obtener. En esto radica el secreto del éxito.

Me quedé atónito al ver su sentido común, tan poco corriente, y su milagrosa habilidad para juzgarse en su presente y privilegiada situación, y así se lo dije.

—Espere, aún no he terminado. Mi padre era un buscador de petróleo de Texas, y murió durante una crisis de los negocios en Kilkenny. Mi madre era una mujer débil y enfermiza. Yo lavé platos, lavé ropa, me deshice las manos. Durante cuatro años, desde los catorce a los dieciocho, los hombres me importunaban, vivía en la suciedad y la miseria, siempre sin un céntimo, siempre hambrienta. El cine era un escape. Una noche, súbitamente, decidí

que estaba cansada de Texas, del hambre y de la pobreza. Tenía dieciséis dólares ahorrados. Recogí lo poco que tenía y emprendí el viaje hacia California y Hollywood. Mi madre ya había muerto entonces. Llegué a Hollywood como pude, y comencé a luchar. Esto era en mil novecientos veintiséis. No me dieron una oportunidad durante año y medio y tuve que volver a servir en restaurantes, aceptar papeles pequeños y hacer de todo.

—Esa historia me es familiar.

—Una noche, Al Roche entró en el restaurante. Era un pequeño local italiano situado en Sunset Bulevar, donde servían buenos spaghetti. A Al le fui simpática. Le gustan las personas que le llevan la contraria; es un detalle curioso. Pero después tienen que dejar de llevarle la contraria, o las odia.

—Ya sé un poco de eso —murmuré.

—Bueno, Al tenía la idea de hacer una película de los mares de Sur, y me dijo que yo era un tipo indicado para ella si... Ya sabe lo que quiero decir, doctor.

—Me lo imagino.

—Logré un contrato, y estuvimos seis meses ausentes haciendo *Sombras de la Polinesia*. Y cuando ésta se proyectó, yo pude imponer mis condiciones. Después pude hacer lo que quise. Hice el voto de que nunca volvería a ser pobre, de que nunca volvería a sentir hambre y de que nada me derribaría de mi pedestal, excepto el público, y de que si alguien trataba de perjudicarme lo pagaría caro. Tal como han resultado las cosas, he tenido suerte.

—Es usted extraordinaria.

—Lo soy. Sé lo que quiero, lo que deseo hacer y lo que deseo conservar. Y esto es algo. Lo que le sucede a la mayoría de los que triunfan aquí es que nunca han tenido posición o dinero, y cuando consiguen ambas cosas pierden la cabeza. Pero eso no le sucederá a Gloria Gerald, alias Mary Donovan.

Después tomamos otro whisky con soda, y me sentí un poco excitado, atrevido y también mareado, porque mis mejillas parecían insensibles y cada vez que me zambullía en la piscina tenía la impresión de que el whisky se me subía a la cabeza.

—¿Por qué me ha contado todo eso? —pregunté.

—Porque me es usted simpático. Y agradable... Y porque quiero serle a usted también agradable.

—Pues me es usted muy agradable. La había juzgado mal. Creí que era usted de esas muñecas con sonrisa artificial que parecen asustadas y un poco bebidas, y que dan la impresión de estar al borde de una crisis nerviosa.

Ella sonrió y se acercó a mí. Su traje de baño blanco era provocativo.

—No deseo serle agradable en ese sentido… Desearía gustarle.

—Espere un momento —murmuré, aún nervioso por culpa del whisky—. Creí que estaba usted prometida a Joss.

—Eso es lo que él quiere, pero a mí me gusta usted, doctor. Me gusta mucho —y sin previo aviso, me besó en la boca y se estrechó contra mí.

En medio de esta escena oí una voz seca:

—¡Corten! Ha salido perfecto sin ensayo. Doctor, estas escenas las hace usted muy bien para no ser un profesional.

Yo me solté, di media vuelta y me encontré con Al Roche. Tenía el sombrero hacia atrás, el cigarro en la boca, la chaqueta abierta y las manos en las caderas. Parecía muy satisfecho.

Junto a él, un poco pálida, estaba Emily.

11

La situación resultó muy embarazosa y no se aclaró. Al había ido para hablar con Gloria de un guión y para salir del estudio, donde hacía mucho calor. Se había hecho acompañar por Emily por la fuerza de la costumbre.

A Al y a Gloria no pareció importarles lo sucedido. No encontraron nada extraordinario en ello.

Pero Emily habló muy poco conmigo. Un momento antes de marcharse me dijo de pronto:

—Tengo dolor de cabeza, Steve. Si no te importa, no iremos a cenar esta noche.

—Sí que me importa. Esta es la última noche que tengo libre, me marcho el jueves.

—Lo siento, Steve. No puedo ir.

—Pero...

—Lo siento.

—¿Para qué va a ver a Max Lekro, doctor? —preguntó Al—. Su casa es un osario, y está más loco que una regadera.

—Estaba muy cuerdo cuando hablé con él —repliqué bruscamente.

—Vamos, doctor, no se enfade. Lo que quería decir es que se dedica a algo macabro, a resucitar a los muertos. Ese es un truco que no puede tener éxito. Y, además, no es bueno económicamente. Fíjese en el aspecto económico de la cosa. El que se mueran las personas es un gran negocio. ¿Y de que serviría volver al mundo al hombre que ha perdido ya su plaza en él?

Tuve que volver a Hollywood con ellos, Emily no me miró, ni me dirigió una palabra amable durante todo el camino.

Di las gracias a Al por llevarme a la ciudad. Me dejó en el Brown

Derby, en la calle Vine, porque sabía que Joss cenaría allí, y ya que Emily se empeñaba en portarse tan estúpidamente, la dejé ir donde quisiera y decidí reunirme con Joss. Estaba furioso con Emily, aunque la culpa fuera mía. Reconocía que era mía la culpa, pero Gloria también la tenía. ¿Qué podía hacer yo? Emily no me había dado ocasión para explicarle lo sucedido.

Al dejó a Emily donde ella tenía su Ford, y después nos dirigimos a Vine.

—Creí que usted y Emily eran amigos —dijo Al.

—No quiero hablar de ello. No me esperaba lo que hizo Gloria. Había bebido dos whiskys...

—Aléjese de Gloria —advirtió Al—. Es mi primera estrella.

Bajé del coche y entré en el Derby. El encargado me dijo que Joss aún no había llegado, por lo que me senté a una mesa y comencé a leer mi *Hollywood Chronicle*. Comenzaba a sentirme dolorido por los efectos del sol. Estaba leyendo el periódico cuando vi el nombre de Joss. La noticia decía así:

«Joss Henry alcanza la cumbre. Este escritor de la Mutual obtiene un nuevo contrato; ganará dos grandes a la semana, efectivos inmediatamente.»

Me quedé mirando esta noticia largo tiempo, y cuando levanté la cabeza encontré a mi lado a Sammy Carnes. Sammy era el individuo que había llevado a su casa a Emily aquel sábado por la noche. Era un ayudante de director en el equipo de Al Roche, lo que quería decir que era una especie de encargado de los extras.

—Buenas noches, doctor —dijo—. Joss y Gloria vendrán en seguida. Joss está hablando con unos amigos afuera.

—¡Dios santo! —exclamé—. ¿Está ella con él?

—Naturalmente. ¿Qué ha pedido?

Yo deseé marcharme. No quería volver a ver a Gloria. No tenía nada contra ella, pero aquello no parecía una mera coincidencia, y en todo caso sería más difícil de explicar a Emily. Seguía pensando en explicárselo todo.

Pero me quedé, y ellos entraron, sentándose con nosotros. Después entró Paul Shannon, y también se sentó a nuestra mesa. No le conocía, pero me pareció un hombre simpático. Era corpulento, un par de pulgadas más alto que yo, pero sobresalía entre todos los demás. En Hollywood todo el mundo parecía ser bajo. Daba la

impresión de llevar buena vida, porque tenía un color bronceado y sano. Su pelo era rubio, sus ojos azules y franca la expresión de su boca. También hablaba con franqueza.

En aquel momento entraron un par de fotógrafos e hicieron unas fotografías del grupo para una revista cinematográfica, creo que la *Screen Guide*. Yo ya había figurado en otra fotografía, y Joss me dijo que sería el anónimo «amigo» del epígrafe.

Todos pidieron algo de beber, y Gloria dijo:

—A propósito, el viernes por la noche doy una fiesta en mi casa. Quiero celebrar mi nuevo contrato. Joss llevará a Steve. Confío en ti. Vendrá usted, ¿verdad, doctor?

—Lo siento. Estaré camino de Nueva York. Me marcho en el avión del jueves por la noche.

—Anule su billete. Quiero que vaya a mi fiesta. Tiene usted que ver una fiesta de Hollywood antes de marcharse.

—No —dijo Joss—. Steve tiene que volver a Nueva York lo antes posible.

—¿Por qué? —pregunté yo. No me había gustado su tono.

—Eso es lo que tú me has dicho —repuso Joss, a quien nunca le faltaba una respuesta.

—No estás tratando de librarte de mí, ¿verdad?

—Vamos, Steve, ya sabes que quiero que te quedes. ¿No te dije que aceptaras la oferta de Al de quedarte como médico del estudio?

—¿Es cierto eso? —preguntó Sammy Carnes.

—No lo había oído decir —murmuró Gloria—. ¿Y Max se va a tomar el aire?

—¿Max qué? —pregunté.

—Max Lekro. Es el matasanos del estudio —aclaró Gloria—. ¿No lo sabía? Es un excelente médico.

—Bueno, tiene seguro su empleo. Yo tengo que volver a Nueva York y hacer un informe. No puedo aceptar ese cargo.

—¿Irá usted a la fiesta?

—Está bien; iré.

Joss pareció disgustado.

Después llegaron Al Roche y Louise Stafford, se reunieron con nosotros y pedimos otra ronda, una bebida llamada *Zombie*, muy cara y terriblemente potente. Joss cogió el vaso de Gloria y Gloria el de Joss, y entrelazaron sus brazos. Era una cosa común en ellos,

porque siempre hacían lo mismo.

—Por ti y por mí —dijo Joss, sonriendo mientras bebían.

—¿Cuándo os casáis? —preguntó Al Roche. En su rostro se dibujaba una desagradable sonrisa, y miraba fijamente a Joss para ver la reacción de éste.

Joss le devolvió la mirada y dejó lentamente la copa. Su rostro, normalmente un poco enrojecido, comenzó a palidecer y después se volvió de un tono azulado. Daba la impresión de que iba a estallar en cólera, de no haber visto sus ojos. Yo los vi. Los volvió hacia mí con la expresión más humilde que jamás se reflejó en ellos, y se volvieron vidriosos.

—Steve… —jadeó. Después se desplomó hacia adelante sobre la mesa, ocasionando un terrible estrépito con todas las cosas que había en ella.

Gloria pareció que iba a lanzar un grito, pero Al la cogió del brazo y dijo:

—Por lo que más quieras, disimula. No seas estúpida; disimula. Se ha mareado… Lo sacaremos de aquí… Por lo que más quieras, disimula… Y tú también, Lou. Disimula y te daré un contrato, pero disimula. Disimula… Se ha emborrachado… Reíros.

Se oyó una risa penetrante y nerviosa. Un camarero se acercó precipitadamente. Al sonrió y dijo:

—No es nada. Este señor ha tomado demasiados *Zombis* y ha perdido de pronto el conocimiento —hablaba en voz muy alta—. Joss Henry se morirá de vergüenza cuando sepa que ha perdido el sentido en el Brown Derby. Vamos, Steve, ayúdeme a llevarlo al coche y le conduciremos a su casa. Vosotros seguid cenando; volveremos dentro de veinte minutos. Sammy, ocúpate de esto. Diles que invito yo.

Entre Al Roche y yo cogimos a Joss. Al tenía unos ojos que parecían de rata, y su sonrisa era una mueca.

—A su coche —dije—. Y después al hospital más próximo, y a toda velocidad.

—¿Qué sucede? —preguntó Al.

—No me pregunte lo que sucede. Lo sabe de sobra. Y esto no lo podrá tapar, Al.

Si muere le ahorcarán por este crimen.

Eso se lo prometo.

—No creerá que lo he hecho yo, ¿verdad? —murmuró Roche atónito—. ¿Se ha vuelto loco, doctor?

No le contesté. Metimos a Joss en el Lincoln de color crema de Joss, y nos dirigimos a toda velocidad hacia Los Angeles y los Cedros del Líbano. Examiné a Joss y no pude encontrarle el pulso, pero cogí un pequeño espejo que había en el coche, y al acercárselo a la boca vi que se humedecía; aún respiraba. También distinguí el ligero y acre olor del cianuro potásico. Su boca tenía un color amarillento. Sin embargo, temí que hubiese muerto cuando llegásemos al hospital.

Pero me equivoqué. Joss vivía cuando llegamos allí. Dejé que el médico de guardia se encargara de él. El caso era cosa suya, y yo sólo hubiese hecho lo mismo que él. Esperamos; Al se paseaba de un lado a otro como si fuese un futuro padre. La cosa hubiese sido graciosa, pero él también tenía un color azulado. Su aspecto no era nada bueno. Finalmente, sintió náuseas y salió.

A las diez, el doctor Lykes, salió también de la habitación, moviendo la cabeza.

—¿Ha muerto? —pregunté. —No. Pero tiene muchas probabilidades de morir. No puedo hacer nada más. ¿Quiere entrar para darle un vistazo?

—¿Qué puedo hacer yo? Casi prefiero no verle.

—Bueno, Masón, he hecho todo lo que he podido. No ha recobrado el conocimiento, y dudo que lo recobre. Le extrajimos el veneno rápidamente, pero no con la suficiente rapidez tratándose de cianuro. No creo que haya ingerido mucho, pero es un veneno mortal.

Ese era el caso. Yo también era médico, y comprendía el sentido de esas palabras. Joss vivía aún, pero nada más. No tenía probabilidad de salvarse. Podía interpretar los síntomas. Lykes me estaba preparando para la noticia final.

—Hágame un favor —dije con voz ronca. No me sentía nada bien—. No se mueva de su lado. Puede decir algo si recobra el conocimiento. Es muy importante. Sabe quién le ha envenenado, y puede decirlo.

—Estaré a su lado —dijo el doctor Lykes—. ¿Denuncia usted el

caso a la Policía, o lo hago yo?

—Lo haré yo. Si más tarde tiene alguna noticia, estaré en casa de Henry, en el Valle. En Sombrero. El número del teléfono está en el listín. Se lo agradeceré…

—Desde luego. Le llamaré si tengo algo que comunicarle.

Salí. Al Roche estaba sentado, en los escalones del hospital, enjugándose el rostro. Lo tenía húmedo de sudor. Fuera hacía más fresco, y se sentía la brisa del mar.

—¿Cómo está Joss? —preguntó Al con voz ronca.

—Agonizando. No tiene ninguna probabilidad de salvación. Ni siquiera puede acusarle a usted, Al. Pero yo sí. Tengo pruebas suficientes para acusarle. Puede que no sean directas, pero sí lo suficiente para llevarle a la cámara de gas de San Quintín. Y soy hombre capaz de hacerlo. Ese loco de Joss era un estúpido, pero bueno. A mí me era simpático y usted no me lo es.

—Eso ya lo sabía —murmuró Al. Pero yo no le he matado, doctor. Se lo juro.

—Vamos, siéntese al volante.

El se puso en pie y se dirigió a su coche.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—A la comisaría de Policía. Quiero ver cómo compra al fiscal esta vez.

—Está usted completamente loco.

—Desde luego.

—Le repito que soy inocente.

—Explíqueselo a Sweeney —dije—. Sweeney, en este caso, es un policía llamado Daniel Webster.

—Doctor, piénselo bien. Por el amor de Dios, no se ponga en ridículo… La publicidad… Y usted está metido en el asunto… A su respetable Instituto no le gustará…

—¡Al diablo con eso!

Llevaba las manos en los bolsillos, y cuando llegué al coche junto a él, se volvió súbitamente y con la mano derecha me dio un golpe en la barbilla. Jamás había recibido un golpe más terrible. Pareció que me hubiese golpeado con un trozo de plomo. Antes de que pudiera ponerme en pie, saltó al coche. Vi que en su mano derecha llevaba unos nudillos de metal. El coche se puso en marcha y desapareció. Me levanté y me froté la barbilla; vi sangre en mi

mano. Pero no volví al hospital. Me encaminé a la farmacia más próxima, y el farmacéutico me desinfectó la herida y después me tapó el corte con gasa y esparadrapo. Acto seguido telefoneé a la Policía y me puse en contacto con Daniel Webster. No estaba en la comisaría, pero me dieron su número y lo encontré en su casa.

—Estoy en los Cedros del Líbano —dije—, en la farmacia, al pie de la montaña. Creo que lo mejor será que me recoja, Webster.

—¿Cree usted? —dijo él con voz tranquila.

—Joss está en el hospital. Morirá antes de mañana. Al Roche le echó cianuro en un *Zombie*.

—¿Cuándo sucedió esto? —preguntó Webster.

—A eso de las siete y media.

—Ha tardado mucho tiempo en llamarme.

—Lo he hecho cuando he podido. He estado con él en el hospital. Tenía conmigo a Roche, pero después de darme un golpe con unos nudillos de metal ha huido. Lo mejor será que dé la voz de alarma para que lo detengan.

Webster se rio roncamente.

—Es usted un infeliz. No se dan voces de alarma para hombres como Al Roche. Si después no se consigue probar que es culpable, presentaría una demanda contra el Departamento de Policía que podría costamos mucho dinero. Quédese donde está, que voy a recogerlo.

Me recogió a las once. Tardó mucho tiempo en hacerlo. Cuando apareció, fumaba un cigarrillo y tenía la expresión indiferente y pensativa. Yo, mientras tanto, había vuelto al hospital. No se había operado ningún cambio en Joss. Subí al viejo Chevrolet de Webster.

—¿Adonde quiere ir? —me preguntó.

—Él Cadillac de Joss está delante del Derby. Quiero recogerlo. No me encuentro bien.

—Verdaderamente, Al le ha dado un buen golpe —dijo Webster —. Escuche, doctor. Ahora ha querido ayudarme, pero lo ha hecho tan tarde como la otra vez. Lo más importante de un crimen son los primeros quince minutos. Yo siento haberle hecho esperar tanto tiempo, pero he estado haciendo una investigación en el Derby. No he podido sacar nada en limpio. Debió llamarme inmediatamente.

—Lo siento —dije con voz cansada—. Y ahora…

—Sí, ya sé que está cansado. Le llevaré a la ciudad. Como le decía cuando llegué al Derby, no encontré a nadie que supiese algo del asunto, excepto el camarero, que me dijo que Joss se había emborrachado. ¿Quiénes estaban con ustedes?

Se lo conté todo mientras nos dirigíamos a Hollywood. El no fue locuaz.

—Bueno, pues el vaso había desaparecido. Ni rastros de él. El camarero tampoco sabía nada de esto. ¿Cómo diablos podía probar usted que fue envenenado con aquel vaso si ni siquiera lo tenemos en nuestro poder?

—El bebió —dije—, y después…

—Desde luego, desde luego. ¿Y por qué está tan seguro de que sea Al el autor?

—Escuche —dije—. En esta carta que Marión Ames envió a Joss estaba el secreto del asunto. Joss me lo confesó. Pero no quiso mandarlo a la Policía, y tampoco quiso revelármelo. Lo primero que hizo, después de leer la carta, fue llamar a Al Roche. Joss estaba entonces preocupado porque Al había rechazado uno de sus guiones. Sin embargo, al día siguiente se anula el antiguo contrato de Joss y firma uno nuevo con un sueldo de dos mil dólares a la semana. ¿Qué otra cosa puede significar? ¿Por qué Al iba a pagar a Joss más sueldo a no ser que éste supiera algo comprometedor de él?

—Puede haber varias explicaciones —manifestó Webster lacónicamente—. De todas maneras, su teoría parece buena. Siga pensando en ella.

—Bueno, la cosa es comprensible. Joss ha querido cometer un chantaje con Al, y éste lo ha envenenado.

—Pero, escuche —insistió Webster—, eso no me convence. Por lo que me había dicho, Joss cogió el vaso de Gloria y ella cogió el suyo. Ambos bebieron, y Joss ingirió el cianuro. No diría usted que el veneno iba destinado a Gloria Gerald y no a Joss Henry, ¿verdad?

Esto fue para mí una ducha de agua fría. Me había puesto en ridículo. Casi me merecía el golpe que había recibido en la barbilla. Casi, pero no del todo. Aquello era tan evidente como la nariz en mi cara. ¡El vaso de Gloria! Sí, alguien había intentado envenenar con cianuro a Gloria, y Joss, al querer brindar con los brazos

entrelazados, había ingerido el veneno.

—¿Qué me dice? —preguntó Webster.

—Que me parece que tiene razón —murmuré.

—¿Debo detener a Al Roche?

—No —dije.

Webster me miró compasivamente. Era una expresión rara en él, porque generalmente tenía el rostro inescrutable.

—Doctor, está usted cansado. Siga mi consejo. Coja el Cadillac de Joss, vaya a su casa y procure dormir bien esta noche. Mañana volveremos a hablar del asunto. Mientras tanto, el senador de Massachusetts tiene mucho trabajo.

12

Atea me dijo que me habían llamado por teléfono. El alma se me cayó a los pies.

—El doctor Lykes? —pregunté.

—No, señor. La señorita Wheaton. Dejó el encargo de que usted llamara cuando llegase.

Telefoneé a Emily, aunque ya era tarde. Su padre me contestó.

—Lo siento, doctor Masón —dijo—. La verdad es que no sé dónde está. No le ha llamado desde aquí. Debe de estar aún en Hollywood.

—Gracias.

—¿Sucede algo?

—No. Buenas noches —y colgué.

—También ha llegado un paquete para usted... —dijo Atea—. Lo trajeron a última hora de la tarde, por correo certificado. Está en su habitación, señor.

—Gracias. Buenas noches, Atea. ¿Está usted seguro de que no me ha llamado el doctor Lykes?

—Completamente seguro, señor.

Subí a mi habitación. Aquella era una buena noticia. Joss seguía con vida y, cuanto más tiempo durase, más probabilidades de salvación tenía.

El paquete que encontré en mi cuarto era delgado y plano, con refuerzos de cartón. Lo abrí, y me encontré con un disco. El disco era un *Decca*, y se titulaba «Márchese de la ciudad». Sujeto al centro del disco por un cordel había una cápsula de bala sin explotar.

El significado de aquello era evidente. Pero yo estaba demasiado cansado para asustarme, y como no puede decirse que sea un hombre valiente, aquello significaba que me hallaba completamente

agotado.

13

Cuando me desperté por la mañana y me di cuenta de que era miércoles, pensé en dos cosas: en que Joss aún vivía y que tenía que ver a Lekro aquella noche.

Llamé inmediatamente al hospital. El doctor Lykes no estaba, pero el doctor Gregory se había hecho cargo del enfermo.

—¿Es usted Masón? —preguntó el doctor Gregory—. Sí, Lykes mencionó su nombre... El enfermo sigue con vida, Masón, pero aún no puedo garantizar nada. Debía haber muerto, aún vive. Puede morirse, pero hay ahora más probabilidades de que se reponga.

No tenía que decirme eso.

—Iré a verle esta mañana, aunque no sé a qué hora.

—Está bien, Masón. Le esperaré.

Aún tenía la cabeza bastante pesada. Me puse unos pantalones de baño y me arrojé a la piscina. Eran las siete y media de la mañana, y hacía bastante fresco. El baño me reanimó, y me sentí mucho mejor.

Me vestí, me afeité, y me sentí un hombre nuevo. Cuando bajé me encontré a Al Roche y a Shuttle Smith esperándome a la mesa del desayuno. Esto me sorprendió, porque no había oído ningún coche, ni ladrar a los perros, pero disimulé mi sorpresa. Me detuve en el umbral y me quedé mirando a Roche. Este sonrió tristemente.

—Buenos días, doctor —dijo—. Ya conoce a Shuttle, ¿verdad?

Shuttle tenía las manos en los bolsillos y no se había quitado el sombrero.

—Supongo que se ha hecho acompañar por él para que yo no le dé una paliza.

—No debería fijarse en hombres débiles como yo. No es noble, doctor. Ya sé que puede darme una paliza. ¿Por qué entonces seguir

la rutina de siempre?

—Al, amigo mío, le debo un buen directo en la mandíbula, y lo recibirá más tarde o más temprano.

Sus ojos brillaron. Miró a Shuttle, y después nuevamente a mí.

—Vamos, olvídelo, doctor. No tuve otro remedio. Había perdido usted la cabeza; estaba trastornado por lo sucedido a Joss. ¿Qué cree usted que yo sentía? Usted me acusaba de haberlo envenenado y quería entregarme a la Policía. ¿Qué cree usted que yo sentía?

No le contesté. Me senté y comencé a desayunar, indicándole que podía seguir.

—¿Ha reflexionado sobre lo sucedido? —preguntó Al.

—Sí. Alguien trató de envenenar a Gloria, no a Joss. Este tomó la bebida por casualidad.

—¿Y ese alguien fui yo?

—No. Le creo a usted capaz de todo, desde matar a su propia madre hasta robar unos céntimos a un muerto. Pero de lo único que no es usted capaz es de matar a una estrella que esté haciendo una película que valga un millón de dólares y perder todo ese dinero. Usted no haría eso ni para proporcionarse una buena coartada.

Al Roche se recostó en su asiento, y rio roncamente unos instantes. Sacó uno de aquellos cigarros largos que empequeñecían su cara, y se lo llevó a la boca. Vestía de un modo llamativo: una chaqueta a cuadros, una corbata de lazo, unos zapatos de piel y un sombrero de pana.

—Doctor, me es usted muy simpático. Tiene usted una manera especial de decir las cosas; habla seriamente y no tiene pelos en la lengua. A mí me gustan los hombres que no tienen pelos en la lengua. Usted puede odiarme, doctor, pero, en cierto modo, yo me he ganado su respeto y le he impresionado.

—Sí, me ha impresionado usted, pero también me habría impresionado un camión de diez toneladas... Atea, vaya a mi habitación y tráigame el disco que está sobre mi mesa... Es una cosita que recibí ayer, Al. Gracias por habérmela enviado. ¿0 no ha sido usted?

El se reservó todo comentario hasta ver el disco; entonces silbó y se lo entregó a Shuttle, cuya expresión era estúpida. Shuttle Smith era el guardaespaldas más estúpido que jamás había visto.

—¿Qué? —preguntó Al.

Shuttle me devolvió el disco.

—Esto no es una broma —dijo—. Una cosa así no se puede tomar a broma.

—Era un hombre de talento, ¿verdad?

—¿Quién me lo ha mandado? —pregunté.

Al Roche pareció dolido.

—Si vuelve a empezar a acusarme, doctor, la cosa resultará monótona. Trato de que usted se quede aquí, no de que se vaya al diablo... —pero su expresión era seria—. Sin embargo, esto no me gusta.

—Cuando usted mandó el cadáver de Marión Ames al laboratorio de Max Lekro para que lo arreglara para el entierro e hiciese desaparecer una de las heridas de bala, ¿qué hizo él con las balas que extrajo?

—Me las dio a mí —dijo Al Roche—. ¿Qué creía usted que había hecho con ellas?

—¿Y cómo se las arregló con la Policía?

—Disparé una bala con la pistola que dejé en el garaje junto a su cadáver. Disparé una bala de algodón, ¿comprende? Y cuando la Policía encontró la pistola, Max Lekro le entregó la bala que yo había disparado. Dijo que la había extraído del cuerpo de Marión, ¿comprende? Por eso la cosa pareció un suicidio.

—Pero, ¿v la pistola? ¿No la examinaron?

—Naturalmente. Era su pistola. Yo no soy tonto, fui a su casa y la cogí.

Tuve que rendir tributo al arrogante Al. Su inteligencia trabajaba de prisa y pensaba en todo.

—Entonces, ¿tiene usted las verdaderas balas que Lekro extrajo de la cabeza del cadáver?

—Sí, amigo mío. Claro que las tengo.

—Me gustaría que me diera una.

Al se quedó mirándome; después se quitó el cigarro de la boca.

—Eran del calibre treinta y dos, si es esto lo que le interesa saber.

Shuttle Smith se encogió de hombros.

—Dije que no era cosa de broma. Esa es mi opinión.

—Me gustaría tener una de esas balas. No podrá echar tierra a lo sucedido a Joss, y necesito algo para seguir las investigaciones. La

única prueba tangible que tenemos son las balas. Si podemos encontrar el arma que las disparó, habremos descubierto al asesino.

—La posibilidad es muy remota —murmuró Al.

—Si Joss vive, la cosa será más fácil. El caso es, Al...

—Sé lo que va a decir. Personalmente, si Joss se marcha al otro barrio yo no lloraré. Ese pillo me estaba haciendo víctima de un chantaje. Dos grandes a la semana, y no podía resolver un guión a la primera. Estaba en mala situación has ta que recibió esa carta. Quizá todo fuese una baladronada suya, pero yo no podía arriesgarme.

—¿Le explicó lo que decía la carta?

—No.

—Entonces, ¿por qué le subió el sueldo?

—Me explicó lo que podía decir la carta. Y era tan posible que no tuve más remedio que hacerlo.

—No quiere ser más explícito.

—No.

—¿Y la bala?

Se llevó la mano al bolsillo del pantalón y sacó una cartera. De la cartera, a su vez, sacó una bala. La otra se la guardó.

—No podrá decir ahora que no le ayudo. Es usted el hombre más insultante que he conocido, y comprendo por qué le encuentro simpático.

—Usted también me fascina —dije, sopesando la bala.

—¿Sí?

—Como una cobra... Buenos días, señores.

—Espere un momento —dijo Al—. He venido a verle por una razón. Le cedo a Shuttle.

—Gracias. ¿Es un préstamo, o una donación en regla?

—No se lo tome a broma, doctor. Shuttle se convertirá en su guardaespaldas. Después de lo de anoche, pensé que necesitaría usted un guardaespaldas. Ahora, después de haber visto ese disco, y esa bala, estoy seguro de que lo necesitará.

—¿No será esa una artimaña suya para conocer los pasos que doy, Al? —pregunté.

—Ya sabe que me gusta saber lo que hacen las personas que me son simpáticas.

—Para saber cuándo la mano de la Ley caerá sobre su hombro,

¿eh?

—Es usted un gran bromista, doctor.

—Bueno, pues puedo pasármelas muy bien sin Shuttle.

—Naturalmente, pero es mejor que le acompañe, porque tiene orden de seguirle a donde quiera que vaya.

—Bueno —murmuré—.Vamos, Hércules.

Salí de la casa, subí al Cadillac, y Shuttle se sentó a mi lado, con las manos en los bolsillos. No me preocupé de despedirme de Al, que también se marchaba. Tenía el disco y la bala, pero entonces pensé que no debía de haberlos tocado yo. Había echado a perder la posibilidad de huellas digitales.

Me dirigí a Los Cedros del Líbano, y vi a Joss. Estaba en la cama, respirando imperceptiblemente, y parecía mucho mejor. El doctor Gregory, un hombre delgado y cadavérico, se mostró más optimista.

—Creo que vencerá la crisis —dijo—. Cada vez está más fuerte.

Yo no tenía nada que hacer allí. Me dirigí entonces a la comisaría de Policía de Los Angeles, y encontré a Daniel Webster en la Brigada Criminal. El senador de Massachusetts dirigió una larga mirada a Shuttle Smith, y dijo:

—No mire ahora, doctor, pero no creo que se haya limpiado los zapatos cuando entró.

—Es mi guardaespaldas —murmuré despectivamente—. Por urgente petición de Al Roche.

—¿Guardaespaldas? —repitió Webster—. Me parece más una paloma.

Shuttle no cambió de expresión ni dijo nada.

—Bueno —dije yo—, aquí le traigo algo que nos puede ser útil: una de las balas que ocasionaron la muerte a Marión Ames. Por lo menos tendrá usted algo para encontrar el arma.

Daniel Webster cogió la bala sin mucho interés y la miró con indiferencia.

—Supongo que se la habrá dado Al.

—Sí.

—Al es un gran hombre —dijo Webster—. ¿Verdad, Shuttle?

—Yo sólo trabajo para él —contestó Shuttle—. Para mí es un empleo. Las relaciones personales no cuentan.

—Bueno doctor —dijo Webster en voz baja—, me temo que le han vuelto a tomar el pelo. Esta bala no ha sido extraída del cadáver de Marión Ames.

—¿No?

—Esta bala no ha sido disparada jamás por el cañón de una pistola, doctor. No tiene la menor señal. Mírela. Brillante y limpia como una patena. Alguien la ha sacado de una cápsula sin explotar. Esa bala no ha sido disparada —me la devolvió—. Pero no se desanime. Ahora empieza a tener buenas ideas.

Sufrí un desengaño, y no lo disimulé.

—En lo que tiene usted que concentrarse es en la carta —declaró Webster—. Joss Henry no destruyó esa carta. La escondió en algún sitio. Trate de encontrarla.

Me pareció una buena idea. Me despedí de él. Pero Webster parecía estar pensando en algo. Cuando Shuttle y yo subimos al coche, me dijo sin dar importancia a sus palabras:

—Será inútil que vuelva a Sombrero para buscar la carta, doctor. He registrado toda la casa y no he encontrado rastro de ella.

Ya nada me sorprendía. Le miré con la mayor tranquilidad y le pregunté:

—¿Cuándo hizo ese registro?

—Ayer, cuando usted y Al estaban en el hospital. Al creía que la vida de Joss corría peligro, y me encargó que buscase la carta. Pero no la encontré. Hice un registro a fondo en la casa.

Íbamos por el bulevar de Hollywood, y como no había desayunado sentí apetito. Evité los restaurantes frecuentados por los artistas, y paré el coche delante de uno, cerca de Grauman. Shuttle entró conmigo. Pedimos café y pan tostado.

—¿Sabe usted dónde vive Max Lekro, Shuttle?

—Sí.

—Pues enséñeme entonces el camino hacia la resurrección. Quiero verle.

—Está bien.

Cuando salimos del restaurante empezaba a llover, por lo que apreté el botón de la capota automática y cerramos las ventanillas del coche. Después comenzó a diluviar. Pese a la Cámara de

Comercio, cuando comienza a llover en California lo hace de verdad. Pasamos Bel-Air en dirección a Santa Mónica, hasta que llegamos a la costa, y después seguimos por la carretera hacia el norte, pasando la playa de Malibu hasta un pueblecito llamado Swansea. Era tan pequeño que no tenía ni siquiera un letrero indicador. Shuttle me dijo que era Swansea, y que muy poca gente lo sabía, porque todo el mundo imaginaba hallarse aún en Santa Mónica o en Malibu.

De allí seguimos, bordeando el Pacífico, bajo la lenta lluvia. Esta era tan densa que apenas podíamos ver los rompientes debajo de nosotros. Shuttle me señaló un punto delante, más arriba de un acantilado cortado a pico hasta el mar. Allí había una solitaria mansión blanca, situada en la ladera de una montaña desnuda, que brillaba entre el color marrón oscuro de la hierba. No había hierba verde. Era una hierba cocida por el sol, de color marrón. La casa de Lekro estaba realmente en un lugar solitario. A su alrededor no se veía ninguna otra vivienda.

—¿Cómo se le ocurrió construir una casa en ese sitio? —pregunté—. No es exactamente el castillo de Drácula, pero podría serlo. Si quitásemos el color blanco y pusiéramos piedras grises y una aguja en esa torre circular, tendríamos algo.

El no la construyó. Fue obra de un famoso artista de cine, hoy difunto. Padecía claustrofobia, y creo que también de otras fobias. Se llama Nido de Águilas. ¿No ha oído hablar nunca de él?

No había oído, pero eso no tenía importancia. No soy un aficionado a esa literatura para mujeres fracasadas de las revistas de cine.

Finalmente llegamos a la casa, entramos en el jardín, situado en la parte alta de la montaña, y detuve el coche.

—Toque primero la bocina —dijo Shuttle al ver que yo me disponía a bajar del coche—, a no ser que quiera perder una pierna.

—¿Por qué?

El señaló con la mano, y comprendí el porqué. Un corpulento danés negro estaba echado; estaba agazapado como un león y tenía la cola rígidamente levantada. No emitió ni un gruñido, pero tenía la boca contraída y podíamos ver sus largos y blancos colmillos, pese a la lluvia. Nunca había encontrado un perro tan siniestro. Ferdy y Mickey, los dos terranovas de Joss, eran grandes y

corpulentos, pero eran dos animales simpáticos, y sólo había que pronunciar sus nombres para tranquilizarlos. Aquel perro era tan distinto. Le habían enseñado a lanzarse sobre el primer desconocido que pusiera el pie en el jardín.

Toqué con violencia la bocina, porque me sentía un poco nervioso. A los pocos instantes, el rostro del doctor Max Lekro apareció en una de las ventanas de atrás. Le saludé con la mano, y él me vio.

—Un momento —dijo.

14

Esperamos. La puerta trasera se abrió y Max Lekro apareció en umbral con una bata blanca manchada de sangre. Me miró a través de sus gruesas gafas, y preguntó:

—¿Joss?

—No —contesté—, soy Masón. Necesito verte, Lekro. No he podido esperar a la noche.

—¡Válgame Dios! —exclamó Lekro—. Me alegro de verte, Masón, me alegro de verte. Baja y entra.

—El perro —dije.

—No te hará nada —Lekro miró al danés—. Estate quieto, Tigre. No te muevas ni ladres.

La boca del perro se cerró y sus colmillos desparecieron, pero no movió la cola. Se alegraba de ver a Lekro tanto como de verme a mí.

Lekro se dirigió al coche y me cogió del brazo. Saludó a Shuttle, y también le invitó a entrar, sin mucho entusiasmo, pero Shuttle, sin perder de vista al perro, dijo:

—No, gracias. Esperaré aquí —miraba al perro con el ceño fruncido.

Lekro me hizo entrar en la casa y cerró la puerta.

—Es el perro más terrible que he visto en mi vida. Me da la impresión de que sería capaz de matar a un hombre con mucho gusto.

—En efecto —confirmó el doctor Lekro—. Yo tampoco me fio mucho de ese animal, pero procuro no darle a entender que tengo miedo. Está acostumbrado a mí; eso es todo.

—Tiene malos instintos —expresé con un ligero estremecimiento —. Se le ve en los ojos. Le han enseñado a matar. Me parece que te

gusta estar solo, Lekro. ¿O es que esta casa está muy apartada?

Max Lekro me miró sorprendido, y después sonrió.

—Te equivocas. Masón. Tigre no es mío. Es de Gloria Gerald. Tenía un pequeño tumor en el muslo y me lo mandó para que lo curara. Tuve que extirpárselo. Podríamos decir que ahora está convaleciente.

Me quedé atónito.

—¡Hombre de Dios! ¿Qué es lo que eres? ¿«Resurreccionista», coroner o veterinario?

—Hago de todo un poco. Al sabe algo de mí y me tiene cogido. No me quejo, fíjate bien —dijo Lekro—, pero algunas veces me pregunto qué es lo que podría haber hecho yo. Soy hombre de laboratorio.

—¿Al Roche sabe algo que te pueda perjudicar?

—Sí —murmuró Lekro—. Cometí una terrible equivocación. Hace siete años.

—No deseo saber nada más.

—Como quieras. Basta que te diga que Al logró averiguar la verdad. Estaba borracho. Hice lo que pude, pero inútilmente. De eso hace mucho tiempo: siete años.

—¿Así es como te has convertido en un esclavo de galeras?

—En sentido figurado, sí. Pero, como te he dicho, no me quejo. Al, mejor dicho, el estudio, me paga quince mil dólares al año por ser su médico, y el trabajo es muy poco. Me sobra tiempo para hacer experimentos aquí en mi casa.

Lekro habló con voz queda y deliberante mirándome a través de sus gruesas gafas. La luz eléctrica brillaba en su cabeza calva.

—Desde luego, he escogido un extraño experimento: resucitar a los muertos —argüyó, mirándome a los ojos—. Para ti es una locura.

—Para mí no es práctico; más aún, no es plausible, y más aún todavía, no sirve a ningún propósito, excepto quizá al de la publicidad. ¿Se debe resucitar a los muertos?

—Me siento inclinado a compartir tu opinión —dijo Max Lekro —, y, sin embargo, ¿qué puede hacer un hombre con un mal sueño? Cuando era niño vi a mi padre morir de una infección de estreptococos. Murió ante mis ojos con una lenta agonía. Yo era joven e impresionable. La enfermera dijo: «Esto es el fin», y todo el

mundo comenzó a rezar. Mi madre no pudo soportarlo, y corrió al cuarto de baño, donde la oí orar. Yo soy cristiano, no judío, a pesar de mi nombre, Maximilian Lekro. Soy descendiente de franceses —yo no sabía eso—. Sí, mi madre rezó, y mi hermana lloraba. La enfermera miró su reloj cando mi padre expiró; se enjugó una lágrima cortés de su ojo derecho (lo recuerdo perfectamente) y anotó la hora de la muerte antes de que hubiese fallecido. Yo me quedé en la habitación. Tenía once años y miraba fascinado como un pajarillo por una serpiente. Le vi cianòtico, entre sus largas y profundas respiraciones. Los segundos de intervalo se hicieron más largos, más largos, hasta que creí que ya había terminado. Pero entonces respiró otra vez, ruidosa y horriblemente; se volvió de un color azulado, rojo, púrpura. Su boca se abrió y sus ojos se elevaron hacia el techo. Yo permanecía al pie de la cama, temblando y mirando, mirando. Afuera, mi tío estaba llamando al médico y a la compañía de seguros. Estábamos en marzo. Aún había nieve, y un grupo de gorriones armaba un gran alboroto. Creí que mi padre iba a incorporarse para exigir un poco de silencio a la hora de su muerte. Finalmente, expiró. Se paralizó su respiración y su rostro cambió de color, adquiriendo la palidez de la muerte. La enfermera, entonces, dijo con tono profesional: «El infeliz está ahora mejor».

Yo permanecí silencioso, esperando que prosiguiese.

—Junto al lecho de muerte de mi padre, vi a Lázaro en Betania, yaciendo en su tumba al cuarto día de su muerte, amortajado y comenzando a pudrirse. Y vi a Jesús, y le oí decir como si el milagro ya se hubiese realizado: «Lázaro, levántate». Volví a estremecerme, miré a mi padre y vi mi milagro. Vi que recobraba el color, que volvía a respirar, que enrojecían sus mejillas, y dije en voz alta: «Lázaro, levántate» —Max Lekro sonrió melancólicamente y prosiguió—: Pero, naturalmente, estaba muerto, completamente muerto. Y mi infantil ocurrencia logró sólo una mirada de horror de la infeliz enfermera, que creyó que me había vuelto loco. Quizá me volviera loco por un momento. Mas estaba tratando de mover una montaña v de echarla al mar, y por un instante creí haberlo conseguido… Desde entonces, Masón, he tenido siempre el mismo sueño, el poder decir: «Lázaro, levántate», y ver a Lázaro levantarse.

—Estás en un error —dije.

—Si hubiera tenido éxito, ¿quién sabe? No se puede decir a

ningún hombre que estudie la lepra, por ejemplo, que está en un error porque nadie sabe lo que es cierto. ¿Quién puede juzgar si hago bien o hago mal? Nadie se dedica a eso, excepto los rusos, éstos lo hacen por curiosidad morbosa.

—¿Y tú no?

—Quizá un poco. Me gustaría resucitar a un hombre de entre los muertos. Me gustaría que me dijese lo que ha visto después de muerto.

—Habría visto muy poco, muy poco. Es más, creo que su cadáver no podría decirte nada. La vida y la muerte son dos mundos distintos, amigo mío. Créeme. La vida es una cosa física, y la muerte, si no es vacío, es espiritual. Esto puede que no lo digan las religiones, pero, sin embargo, yo lo creo así. En la transición de la vida a la muerte nos movemos de un plano a otro. ¿Se puede recordar uno cuando se está en el otro?

—A mí me hubiera gustado vivir en tiempos de Lázaro —murmuró Max Lekro como si no me hubiese oído—. Me hubiera gustado verle salir de la tumba, oír lo que decía, oír lo que había sentido y visto, lo que le había sucedido en aquellos cuatro terribles días. ¡Dios santo! Masón, las Sagradas Escrituras son incompletas. ¿Qué fue de Lázaro? Los santos no hablaron más de él. Desapareció. No era digno de su interés.

—Ellos no escribían sobre Lázaro.

—Cierto, cierto... Estuve en Palestina en mil novecientos veinticinco, y vi la tumba de Lázaro. Entré en ella. Está situada en una ladera. Es la boca oscura de una caverna, rodeada de grandes piedras. Su autenticidad está demostrada. No cabe la menor duda de que aquella es la tumba de Lázaro. Entré en aquella oscuridad, Masón, y me pareció sentir la muerte, que la historia volvía a repetirse, y fue casi... —el sudor inundó su rostro. Pensé que aquel hombre era morboso, muy morboso—. Y después salí de la tumba como había salido Lázaro, y pensé que allí estaba la respuesta al mayor misterio de la vida, la respuesta de la muerte. Consagré mi vida a la búsqueda de esa respuesta.

Sobre aquel tema desvariaba un poco, y no me resultaba agradable verle tan emocionado. Además, no quería que se recluyese en aquel pequeño mundo suyo de la imaginación que tanto parecía fascinarle. Por eso pregunté:

—¿No es una cosa poco corriente que hayas operado a un perro? Pero, claro, siendo Gloria la estrella de la Mutual, tú tendrás que hacer todo lo que se te pida para darle gusto.

—¡Oh, no! —dijo Lekro—. Este fue un favor personal. Somos antiguos amigos, muy antiguos amigos —me miró fijamente—. Es una de las mujeres más valientes que he conocido. No lo creerías al ver su cara bonita, su aureola de gloria, pero tiene valor. Aprecio mucho a Gloria —se calló y sonrió melancólicamente—. Naturalmente, no has venido a verme por placer. No has venido a ver mi laboratorio ni a los Lázaros números cuatro y seis, ¿verdad? ¿Qué es lo que tienes entre ceja y ceja. Masón? ¿El asesinato de Marión Ames?

—Sí.

El asintió con la cabeza, y su semblante pareció oscurecerse.

—¿Cómo has podido hacer una cosa así? Al te envía aquí el cadáver, y tú haces lo que él te manda sin el menor escrúpulo. Tú no eres hombre para eso.

—Gracias, pero apenas me conoces.

—Tú no eres hombre para eso. No creo en lo que estás haciendo, si bien comprendo un poco por qué lo haces.

—Mi querido Masón —murmuró, encogiéndose de hombros—, un hombre en mi posición hace lo que le dicen. No puedo permitirme el lujo de discutir. Al me dijo que hiciese desaparecer una herida, y así lo hice. Mi trabajo fue maravilloso. Tapé una herida con algodón, cera y gasa. ¿Sabías que la gasa, tratada adecuadamente y coloreada con habilidad, se parece mucho a la piel humana?

Me estremecí y comprendí que aquél hombre Tenía los pies en un fango resbaladizo, pero no lo sabía y no podía salir de él. Había algo psicosomático en su afición por los detalles espeluznantes.

—¿Le diste a Al Roche las balas que extrajiste de la cabeza del cadáver? —pregunté.

Lekro suspiró y tardó unos instantes en contestarme. Después movió la cabeza.

—No, no se las di. He sido muy atrevido al engañar a Albert. Ya ves, me fío de ti, Masón. Quizá no debiera fiarme, pero me siento a gusto en tu compañía y aquí vivo muy solo. Soy un hombre solitario, no un eremita por naturaleza, pero tengo muy pocos

amigos. Di a Albert las balas que saqué de unas cápsulas sin explotar. Las auténticas me las guardé.

—¿Por qué hiciste eso? —pregunté con curiosidad.

—No lo sé. Quizá me sedujo la idea de ocultar algo a Albert. Esa idea me produjo cierto placer.

Saqué la clara impresión de que mentía, aunque no podía estar seguro, porque era un hombre muy extraño.

—Necesito esas balas, Lekro —dije brusca y crudamente.

—¿Para qué?

—Para la Policía.

—¡Ah, no! La Policía no sabe nada de estas balas.

—Te equivocas. Reconozco que la Policía ha sido sobornada. Pero saben lo de las balas. Yo no las quiero para eso.

—¿Para qué las quieres?

—Porque alguien me ha mandado una, sin disparar, aconsejándome que me marche de la ciudad. Quisiera comparar esa bala.

Lekro se quedó lívido.

—¡Dios santo! —exclamó—. Eso es una locura. ¿Por qué tú? A no ser… Masón, créeme, procuraré que no te suceda nada. Te daré una de las balas, pero trataré de que no te ocurra nada. Lo que me dices es ridículo. Debe ser sólo el miedo…

—¿Cómo puedes impedir que me suceda algo?

¡Por Baco! Sí que podía. Lo adiviné por el astuto brillo que se reflejó en sus ojos.

—No lo sé —mintió—, de algún modo, quizá…

Me dio una de las balas. Estaba rayada, y tenía un extremo aplastado y deforme. Me la guardé en el bolsillo.

—¿Quieres ver ahora mi laboratorio, Masón?

—Sólo dispongo de un momento. Shuttle me está esperando, y tengo que volver a Hollywood. Esta lluvia no cesa.

En el ala norte de la casa, en lo que debió de haber sido una sala de estar, había instalado su laboratorio. Su aspecto era siniestro y a la vez maravilloso. Además del aparato ordinario de una mesa de operaciones y una vitrina, de su pulcra alineación de sustancias químicas en los estantes y de su mesa de laboratorio con infiernillos, probetas, tubos y demás utensilios, tenía una máquina de fuerza centrífuga que él llamaba G. Estaba construida como un

aeroplano de entrenamiento. Por lo menos se parecía a algunos que he visto, donde uno puede volar en un aparato sin alas y hacer todo menos soltarlo de sus soportes. En el centro del aparato había una mesa con correas. Pregunté qué era aquello.

—Lo uso para iniciar la circulación. No se puede confiar en un corazón que ha cesado de latir. La adrenalina no es bastante. Hay que producir una oleada de sangre en las arterias, una oleada que vuelva a hacer funcionar el corazón. Este aparato gira, describiendo un ancho arco muy rápidamente, con una velocidad máxima de mil quinientos. Naturalmente, no llego a esa velocidad, pero logro reanudar la circulación. En otro momento, Masón, te enseñaré cómo funciona. Quizá con el Lázaro número siete me acompañes en el experimento y lo verás, con tus propios ojos. Ahora me gustaría enseñarte lo que tengo aquí. En esta incubadora tengo al Lázaro número cuatro. ¿Recuerdas que ya te hablé de él? Aún vive. Mira.

El Lázaro número cuatro era un perro de pastor, de excelente raza, sin duda alguna, con una cabeza inteligente. Desde luego estaba vivo; sin embargo, en sus ojos no había la menor inteligencia, y aunque los tenía abiertos no veían nada. Abrí la boca para decir que aquello me parecía algo horrible, con más razón porque a mí me gustaban los perros no como conejos de Indias, sino como compañeros, y me impresionó la inútil crueldad de los procedimientos de Lekro. Pero antes de que pudiera decir una palabra, oímos en el jardín una violenta explosión.

Tanto Lekro como yo nos quedamos un segundo inmóviles. El me miraba con ojos desorbitados por el espanto, y completamente ajeno en aquel instante, igual que yo, de que él iba a ser el Lázaro número siete.

15

Max Lekro me miró con la boca abierta, con la mandíbula grotescamente contraída, y preguntó con voz ronca:

—En nombre de Dios, ¿qué ha sido eso?

Naturalmente, había sido un tiro, parecía tonto que lo preguntara. Pero entonces pensé que aquel hombre extraño probablemente no había oído jamás un tiro. Por lo menos, no tan cerca.

—Alguien ha disparado en el jardín —dije, y corrí hacia la puerta. El me siguió instintivamente, porque estaba blanco de terror.

Yo no estaba exactamente tranquilo, porque el silencioso perro había comenzado a ladrar. Había creído que hubiese sido un alivio oír al negro danés emitir algún sonido, porque cuando Shuttle y yo llegamos al Berchtesgaden de Lekro, el espectáculo de aquel animal siniestro enseñando sus colmillos blancos, con sus ojos de expresión asesina y sin emitir el menor ruido, ni siquiera el más leve gruñido, había sido verdaderamente alarmante. Entonces comenzó a lanzar una serie de profundos ladridos que parecieron hacer temblar los cristales.

Abrí la puerta y salí, sin darme cuenta de que el perro podría morderme. Había desaparecido un momento por la parte delantera de la casa, pero apenas había comenzado yo a andar hacia el Cadillac cuando oí el ruido amenazador de sus pasos. Entonces corrí como un loco hacia la dudosa protección del coche, maldiciendo la gran distancia a que se encontraba y agradeciendo que hubiese llovido por el camino, porque eso nos obligó a echar la capota. Abrí la portezuela, salté dentro y la cerré en el momento preciso. El perro me alcanzó el pantalón por la pierna derecha y sus colmillos

me lo destrozaron. Por pura casualidad no me llegó a la piel, pero la pernera de mi pantalón quedó desecha. Era un traje viejo. Por regla general, son nuestros favoritos.

Pero por lo menos di al animal un golpe terrible con el borde de la puerta cuando la cerré, cogiéndole el hocico y haciéndole lanzar un alarido de dolor. Dio un salto hacia atrás, y la puerta se cerró. Entonces comencé a cerrar frenéticamente la ventana, al ver que el perro saltaba hacia ella, y lo logré antes de que pudiese apoyar las patas. Después, exhalando un profundo suspiro me recosté en el asiento de cuero, completamente agotado. Shuttle Smith estaba junto a mí, con la espalda ligeramente vuelta y el rostro hacia la puerta por donde yo acababa de salir. Parecía estar observando algo. Le miré con intención de preguntarle qué es lo que había sucedido.

Entonces, naturalmente, vi que estaba muerto. Tenía un agujero de bala, de un color azul negro, en medio de la frente, precisamente encima de los ojos. Era una de las heridas más limpias que jamás había visto, con sólo un hilillo de sangre, de una sangre pálida que corrió por su nariz y su mejilla hasta las comisuras de la boca. La bala, indudablemente, había quedado detenida en la cavidad craneana, porque habría destrozado la parte trasera de su cabeza si la hubiese atravesado. Aunque parezca extraño, la vista de la muerte calmó mis nervios. El siniestro danés me había dado un susto capaz de encanecer el pelo. Desde luego, por su culpa tendría unos cuantos pelos blancos más. En cambio el cuerpo de Shuttle Smith, que me dejó singularmente indiferente, me hizo olvidar el espanto que sentía, y recordé que era médico. No es que pudiera hacer algo por él. Por Shuttle no podía hacer nada. El necesitaba a alguien que pudiera hacer resucitar a un muerto.

Y hablando de esto, diré que no se veía el menor rastro de Max Lekro. Pensé que se le había presentado una ocasión maravillosa, un cadáver fresco para su experimento; si bien a Lekro no se le veía por ninguna parte. Tuve entonces el temor de que pudiera encontrarse en peligro. Lo que había ocurrido en el jardín estaba completamente claro. Alguien, premeditadamente, había ido para matar. El perro había visto al asesino y comenzó a ladrar. El asesino había eludido al perro. ¿Cómo? Pues entrando de alguna forma en la casa. Por la puerta de delante, porque el perro procedía de esa dirección cuando

yo salí de la casa para investigar el tiro.

Me pregunté a quién buscaría el asesino: a mí, a Lekro o a Shuttle Smith. Descarté demasiado de prisa a Shuttle, pero después los hechos demostraron que había hecho bien. Las presuntas víctimas éramos yo o Lekro, y Shuttle se había interpuesto. Esto era evidente. El asesino se había acercado al coche, no sabiendo que allí había alguien, y Shuttle debió de haber visto algo, muriendo instantáneamente antes de que pudiera revelar a quién había visto.

No podía hacer nada. Tenía que permanecer en el coche. Podía haberme marchado y avisar a la Policía, pero Lekro podía telefonear desde la casa. A mí me era imposible bajar del coche a causa del perro. Estaba acurrucado en la acera, con los ojos relampagueantes y de vez en cuando sacudía la cabeza como para librarse del dolor que le producía el golpe recibido.

Unos instantes después, mientras yo le miraba, preguntándome qué diablos podía hacer y lamentando no tener una pistola para acabar con aquella bestia, oí otro disparo. Este fue más apagado, no tan violento como el anterior, procedía del interior de la casa. Lekro lanzó un grito agudo. Casi simultáneamente salió de la casa, lívido de terror y llevando una silla pequeña en la mano derecha. Yo adiviné su propósito. Aparte el cadáver del asiento del conductor con insensible sangre fría, me coloqué al volante y puse en marcha el motor.

El perro se lanzó sobre Lekro, como esperaba, y él se defendió del animal con la silla, murmurando frenéticamente:

—¡Dios santo! ¡Dios santo! ¡Tened piedad!

Después de recibir un golpe en la cabeza con las cuatro patas de la silla, el danés se quedó indeciso y dejó que Lekro pasase. no sabiendo cómo vencer a las cuatro puntas que le amenazaban. Lekro retrocedió hasta el coche. Yo abrí la puerta. El dejó caer la silla y entró.

—¡Por el amor de Dios! —murmuró con tono de oración—. Vámonos.

Puse en marcha el coche. Nos dirigimos a Santa Mónica, y desde allí telefoneamos a la Comisaría de Policía de Los Angeles, hablando con el senador de Massachusetts, el señor Daniel Webster.

—No pierda la cabeza, doctor —dijo—. Nunca le había visto tan nervioso. Voy en seguida.

Webster no perdió ni un segundo. Tardó veinte minutos en llegar. Le expliqué lo más fríamente que pude lo que había sucedido. La verdad es que estaba más alterado de lo que creía. Repetí muchas veces lo mismo, y mis manos temblaban. Finalmente, nos encaminamos los tres al Nido de Lekro, y, naturalmente, encontramos lo que debíamos esperar.

La casa estaba completamente desierta, y el perro había desaparecido.

16

Nos detuvimos en el Brown Derby de Beverly Hills, en el viaje de regreso. Formábamos un grupo heterogéneo, yo con mi pantalón destrozado, Lekro con su traje húmedo y Dan Webster con una pétrea cara de esfinge. Estábamos aún un poco sin aliento, y no teníamos mucha hambre. Lo que todos necesitábamos era beber algo, y lo hicimos inmediatamente.

Lekro no había hablado muy coherentemente durante el viaje de regreso, y yo adiviné que Dan Webster quería interrogarle a fondo. En efecto, después de dos o tres coñacs, el senador de Massachusetts comenzó a trabajar.

—¿Por qué no corrió usted tras el doctor Masón?

—Porque vi el perro. ¡Dios santo! Ese perro es salvaje; parecía haberse vuelto loco. Se había vuelto loco.

—Efectivamente, Tigre es un perro loco —confirmé yo. Me sentía muy satisfecho; estaba vivo, me había tomado unas copas de coñac, y como tenía el estómago vacío, mis mejillas se encendieron y perdí un poco el sentido de la dignidad.

—¿Qué ocurrió entonces en la casa? —preguntó Daniel Webster con voz queda—. Ya sé que usted retrocedió para buscar un arma y ayudar al doctor. Pero no cogió el arma y volvió a aparecer, pálido y con una silla en la mano. No se puede decir que sea usted un héroe, Lekro.

—Escuche, y que la madre de Dios me ayude —balbució Lekro —. Volví al laboratorio para coger una pistola. Guardaba allí un rifle del veintidós, una pistola, quiero decir, una Woobstan Colt que usaba para matar ratas y perros, y antes de llegar al laboratorio alguien me disparó. ¡Dios santo! Escapé por los pelos. El laboratorio estaba oscuro. La lluvia había arreciado, y no encendí la luz; por

eso no le vi. Pero cuando volví del laboratorio, el desconocido debió entrar por la puerta de delante. Primero oí el tiro, y la bala debió de pasarme rozando. Distinguí su silbido. Fue una sensación muy desagradable. Entonces di media vuelta y me dispararon por la espalda. Vi una figura al pie de la escalera, pero detrás de la barandilla. Eché a correr y cogí una silla del vestíbulo. Esperaba que me disparasen por la espalda en cualquier momento…

—Entonces —dije un poco mareado, sorbiendo mi tercera copa de *Courvoisier*— te habría resucitado a ti mismo, realizando así un hecho histórico, Maximiliano.

Lekro me miró con expresión dolida.

—No haga caso al doctor Masón —dijo Dan Webster con una leve sonrisa—. Ha pasado mucho miedo y está bebiendo demasiado… —exhaló un suspiro—. Bueno, ya tenemos otro cadáver entre manos. Pero me parece que a nadie le preocupará mucho lo sucedido a Shuttle.

—Excepto a Al —dije—. No se olvide de Al. Dios bendiga a América y a Al Roche. Debemos quitarnos el sombrero y rezar un momento, porque esta noche Al Roche ha perdido un leal y fiel guarda-espaldas, a quien probablemente tenía cogido con algún secreto. Quizá conocía algún asesinato de Shuttle. Al tiene muchas cosas contra mucha gente. Incluso tiene algo contra mí.

—Está usted hablando demasiado fuerte —dijo Dan Webster con suavidad—. Más vale que se calle, doctor. A mí no me importa, pero a usted le importará cuando se serene. No olvide su dignidad y el Instituto Rockefeller. Creo que ha bebido bastante coñac para recobrar el valor.

—Creo que se está usted metiendo en lo que no le importa —también sonreí—.

Por eso le quedo muy agradecido.

—Ahí está Al Roche —dijo Lekro—. Acaba de entrar con ese grupo de seis personas.

—Este sitio —dije— se está llenando demasiado. Si la Policía de Los Angeles no necesita más de mí, senador, voy a ir a los Cedros del Líbano para ver cómo está Joss. Después me daré una ducha de agua fría y me meteré en la cama.

—Me parece muy bien —murmuró Dan Webster—. Yo pienso acompañarle. Iremos en mi coche.

—¿Quiere estar seguro de que llego?

—No. Sólo está usted un poco animado. Probablemente es el conductor mejor del mundo, aun habiendo bebido. Tiene demasiado conciencia, y posiblemente extremará su cuidado por haber bebido… Bueno, Lekro, ¿necesita usted algo? Me ha dicho que iba a quedarse esta noche en la ciudad. ¿Dónde piensa hospedarse?

—En el «Knickerbocker» —respondió Lekro—. Estaré allí.

—Entonces, lo mejor será que llame al fiscal cuando llegue y le diga dónde está. Querrá hacerle unas preguntas en cuanto termine con el coroner y deje a Shuttle Smith en el depósito. No desaparezca, o tendrá un disgusto.

—¡Vaya! ¡Qué casualidad! Buenas noches, Max; buenas noches, doctor —dijo Al Roche—. Parecen ustedes muy solos. Vengan y únanse a mi grupo —no era una invitación, sino una orden.

—Tengo que marcharme —contesté—. Gracias, de todas formas.

—Max se quedará con usted —dijo el senador tranquilamente—. Tiene muchas cosas que decirle, ¿verdad, Lekro? Pero yo también tengo que marcharme, y, además, me parece que usted no deseará mi compañía.

Al Roche sonrió, mientras sus ojos brillaban.

—Perfectamente, amigo; a mí no me es usted simpático, y yo tampoco se lo soy a usted. Pero soy un hombre de buen corazón, y le invito a usted también. Si usted fuese un policía inteligente, en vez de uno de esos estúpidos con ideales, podríamos llegar a un acuerdo. Está usted hecho de buena madera, Webster, y a mí me podría ser útil un hombre como usted.

—¿Qué hace con todas esas personas que le pueden ser útiles, Al? —pregunté yo—. Yo puedo ser útil como médico del estudio, Lekro le puede ser útil, Emily le puede ser útil.

—Está usted burlándose de mí otra vez —dijo Al Roche haciendo un amplio ademán—. De acuerdo, amigos, ya nos veremos en la fiesta de Gloria, si no fallecéis antes, lo que Dios quiera que no suceda —y añadió con tono burlón—: Piense en lo que le he dicho, Webster.

—Lo pensaré concienzudamente —contestó Dan Webster—, y después le diré que se vaya al diablo.

El senador y yo abandonamos el local, y experimenté la desagradable sensación de que Al Roche me seguía con los ojos, preguntándose por qué parecía tan amigo del detective y si iba a convertirme en un obstáculo.

Webster me siguió a los Cedros del Líbano, pero no pudimos ver a Joss.

—Puedo decirle —comenzó el doctor Gregory— que su amigo está convaleciente, Masón. Esta noche había recuperado el conocimiento. Parecía sorprendentemente recobrado. Habló de usted y quería salir del hospital para volver a su casa. Hemos vencido el envenenamiento, y ahora se repondrá rápidamente. Pero aún no puede ir a su casa. Tendrá que esperar por lo menos hasta el viernes.

—Esa sí que es una rápida mejoría —dijo el senador—, sobre todo considerando que ha estado a punto de morir.

El doctor Gregory asintió:

—Esto es lo que sucede en tales casos: o uno se muere, o se pone bien en seguida. Le podré dejar marchar el viernes, Masón, si usted acepta la responsabilidad de mantenerle en reposo cuando llegue a su casa. Ahora es un verdadero manojo de nervios.

—Creo que podré conseguirlo —dije—. Estará mejor en su casa. ¿Duerme ahora?

—Sí. El verle a usted podría perjudicarle. Se excitaría demasiado, y no está tan bien como él cree. Pero, desde luego, está en franca mejoría, y podemos dar gracias a Dios, porque la cosa ha sido peliaguda... Bueno, y ahora, buenas noches.

Fuera, estreché la mano de Daniel Webster, sintiéndome muy satisfecho por el estado de Joss.

El senador, de mala gana, me preguntó:

—¿Se va usted ahora a casa?

—Sí. Ha sido un día accidentado, si bien al final hemos tenido por lo menos una buena noticia.

—Sí —murmuró. Fumó un cigarrillo sin quitárselo de la boca, y se metió las manos en los bolsillos. Sus ojos contemplaron el hospital, sin moverse, y cada uno o dos segundos expelía humo por la nariz. Finalmente, añadió—: Me gustaría ir con usted.

—Pues venga, pero, ¿cómo diablos volverá si no tiene coche?

—Es que no pienso volver.

—¡Ah! —exclamé—. ¿Piensa usted pasar la noche conmigo?

—Sí.

—¡Magnífico! Para mí será un placer.

—¿No le molestaré?

—De ningún modo. Es una buena, una excelente idea, senador.

—¿No vendrá Emily a verle?

—No, pero aun en ese caso podría usted venir. Mis asuntos amorosos son probablemente los más respetables que esa casa ha presenciado. Por algo que ha dicho Atea, y por lo que conozco a Joss, creo que esa casa debe de tener bastante mala fama.

Webster subió al Cadillac conmigo. Yo le invité a que guiase, y ante mi sorpresa, accedió sin cumplidos ni de mala gana, y se colocó al volante. Nos dirigimos hacia el Valle de San Fernando, y pronto nos hallamos en el bulevar Ventura. Dan Webster conducía sin esfuerzo y bien, sin aguzar la vista por la oscuridad. Parecía ver perfectamente en la noche. A la caída de la tarde, la niebla del Pacífico se había adentrado en la ciudad, y aunque la lluvia era fina se podían distinguir las masas de niebla que llegaban del Océano. Era aquel un fenómeno que se producía todas las noches en California del Sur, debido a que los vientos de las cálidas tierras del interior se encontraban con los fríos del Océano y se condensaban.

Pasamos por el ramal de carretera que conducía a la casa de Emily, y sentí la tentación de bajarme; pero era mejor seguir hasta casa y así lo hice. Ferdy y Mickey nos saludaron en la puerta dándonos una prolongada y ruidosa bienvenida, y siguieron al coche hasta el garaje. Podían oír el motor del Cadillac desde muy lejos, y siempre salían cuando el coche se acercaba.

Nos dirigimos hacia la casa, y Atea nos abrió la puerta. El criado filipino nos miró impasiblemente, y cuando le expliqué que el señor Webster iba a pasar la noche con nosotros, se quedó tan tranquilo.

—La señora Wheaton ha llamado —dijo Atea—. El señor Roche ha llamado. Le han llamado muchas personas, pero no recuerdo los nombres, doctor. Lo siento de veras.

—¿Por qué no los apuntó?

—No sé escribir —dijo Atea solamente. Después sonrió—. Una buena cosa, ¿eh? Una buena cosa esa de no saber escribir… Así no se tiene que recordar nombres.

—Un filósofo —dije—. Hágame café, Atea, y sírvalo en la

biblioteca.

El cubil de Joss… creo que puedo decirlo, era como debía de esperarse. En Hollywood, quiero decir. Era una habitación sorprendente y extraordinaria. Lo primero que impresionaba era lo que debía haber costado. Esta característica era decididamente muy propia de Hollywood, y merecía la primera consideración. En segundo lugar, fascinaba por sus potencialidades, y, finalmente, uno tenía que reconocer que era cómoda y que tenía una belleza viril.

Daniel Webster miró en torno suyo y emitió un silbido.

Las paredes eran de cuero blanco; la superficie de la mesa era también de cuero blanco, y el resto de madera rayada. En las librerías incrustadas en una pared estaban los mejores libros del mundo, y para un hombre como yo, que había estado ausente tanto tiempo, leyendo sólo informes sobre enfermedades tropicales como la peste bubónica y la lepra y de vez en cuando, muy de vez en cuando, un Time o un Life de .dos meses atrás, la tentación de invernar en aquel despacho, lejos del mundo y sólo entre aquellos libros, fue realmente muy grande. Joss, naturalmente, no había sentido la misma tentación que yo, porque el noventa por ciento de aquellos libros no habían sido nunca abiertos. Los había comprado para estar a tono con las tendencias de Hollywood, con lo que los hombres y las mujeres hablaban en el momento, con lo que era elegante leer o tener, con lo que indicaban las listas de los éxitos literarios y con lo que habían comprado los estudios para hacer películas. Pero él «no tenía tiempo» para leer, y, en consecuencia, sus propias obras habían degenerado.

Desde la mesa se veía una ancha extensión de césped tan verde como puede conseguirse en California del Sur, lo que, después de haber visto las verdes alfombras de Connecticut hasta Maine, significa que no era muy verde. Esta reflexión quiere decir sólo que el sol acaba con la viveza del color verde en California del Sur. Junto a la mesa había un botón, que oprimí instantáneamente para enseñar al senador las maravillas de esta edad mecánica. De súbito todo el paño de pared de aquel lado desapareció en el suelo y surgió un bar asombrosamente pulido, con todos los licores, cordiales y bebidas que pueden emplearse en un cóctel.

Daniel Webster me miró de reojo.

—Esto es increíble —murmuró—. Frote la lámpara otra vez, Aladino.

—¡Ah! La cosa se repite una y otra vez. Esto es fantástico. Por ejemplo, si usted recorriera la casa buscando la habitación de Joss, no la encontraría nunca, porque cuando era niño se aficionó a las novelas de misterio y tiene una habitación secreta. No es aterradora, porque sus ventanas dan a la piscina, pero carece de puerta.

—¿Tiene una entrada secreta?

—Sí, una pequeña entrada secreta. Aunque no es muy secreta, porque todas las mujeres jóvenes y de buen ver de California del Sur, desde Psimo Beach a Santa Bárbara, la conocen. ¿Qué libro cree usted que se ha leído menos en casa de Joss?

—¿La Biblia? —preguntó Webster.

—Bien dicho, pero se equivoca. A Joss le gusta mucho la Biblia. No. Mire los libros del segundo estante de esa librería y cuando encuentre uno que le parezca el menos leído en esta casa, cójalo.

—¿Es una broma? —interrogó Webster, un poco confuso.

—No. Le aseguro que no trato de burlarme de usted.

—De acuerdo —miró los libros del segundo estante, y cuando llegó a uno titulado Lo que toda mujer joven debe saber, hizo una mueca y lo cogió. Naturalmente, no pudo sacarlo. La parte superior cedió y abrió una cerradura, y la librería giró sobre unos goznes, dejando libre el paso a la habitación de Joss.

—¡Vaya! —murmuró el senador. Miró hacia adentro—. ¡Qué habitación! —después señaló el suelo de espejo que estaba al otro lado del umbral, un espejo de cuatro pies cuadrados, por donde uno tenía que pasar para entrar en la habitación—. ¿Para qué diablos es esto?

—La respuesta es evidente —dije.

Atea nos sirvió *sanka* caliente, lo cual fue una buena idea, porque no queríamos pasarnos en vela toda la noche, y nos sentamos eñ la biblioteca, en sillones de cuero blanco y en un sofá de cuero de siete pies, colocado sobre una alfombra encarnada.

—De modo que esto es lo que le sucede a uno —dijo el senador— al vender el alma por un puñado de oro. Me parece que a su amigo deben de irle bien las cosas... —me miró—. Usted le tiene

afecto, ¿verdad?

—Sí. Es un payaso y un loco, y a pesar de ello le tengo afecto. Me gustaría que se marchase de aquí y volviera a Nueva York a escribir libros. Hay en él buena madera, pero en Hollywood no le servirá de nada. El genio no se paga aquí, por lo menos no muy frecuentemente. En Hollywood hay pocos genios verdaderos. En general, la mediocridad es una estrella resplandeciente. Lo he podido comprobar en el poco tiempo que llevo aquí.

—¿Cuándo vuelve a Nueva York, doctor?

—No lo sé. Creo que me quedaré para la fiesta que Gloria Gerald da el viernes por la noche. Mi propósito es coger el aeroplano de la TWA del sábado, para llegar a Gothan el domingo y tener un día de descanso antes de ir a ver al doctor Kaufmann al Instituto.

—Gothan… —repitió Daniel Webster un poco nostálgicamente —. Hace mucho tiempo, sí señor, hace mucho tiempo que no he oído esa palabra.

Tomamos nuestro café, y le miré sonriendo, porque era la primera vez que él se expansionaba un poco.

—¿Sabe, senador, que es usted un hombre muy profundo y que ha tratado de asustarme?

—Lo he hecho premeditadamente. Cuando un policía no puede asustar o hacer creer que es un poco más inteligente y listo que usted, pierde la mitad de su poder defensivo.

—¡Ah! Y después, todo resulta un farol.

—No es un farol —dijo el senador fríamente—, porque en asesinatos y en eso de leer el carácter de una persona soy más inteligente y más rápido que usted. También soy más receloso, más brusco y más duro que usted.

—Comprendo —murmuré, creyendo lo que decía—. Y usted no tiene un elevado concepto de mí.

Daniel Webster adoptó una expresión seria.

—Esa es una impresión equivocada. Ser como yo no es ser mucho. Ser como usted es ser bastante. Es usted un hombre. Primero concedió usted a un hombre el beneficio de la vida. Después le da un puñetazo en la barbilla y comprende que ha cometido un error. Después trata de socavarle el terreno, y lo considera una grosería. Eso es ser un hombre blanco. También ser estúpido. Pero es algo excelente si uno tiene valor para comportarse

así, y de ellos dicen que heredarán la tierra.

—Es usted un hombre extraño —dije—. Es usted extraño en una forma distinta que Lekro. Tiene la mirada del hombre que se siente solo, senador.

El sonrió.

—¿La tengo ahora? ¿Miro acaso oblicuamente? ¿Miro de una forma demasiado penetrante? Bueno, no anda usted muy equivocado. No tengo muchos amigos. No se puede ser honrado y tener amigos. Yo siempre he tenido el desagradable capricho de leer los pensamientos de las personas, y esto me ha creado muchos enemigos, me ha separado de la gente y ha hecho de mí un buen detective. Creo que sabe usted más de mí que ninguna persona de este Estado.

—¿Dónde ha nacido usted?

—En New Hampshire —prosiguió Daniel Webster—. Y le digo la verdad. Nací allí. Pero no quiero hablar de mí. Quiero hablar de Maximiliano Lekro. A usted le es simpático ese tipo porque es patético. Bueno, él no es patético. Es inteligente. Quería advertírselo. Yo creo que sabe quién mató a Marión Ames e intentó matar a Joss. Es más, pudo haberlo hecho él mismo.

—Eso es imposible. El no pudo haber matado a Shuttle Smith. Yo estaba a su lado en el laboratorio cuando le dispararon.

—Lo sé —aseveró Webster—. He tratado de encontrar la explicación a eso, porque de lo contrario mis deducciones serían perfectas. No se vieron personas desconocidas en torno a la casa. Alguien, que él no puede identificar, le dispara un tiro en la casa cuando está solo, un tiro que pudo disparar él mismo.

—Creo que se equivoca usted. Lekro estaba lívido de miedo, y no fingía.

—Quizá esté equivocado —aceptó Webster—. Sin embargo, hay que examinar todas las posibilidades, so pena de no encontrar la verdad.

—Pero, ¿qué me dice del perro? —pregunté—. Ese maldito animal me quitará el sueño. Es de Gloria Gerald, y no me explico cómo una mujer como ella puede tener un perro así.

—Quizá los perros sean como sus dueños. Quizá Gloria Gerald tenga sangre asesina en sus venas.

—¿Cree usted que habrá intentado envenenarse a sí misma?

—No... ¿Se refiere usted al veneno que había en su copa? Bueno, quizá calculó que Joss tendría la ocurrencia de brindar con los brazos entrelazados, y tal vez echase cianuro en el vaso. Podría haberlo tirado antes de beberlo en caso de que Joss cogiera su propio vaso.

—No puedo creerlo —dije—. Esa mujer tiene mucho valor y un modo de ser expeditivo que me gusta.

—Sí, y ese modo de ser expeditivo puede conducirla directamente al crimen, porque su carrera se ve amenazada.

—¿Habría el danés, su propio perro, ladrado tan furiosamente cuando la vio a ella? Lo hubiera hecho ante un desconocido, no ante un dueño.

—Eso es lo que me desconcierta —recalcó Webster—: el perro. No me explico que un perro ladre al ver a su dueño. Ante un extraño, sí, pero no ante Gloria Gerald. Sin embargo, no es una regla absoluta. Yo me limito a señalar estas objeciones.

—Sigo creyendo que Al Roche asesinó a Marión Ames. Al Roche es capaz de todo.

El senador sonrió, ceñudo.

—No, está usted equivocado.

Afuera, los perros comenzaron a ladrar. El senador se puso en pie inmediatamente, y vi que se metía la mano en el interior de la chaqueta y que su rostro adquiría una expresión dura.

—No he oído ningún coche —murmuró.

—Yo tampoco.

Sonó el teléfono. Di un paso hacia la mesa, pero Daniel Webster dijo:

—No lo coja.

Los perros habían dejado de ladrar. El senador, un poco pálido, se acercó al interruptor de la luz y nos sumió en una oscuridad total.

—¿Puede usted cerrar la habitación de Joss desde dentro? —preguntó.

—Sí.

—¿Y entonces, aunque cojan el libro, no se abrirá?

—No.

—Entremos en la habitación de Joss. Puede contestar al teléfono desde allí.

—¿Por qué está usted tan nervioso?

—Es mi oficio estar nervioso en el momento indicado. Entremos en la habitación y no encienda la luz. Y por ningún motivo use la cama hasta que no la hayamos cambiado de sitio. Quiero reconocer detenidamente esta habitación antes de que nos acostemos para pasar la noche. Y sigo sin oír un coche.

—Yo tampoco, pero los perros han dejado de ladrar.

—Dejan de ladrar en cuanto ven a alguien conocido —dijo Dan Webster—. Si le conocen a usted y usted los llama por sus nombres, dejarían de ladrar, ¿no es cierto?

—Sí, supongo que sí. Son perros muy cariñosos.

Entramos por el paño abierto de la librería, en la habitación de Joss Henry, y después la cerré con llave. El teléfono dejó de sonar. Lo cogí en el momento justo para oír decir a Atea:

—Sí, señorita, el doctor está en casa.

—Puede usted colgar, Atea, y ponerme la comunicación aquí. El doctor Masón

—Buenas noches, Steve —dijo Emily Wheaton—. ¿Estás bien?

—No he estado mejor en mi vida, Emily. Iba a llamarte por teléfono.

—Ojalá lo hubieses hecho. He estado muy preocupada. Me hallaba en la ciudad trabajando en el estudio cuando Al y su grupo entraron con un aspecto de avestruces desplumadas. Por el asunto de Shuttle. Entonces salí y compré un periódico de última hora, encontrándome conque tú estabas mezclado en el asunto, Steve…

—Me encuentro perfectamente —aclaré—. Dio la casualidad de que estaba allí cuando alguien trató de matar a Max Lekro.

—No digas tonterías. Nadie ha tratado de matar a Max Lekro. Eso sería la cosa más fácil del mundo. Alguien trató de matarte a ti, y estoy muy preocupada. Steve, ¿cuándo te marchas de Nueva York?

—No estoy dispuesto a marcharme a Nueva York. Eso significaría dejarte a ti, y no quiero dejarte. Eres como una plaga de *cheopis*. Me has causado una infección, y no hay nada en Medicina que pueda curarme.

—¡Qué forma más horrible de hacer el amor! Si mal no

recuerdo, la *cheopis* es una mosca que llevan las ratas sucias.

—Ya te dije que en asuntos amorosos era un ignorante.

—Steve, tendrás cuidado, ¿verdad? He estado hablando de ello con mi padre, y a los dos nos tienes muy preocupados. Todo comenzó muy bien, desde nuestro encuentro en el Valle aquella noche, y de pronto nos hallamos metidos en una terrible intriga. Desearía que ya no estuvieras aquí. Desearía que te encontrases en Nueva York.

—Abrevie —dijo Daniel Webster mirando por la ventana—. Abrevie, doctor. Tengo un presentimiento.

—¿Qué dices? —preguntó Emily.

—No decía nada. Debe ser un cruce. Me marcho a Nueva York, Emily, en el avión del sábado por la mañana. ¿Quieres venir conmigo?

—¿Cometiendo un pecado?

—No.

—¡Qué declaración más curiosa! Pero no es hora de romanticismos, querido. Pórtate bien, no hagas el amor a Gloria Gerald, y ya veré lo que puedo hacer. Te quiero. Buenas noches —ambos colgamos,

El senador y yo estábamos sentados en la más completa oscuridad. A mí, aquello comenzó a parecerme ridículo.

Esto me está resultando un poco incómodo y demasiado melodramático, senador.

—Yo puedo resistirlo —dijo secamente.

—¿Qué finalidad tiene esto?

—Hay moros en la costa.

—No comprendo.

—Le digo que hay moros en la costa. Ya oyó los perros.

—Aun así...

—Es el asesino —murmuró Dan Webster.

Yo me reí en la oscuridad.

—No lo creo, senador. ¿Por qué va a venir aquí el asesino? No creo que su próxima víctima sea usted.

—No. Su próxima víctima es usted.

Yo tenía el suficiente sentido para saber que Daniel Webster no

hablaba sin conocimiento de causa, y por eso su afirmación me heló un poco la sangre en las venas. El teléfono sonó de nuevo, y le pregunté si debía contestar. Me dijo que sí. Cogí el auricular.

—¿Diga?

—¿Steve?

—Sí. ¿Quién habla?

—Soy Gloria —dijo una voz cálida.

—¡Hola, Gloria! Supongo que ya te habrás enterado de lo de Shuttle Smith.

—Sí. Al me telefoneó. Escúchame, Steve. Apártate de este asunto. Podría sucederte algo y no me gustaría. ¿Por qué asesinaron a Shuttle? No comprendo eso.

—Se interpuso en el camino del asesino.

—Te noto algo extraño, Steve. ¿Qué te sucede? ¿Está alguien contigo? ¿No puedes hablar?

—No me sucede nada, pero me has cogido de sorpresa. Me cogiste de sorpresa ayer por la tarde, y me has cogido de sorpresa ahora.

—Bueno, por lo menos no pareces disgustado —dijo ella.

—¿Dónde estás?

—Estoy sentada en mi cama. Llevo un exquisito y transparente camisón. He estado leyendo un libro y pensando en ti. No sabes cómo desearía que estuvieses a mi lado.

—¡Vaya! —murmuré, un poco escandalizado, pero tratando de no dejarlo entrever.

—Escúchame, Steve —dijo Gloria con voz afectuosa—. Te conté la historia de mi vida, y eso debe de haberte dado una idea de la clase de mujer que soy. A pesar de lo que digan las revistas de cine, sigo siendo una mujer y conozco la realidad cuando la veo. Tú eres real, y me gustas. Sé que Emily Wheaton es tu ídolo de momento. Emily es una mujer simpática, y yo la quiero. Pero te quiero más a ti, y eso quiere decir que vas a tener dos mujeres en pos de ti, te guste o no te guste. No sé lo que Emily pueda ofrecerte, y no discuto que ella sea digna de tus pensamientos, mas esto no cambia la situación. Yo te quiero a ti.

—Me estás halagando —dije, enrojeciendo en la oscuridad.

—Sí, y ya sé que estás escandalizado. Bueno, pues escandalízate. Ya es hora de que te escandalices de algo, Steve. Escucha, con el

corazón en la mano, ¿te disgustó que yo te besara ayer?

—No puedo decir eso. Eres una mujer provocativa e interesante, aunque seas Mary Donovan, de Texas. Has nacido así, bella y seductora.

—Abrevie —dijo Daniel Webster, molesto.

Me alegré de que no pudiese oír nuestra conversación.

—Gloria, estás hablando como si hubieses perdido la cabeza.

—Eso es culpa tuya.

¿Qué podía decir un hombre en una situación así? A mí me faltaban las palabras; no se me ocurría nada. Comencé a titubear.

—Bueno... Escucha... ¿No podíamos tú y yo ser amigos?

—Somos amigos —dijo ella—, y te prometo que seremos más que eso. Pese a Emily, vendrás a mi casa, y cuando vengas no me harás ninguna objeción. Y ahora, dejándote lleno de confusión, me despido de ti. Supongo que ya estarás acostado.

—Todavía no.

—Bueno, buenas noches. Ya nos veremos. Sé bueno. Por lo menos, hasta que nos volvamos a ver. ¿Vendrás a mi fiesta?

—Sí, iré a tu fiesta. Y a la mañana siguiente cogeré el avión para Nueva York.

—Será tu despedida de Hollywood. Buenas noches, Steve —y colgó.

Casi instantáneamente se oyó el ruido de unos cristales rotos y una serie de violentas explosiones. Di media vuelta, pero demasiado tarde para ver los fogonazos. Sin embargo, Daniel Webster los había visto, y me puso los pelos de punta descargando su revólver, del calibre treinta y ocho, que en un abrir y cerrar de ojos sacó por la ventana, a través de los cristales y en dirección a los vestuarios de la piscina. El silencio que se produjo después de los disparos dio una impresión de vacío. Webster dijo:

—Vamos. Quizá haya tenido suerte.

Salimos por el paño de la librería, y después por la puerta trasera, y corrimos por el borde de la piscina, donde resbalé y estuve a punto de caer al agua. Cruzamos la terraza, pasamos por los vestuarios y llegamos a la casita de los huéspedes, en donde entramos, encendiendo las luces. Una ventana, en la pequeña salita, tenía los cristales destrozados por las balas del senador. Pero no encontramos rastro de alma viviente.

—Mala suerte —masculló Webster.

—¿Qué ha sucedido? —pregunté finalmente.

—Le han tendido una emboscada desde esta casa —dijo—. Desde aquí se ve perfectamente la ventana de la habitación de Joss. Ha tenido nervio quien ha preparado esto. Algunas veces, esas personas de nervio tienen el suficiente valor para salirse con la suya. Esta lo tenía. Volvamos a casa. No me gusta estar fuera con esta oscuridad.

—¿Qué ha sucedido? —volví a preguntar.

—Han disparado cuatro tiros desde esta ventana, uno tras otro y con certera puntería, como podré demostrarle.

Estas palabras, dichas por Webster, que había colocado seis balas dentro de un área de un pie cuadrado, en el centro de una ventana, no eran un elogio vano.

Volvimos a la casa y a la habitación de Joss.

—Encienda la luz —dijo—. No creo que quiera acostarse esta noche en la cama de Joss.

El senador tenía razón. En la parte baja de la cabecera, donde yo habría hecho un excelente blanco, se veían cuatro agujeros de bala.

—Vamos a dormir —dijo Webster—.

Creo que esta noche ya no sucederá nada más.

—¿Sabía usted que esto iba a suceder?

—murmuré atónito—. Por eso se ofreció a quedarse a dormir conmigo, ¿verdad?

—Doctor, usted y yo nos llevamos bien.

Me es simpático. Somos amigos. Usted es el único que no ha matado a Marión Ames y a Shuttle Smith. Y yo pensé que un hombre hace lo que puede, y que usted es como un niño perdido en el bosque.

A mí se me revolvió el estómago y me quedé frío.

—¿Es cierto, entonces, que yo era la próxima víctima?

—Era usted la próxima víctima.

Esto no era agradable. No tenía nada de agradable. El sentirse perseguido producía una sensación de terror. Yo había experimentado la misma sensación en una ciudad egipcia atacada por una epidemia, cuando bajaba a los sótanos buscando moscas. Entonces, más que un cazador, era cazado.

—Pero, ¿por qué? —pregunté.

—Porque sabe usted demasiado —concretó el senador.

—¡Pero si yo no sé nada!

—Sabe lo bastante, consciente o inconscientemente para mandar a la cámara de gas de San Quintín al asesino de Marión Ames.

Por todo esto no era sorprendente que yo soñara con un Al Roche de cuatro cabezas que hablaban al mismo tiempo, que insistían al mismo tiempo, que me dominaban, que me perseguían. Podía haber permanecido levantado, dado lo poco que dormí.

17

La mañana siguiente no hizo más que confirmar lo que había dicho Daniel Webster. Me lo encontré vestido y esperándome en mi habitación cuando abrí los ojos. Llamé a Atea y desayuné en la cama; después me duché, me afeité y me vestí con ropa limpia, sintiéndome mucho mejor.

—He estado mirando el Cadillac —dijo Dan Webster—. Es un magnífico coche. Le agradezco que me lo dejase guiar anoche, doctor.

—No me agradezca nada. Soy muy liberal con los coches ajenos —sonreí—. Llámeme Steve, senador.

—Muy bien —dijo él—. Bueno, Steve, ¿cómo están tus nervios?

—Mis nervios están bien. Sí, señor, muy bien. Estoy preparado para pasar otro día encantador en este jardín del paraíso. ¿Por qué?

—Es lo que yo había supuesto. He examinado el Cadillac. Debí haberlo examinado anoche, pero estaba demasiado oscuro. Lo he encontrado esta mañana.

—¿Qué es lo que has encontrado, senador?

—Un agujero en la capota. El tiro que Max Lekro dice que le dispararon ayer, Steve, fue disparado contra ti cuando subiste al coche huyendo del perro. Si quieres seguir mi consejo, márchate de aquí hasta que coja a la persona que maneja todo esto. No tienes que ir a Nueva York. Coge a Emily y vete a Palm Springs a pasar un día o dos. Puedes permitirte ese lujo.

—No. No quiero marcharme… ¿Qué es hoy? ¿Jueves? Bueno, a Joss lo trasladarán a casa, y quiero estar presente para que no le falte nada. Y cuando hable, senador, se acabarán tus preocupaciones. El sabe quién le ha envenenado y sabe quién asesinó a Marión Ames.

—¡Maldita sea! —exclamó el senador—. Todo el mundo sabe quién es el culpable excepto tú y yo. Esto no nos ayuda nada. La cuestión es que tú tienes que marcharte. El quedarte aquí es buscar la muerte.

—Que me ahorquen si sé por qué —dije, sintiendo un estremecimiento.

—Que me ahorquen si lo sé yo, pero el asesino te persigue implacablemente. Sí, Steve, tú sabes algo que puede descubrir al asesino. Te pediría que pensaras y pensaras, pero no creo que nos sirva de nada. Por eso prefiero que pases el día fuera, que contemples el panorama y trates de recordar algo que nos dé la clave. No creo que lo consigas, pero la solución del problema está en tu cabeza.

—En Quantapeck vive un médico amigo mío, el doctor Emil Sanzten. Es especialista en lepra y director del lazareto de Quantapeck. Me gustaría mucho verle para discutir con él el nuevo tratamiento del doctor Thwyte, pero no creí tener tiempo. Naturalmente, podría ir ahora. Es un viaje de unas ciento sesenta millas.

—¿Por qué no vas, entonces?

—Me parece que iré. Llamaré al hospital y diré que no traigan a Joss hasta que yo vaya a buscarlo esta tarde.

—Llévate a Emily contigo.

—No. Para ella no será interesante, y se aburrirá. Iré solo.

—Muy bien. Puedes marcharte ahora mismo. Si alguien pregunta por ti, no diré una palabra. Es mejor así. Créeme —tosió—. A mí me puedes dejar en la ciudad.

—Naturalmente.

Antes de marcharnos sonó el teléfono. Cuando cogí el auricular oí la voz de Emily:

—¡Hola, Steve! ¿Te gustaría venir a cenar a casa esta noche a las siete?

—Me gustaría mucho, pero Joss saldrá esta tarde del hospital y no quisiera dejarlo solo. Ven tú a cenar aquí.

—¡Diablos! —exclamó Emily suavemente—. Ese Joss lo estropea todo. No puedo, querido. No quiero que mi padre cene solo, y he invitado también a Paul Shannon. Ya te lo han presentado, aunque no le conoces. Es un hombre simpático, y, entre paréntesis, te diré

que tu rival.

—¿Tengo un rival? —pregunté.

—Un rival declarado, y doy gracias porque pareces un poco preocupado. Eso me halaga.

—Escucha, Emily, ¿no podríais venir todos a cenar aquí, tú, tu padre y el señor Shannon? Joss tendrá que permanecer en la cama, y a mí me vendrá muy bien vuestra compañía, porque de lo contrario tendría que cenar solo. No quiero dejar a Joss esta primera noche.

—Creo que podré arreglarlo —dijo Emily—. Me parece una buena idea, porque en casa soy yo la que cocina —se echó a reír—. De acuerdo, Steve. ¿A eso de las siete?

—Sí, a eso de las siete. Me alegrará mucho volver a verte.

—Empiezas a aprender a decir cosas agradables —dijo Emily—. Adiós, querido. Sé bueno —y colgó.

Llevé a Daniel Webster a la ciudad, después de haber examinado el agujero de bala en un lado de la capota del coche, y le dejé en la esquina de Cahuenga y el bulevar de Hollywood. Después fui a avisar para que arreglaran los cristales rotos. A continuación llamé al hospital y pregunté por Joss. El mismo se puso al aparato, lo que fue para mí una sorpresa.

—¡Hola, viejo carnicero! —exclamó Joss jovialmente, pero hablando con voz débil—. Aún estoy en la tierra de los vivos. ¿Te sorprende?

—Ten precaución y cuídate, Joss. ¿Has oído alguna vez la palabra recaída?

—He oído muchas otras palabras —Joss suspiró—. Después de lo que ha pasado no puedes asustarte. Creo que verdaderamente me han sacado del valle de las sombras, Steve. ¡Dios santo, qué mal me he sentido! Ahora no me encuentro muy fuerte, pero disfruto porque es agradable estar vivo y respirar. ¿Y tú, qué has hecho?

—Yo he corrido peligrosas aventuras, que te contaré cuando vuelvas a casa esta noche. Te iré a buscar a eso de las cinco. Alguien ha intentado matarme dos veces, y todo por tu culpa. Confío en que ahora serás más sensato.

—¿Alguien ha intentado matarte?

—Lo que oyes. Y tú sabes quién.

—Steve, te aseguro que no lo sé.

—La carta lo decía. Ha llegado la hora de hablar. A ti por poco también te asesinan. Daniel Webster vendrá a verte hoy, y lo mejor será que hables como no has hablado nunca. De lo contrario, habría sido inútil salvar tu despreciable pellejo.

Joss pareció un poco intrigado.

—Ya nos veremos esta noche —murmuró.

—¿ Y se lo contarás todo a Daniel Webster?

—Tú preocúpate de tus cosas, carnicero, que yo me ocuparé de las mías.

—¡Vete al diablo! —dije, furioso, porque me di cuenta de dónde soplaba el viento—. Me habría gustado que te preocuparas de ti mismo la noche en que tomaste cianuro —colgué el auricular, salí rojo de cólera, subí al coche y lo puse en marcha. Cuando uno está furioso tiene tendencia a conducir temerariamente. Esto lo comprobé cuando un policía me paró, me impuso una multa y me reprendió, dirigiéndome al mismo tiempo unas miradas poco agradables. Sin embargo, nada era capaz de intimidarme y continué mi viaje hasta llegar al lazareto de Quantapeck.

18

Durante toda la mañana y en viaje hacia el Norte, pensé en Jocelyn Henry, y cuanto más pensaba en él aumentaba mi cólera. Comencé a censurarle con toda mi alma, porque estaba cometiendo mucho más que un chantaje, o como se le quiera llamar. Joss sabía quién había matado a Marión Ames. Joss sabía quién había intentado envenenar a Gloria Gerald. Pero yo corría demasiado. Tenía tendencia a oscurecer las cosas. Joss no había sido la víctima aquella noche. La víctima escogida había sido Gloria. Por lo tanto, Joss, la víctima accidental, no corría en el futuro ningún riesgo y podía seguir tranquilamente con su plan, que ya le había servido para que le elevasen el sueldo a dos mil dólares por semana. Indudablemente, Joss no pensaba revelar la identidad del asesino porque él no tenía nada que temer. Se sentía demasiado seguro. Nadie le amenazaba.

Y tenía un secreto cuya custodia le era muy provechosa. ¿Qué importaba que al pobre Steve le hicieran unos cuantos disparos?

Me dije que recibiría algo más que un sermón si no cooperaba con el senador.

El doctor Emil Sanzten se alegró mucho de verme, y a mí me resultó agradable encontrarme con una persona que hablaba sin intercalar epítetos en todas las frases y cuyo tema de conversación no fuera Al Roche o la última película.

—Steve, me alegro mucho de volver a verte —dijo—. Me alegro mucho. ¿Por qué no me avisaste que ibas a venir? Había oído que estabas en Extremo Oriente, pero no sabía que hubieses vuelto. Y, con franqueza, no habría esperado nunca que me hicieses una visita cuando regresaras.

Tenía sesenta y nueve años, el pelo blanco y llevaba gafas. En su

rostro se reflejaba una gran bondad, y había en él ese elemento muy simpático que hace que algunos médicos sean realmente grandes y queridos al mismo tiempo, si no por el mundo, por lo menos por sus pacientes. Yo le conocía lo suficiente para estar seguro de que sus enfermos hubieran hecho cualquier cosa por él, incluso dar la vida, porque cuando uno es leproso aprecia la simpatía y la bondad que es lo único que nos queda en el mundo y que son verdaderamente raras.

Nunca he comprendido por qué se ha censurado a los leprosos. Desde la época de Moisés, ha sido costumbre de la humanidad, mal llamada así desde este punto de vista, colocar un cartel en el cuello de los leprosos con la inscripción de «domesticado» o «sucio». El leproso ha sido siempre un proscrito, un ser ignorado, hambriento, apaleado, abrasado, ahorcado o dejado para que se pudriera y muriese. Naturalmente, la causa de todo esto ha sido el miedo, el miedo de estar incluso cerca del leproso, de que el viento, arrastrando el hedor de éste, le contaminara. Y el miedo es la raíz de toda crueldad, y el leproso ha pagado las consecuencias.

Y sin embargo, el leproso que sufre su aflicción, que reza y que trabaja para curarse, sabiendo lo que tiene y no luchando contra la realidad, resulta un verdadero filósofo. A mí me han hecho gracia los escritos de los llamados filósofos en el campo literario, comparándolos con la sabiduría magnífica y bondadosa de los leprosos que conocí en Culión y Molokai. Sus palabras no serán publicadas nunca, porque ellos escriben sus pequeños ensayos y poemas en papel viejo. Pero leí los más elevados pensamientos del mundo, aunque no fuesen muy literarios, en aquellas colonias de leprosos.

—He leído el informe del doctor Thwyte —dijo el doctor Sanzten con voz grave—. Y debía haberme entusiasmado, Steve; pero cuando uno es viejo como yo, y cuando ha oído hablar de nuevas curas, de milagrosos procedimientos y de nuevos métodos, y, sin embargo, los bacilos se reproducen de nuevo, se consideran con mucha cautela las nuevas ideas. He pasado mi vida (actualmente llevo cuarenta años ejerciendo la medicina) tratando de hallar la respuesta a la lepra, y he fracasado. Cuando Hedwick aisló el germen, creí que hallaríamos la solución, pero de eso hace años, y no hemos encontrado esa solución. Por eso espero ver qué

consigue Thwyte con su método, Steve, aunque no creo que consiga mucho.

—Thwyte obtuvo unos éxitos maravillosos en Oriente —dije—. Naturalmente, es demasiado pronto para saber si logró curaciones permanentes…

—Demasiado pronto o demasiado tarde. Eso es lo que siempre nos sucede, ¿verdad, Steve? —el doctor Sanzten suspiró, se recostó en su butaca y miró por la ventana de su despacho—. Quizá no estemos destinados a conocer la verdad de la lepra. Quizá Dios, con su sabiduría, ha querido que exista una cosa que no comprendamos. El sabe realizar su voluntad y recordarnos a los mortales que sigue siendo Dios. Dio a los trópicos toda la belleza del mundo terrenal: el mar, el cielo, los verdes valles, el sol… y las moscas.

—A Dios se le censura por todo—dije—. Conocí a un chino en Rangún que había huido de Shanghái en mil novecientos treinta y dos, cuando la llegada de los japoneses. Era un hombre anciano y delgado, un budista convertido que es ahora cristiano. Tenía una extraña idea de Dios. A su juicio, el cielo había creado la perfección, y nosotros sólo veíamos imperfecciones porque creíamos en ellas. Opinaba que si uno creía en algo, ese algo sería real. Lo que sucede es que todos creemos en cosas malas.

—Si ese hombre creyera en la salud y en la longevidad y llegase a ser inmortal, entonces prestaría la mayor atención a sus opiniones.

—Vamos, Emil, te estás volviendo viejo y cínico.

—Me estoy volviendo viejo y estoy cansado —explicó el doctor Sanzten—. Hay demasiados misterios en el Universo que me gustaría que se aclararan. Quisiera que se aclarase lo de la lepra. ¿Podrás creer lo que voy a decirte? Un joven médico de Los Angeles, que jamás había estudiado la lepra hasta que vino a verme, ha descubierto una fórmula maravillosa que realiza las más sorprendentes curas por medio de ungüentos. No sabía nada de lepra, y acertó con esa fórmula. Y yo, que he estudiado a fondo la enfermedad, me quedé boquiabierto de admiración.

—Explícame eso.

—Ese hombre vino aquí a preguntarme por la lepra. Me dijo que tenía varios enfermos y que quería hacer algo por ellos, pero no podía. Le di toda la información y todos los consejos que se me

ocurrieron, y él me quedó muy agradecido. Era un individuo curioso y extraño. Me habló de la resurrección, de devolver la vida a los muertos y de no sé qué cosas más, hasta que creí que estaba loco y me alegré mucho de desembarazarme de él. No esperé volverle a ver.

—¡Lekro! —exclamé—. ¡Dios santo! ¡Qué coincidencia! ¡Max Lekro!

—¿Le conoces? Ese es, desde luego, su nombre, Maximiliano Lekro, y se vanagloriaba de haber resucitado a un perro. Lázaro número tres, creo que lo llamaba.

—Le conozco. ¿Y quieres decir que Lekro, ese hombre extraño, ha descubierto una forma de curación por medio de ungüentos?

—Sí, y por procedimientos atrevidos, pero con éxito. Por lo menos en el noventa y cinco por ciento de los casos, porque hay en él un elemento de azar que ciertas personas no pueden resistir. He aquí lo que ha hecho. Tú, naturalmente, has visto el pequeño capullo en forma de feto ganchudo que es la lepra al microscopio. Lekro aisló uno del tejido leproso y trató de matarlo. Empleó los métodos corrientes: metileno, mercurio, etc. No tuvo éxito. Pero habiendo leído un artículo, hace mucho tiempo, en la *Deutsche Medizinische Woegenschrift*, se preguntó qué resultado daría la sulfamilamida.

—¿Y qué hizo?

El doctor Sanzten se sonrió.

—Era un hombre atrevido, Steve. Usó el método de Ehrlich, tratando de matar el bacilo sin matar al enfermo.

—¿Cómo?

—Primero provocó una fiebre artificial. Cuando la fiebre estaba en su máxima, inyectó tiosulfato sódico de oro; después administró sulfamilamida por vía bucal, vigilando naturalmente, los efectos de esta droga. Por eso no podemos decir que cure en el ciento por ciento de los casos. Algunas personas no asimilan la sulfamilamida. En algunos enfermos ocasiona agramulociotosis, desaparición de corpúsculos blancos. Pero el caso que me enseñó Lekro demostraba que en una noche habían cedido las úlceras, que las lesiones desaparecieron poco después, y que el pelo volvió a salir como en casos negativos. Aún no sabemos si la cura es permanente. Sus enfermos no han tenido que acudir a un tratamiento subsiguiente, y

todo sigue bien. Yo lo experimenté aquí con voluntarios. A uno de mis enfermos pude mandarlo de nuevo a hacer la vida corriente.

No obstante, yo, súbitamente, me interesé más por Max Lekro que por la lepra.

—¡Vaya! Podía habérmelo dicho —manifesté—. Estuve en su laboratorio, hablé con él, y lo único que quiso enseñarme fue su procedimiento de resurrección.

—Está un poco loco —reiteró el doctor Sanzten—. Tiene un gran empeño en resucitar a los muertos. Sin duda alguna fobia de la infancia y por miedo a su propia muerte. Quizá haya leído demasiado a Edgar Allan Poe.

—¿Cuándo ocurrió todo eso?

—Hará unos seis o siete meses.

—¿Sería en febrero?

—Sí, era en febrero.

Pasé allí un día agradable. Hablamos de muchísimas cosas, y él me acompañó por todo el lazareto donde vi leprosos desde el primero hasta el último grado, y medité sobre el hecho de que rara vez una persona muere de lepra. Se quedan tan débiles, que por regla general son víctimas de cualquier otra enfermedad. A las tres de la tarde me despedí de Emil Sanzten, y con los informes que él me había dado, y que yo entregaría en Nueva York, subí al coche y emprendí el viaje de regreso.

Había estado en un mundo completamente distinto durante unas horas, como una bocanada de aire fresco, y, sin embargo, ansié llegar a Hollywood. Deseaba ver a Emily, naturalmente, y a Joss, pero, sobre todo, deseaba ver a Max Lekro.

19

Durante mi viaje de regreso tuve la sensación de que alguien me seguía. Entonces no comprendí cómo podía ser posible. Nadie más que Daniel Webster y yo sabíamos que había ido a la leprosería de Quantapeck. Pero durante todo el camino me siguió un coche, un pequeño Ford amarillo. Siempre se mantuvo a respetable distancia y de vez en cuando lo veía por el espejo retrovisor. De momento, y como soy hombre poco receloso, me alegró verle, porque era una especie de compañía por la desierta carretera. Después comencé a sospechar. Me detuve para poner gasolina, y el otro coche me adelantó. Creí que me habría librado de él, hasta que unas millas más adelante miré por el retrovisor y lo vi de nuevo. Me siguió hasta Encino, donde Joss vivía, y después continuó hacia Hollywood.

Mickey y Freddy me saludaron a la puerta y me siguieron hasta la casa, saltando y ladrando jovialmente. Cuando bajé del coche se me echaron encima y casi me arrojaron al suelo. Atea me abrió la puerta y dijo:

—El amo está en casa, doctor.

No me había fijado si había otros coches en los garajes, y por eso no lo adiviné sin que me lo dijera. Me dirigí a la biblioteca y encontré el paño de la librería abierto y en la habitación de Joss a un grupo de personas.

Joss estaba sentado en la cama, con un vaso de whisky en la mano; afortunadamente, no lo había probado. Se lo quité dándoselo a Atea, y dije a Joss que no podía beber nada.

—¡Diablos! —exclamó Joss—¿Qué creerán que soy yo?

—Estaban allí Al Roche, George Allison, del *Hollywood Chronicle*. Louise Stafford, Harvey Kane, un par de actores que no conocía, que

nadie conocía y que nadie conocería, y Sammy Carnes, el ayudante de director que había llevado a Emily a su casa la noche en que encontraron asesinada a Marión Ames.

—¡Vaya! —exclamé secamente—. Una bonita reunión de familia.

—Buenas tardes, doctor —dijo Al—. Me parece que ya conoce a todos los presentes. Esa rubia de bonitas caderas es Shirley Adams; es una buena chica. Ese ciudadano de falso color moreno es Tony Zaparo, el villano de nuestras películas; su verdadero nombre es Mickey, y es irlandés. Y ese otro… —era un joven delgado, melancólico, de orejas grandes— es Billy Post, el mayordomo de más de doscientas películas. Todos hemos venido a dar la bienvenida a Joss. Hemos seguido la ambulancia, y ha sido un espectáculo, porque todos tocábamos la bocina, ¿verdad Joss?

—Mi querido Al —dijo Joss—, me habéis conmovido hasta lo más profundo del corazón. Dios os bendiga a todos y a cada uno, y a ti también, Tiny Tin —se refería a mí—, a pesar de todo lo que me has dicho esta mañana.

Joss parecía encontrarse bien, aunque tenía el rostro encendido, y la excitación no le convenía. Sentí deseos de dejarle que hiciera lo que quisiese, pero el juramento de Hipócrates me lo impidió.

—La verdad, Al; siento ser un aguafiestas, pero a Joss no le conviene esta excitación. Se ha salvado de milagro, y debería tomarse una o dos semanas de descanso, a no ser que quiera asistir a otro funeral épico.

Al se rio.

—Eso me gusta. Que alguien lo apunte. Podemos usarlo en las series de Sherlock Holmes. «Ten cuidado, mi querido Watson, a no ser que quieras ser el invitado de honor en un funeral épico.» Me gusta mucho. Que alguien lo apunte. Yo os pago y tengo que daros las ideas.

—Ya lo tengo anotado, Al —dijo Sammy Carnes.

—Bueno, escuche, doctor. Si usted nos dice que nos marchemos, nos marcharemos. De todas maneras tengo que hablar un par de cosas con Joss. Con eso de su envenenamiento hemos detenido la producción de una nueva película. No puedo permitirme ese lujo. Pero si tú, Joss, necesitas un descanso, tómate dos semanas de vacaciones. No vayas al estudio, ¿comprendes? Trabaja aquí, en tu

casa. Tómate las cosas con calma y trabaja aquí. Te traeré el guión y arreglarás lo que te indique. Estamos de acuerdo en que tal como ahora está es una desgracia. Te pago dos billetes grandes y te tengo que decir cómo has de corregirlo.

—Lo sé —murmuró Joss. Cada vez parecía más cansado—. Lo haré esta noche.

—A mí no me importa dar ideas sobre el trabajo —declaró Al—. Soy una fábrica de ideas, ¿verdad, doctor? Y cuando un hombre tiene ideas no debe ser egoísta; debe esparcirlas.

—Como la lepra —dije.

Se quedó boquiabierto.

—Es una broma de las suyas —observó Joss suavemente.

—¡Diablos! —Al Roche respiró nerviosamente—. Me desconciertan siempre sus malditas bromas, doctor. Me gustaría que no las hiciese. Tengo sentido del humor, pero por su forma de hablar nunca sé… —entonces se dio cuenta de que todos lo estaban mirando, y comenzó a reírse. ¡Ah! Aquello era muy gracioso. Los demás también rieron, aunque no sabían de qué. Al se reía, y eso quería decir que sus pobres empleados también tenían que reírse, so pena de sufrir las consecuencias—. Como la lepra… —repitió Al—. ¡Ja, ja, ja! ¡Esa es buena!…

—Está bien —dije—. Ya es hora de que se marchen. Creo que tendré que echarlos a la fuerza y sin ayuda de nadie.

—Desde luego, doctor —Al había dejado de reír; sus ojos grises se habían ensombrecido—. Vámonos, muchachos. Joss tiene que descansar. No le conviene la excitación. Devuélveme mañana el guión, Joss.

—Te lo devolveré —manifestó Joss—. Gracias por el recibimiento que me habéis dispensado, Al. Ha sido un buen rasgo por tu parte.

—No tiene importancia —contestó Al—. Te lo merecías después del susto que has pasado.

George Allison, el periodista, no se olvidó de su negocio.

—Joss —dijo—, deberías contratar una página entera para anunciar tu restablecimiento y la nueva película en la que estás trabajando.

—Es una buena idea —proclamó Al—. Que salga también mi nombre. Soy el productor de la película.

—Te costará quinientos dólares —dijo Allison—. Aparecerá a dos colores. ¿Qué te parece, Joss?

—Muy bien, si Al lo aprueba —reiteró Joss, muy cansado en aquel momento y con voz baja y melancólica.

—Desde luego, es una buena idea. Redactaré el anuncio en el estudio, y tú manda la cuenta a Joss —dictó Al—. Hasta la vista, doctor. Hasta la vista, Joss. ¿Dónde está Gloria?

—Me parece que se ha marchado —murmuró Sammy Carnes.

—Quizá haya tenido que irse —dijo Al—. Bueno, ya nos veremos, doctor.

—Si por casualidad ve a Max Lekro —dije—, haga el favor de decirle que deseo hablarle. Es algo importante.

Los demás ya se habían marchado. Al Roche retrocedió. Su voz era un poco ahogada. Miró a Joss.

—¿Para qué quiere ver a Max, doctor?

—No es por nada que se refiera al cine. Es una cuestión médica.

—Sí, pero, ¿de qué se trata?

—No es asunto de su incumbencia, Al —respondí sin malicia—. Quiero decir que es una cuestión médica, algo que ha hecho.

Al palideció un poco.

—Quizá sea mejor que me lo diga a mí, doctor.

—Se lo diré a él cuando lo vea.

—Escuche doctor, escuche —subrayó Al con voz aún más baja —. Usted me es simpático, ¿comprende? Me ha impresionado. Soporto sus bromas por la simpa tía que le tengo. Le he ofrecido un empleo de veinticinco grandes por esa misma simpatía. Así es que no ocasione más quebraderos de cabeza. Ya he tenido bastantes. Ese asunto puede olvidarse completamente. Diviértase y no haga tonterías. Después, váyase a Nueva York.

—Al, no pienso darle ningún quebradero de cabeza —contesté.

—Muy bien —murmuró, pero aún estaba preocupado. Masticó un cigarro que era demasiado pesado y demasiado largo para su boca—. Bueno, hasta la vista —y se marchó.

20

No nos dijimos una palabra hasta que su coche se hubo alejado. Le oímos alejarse. Conducía un Duesenberg con un silenciador cuyo ruido se reconocía fácilmente. Cuando se hubo desvanecido en la lejanía, dije:

—Me tiene miedo.

—Y yo también —murmuró Joss. Se recostó en la cama y cerró los ojos. Estaba pálido y tenía unas grandes ojeras—. Me encuentro muy mal. ¡Maldito sea Al Roche y toda su pandilla de ostras, almejas y demás carnívoros crustáceos que se pegan a nuestros huesos para dejarlos limpios.

—Estás un poco confundido —dije—. No creo que la apetitosa ostra sea carnívora, y si lo es, indudablemente no puede decirse que se alimente de carroña. Tú debes de referirte a los cangrejos y a las anguilas. Sobre todo a las anguilas. ¿Te conté alguna vez lo que me sucedió cuando, siendo interno del hospital, tuve que encargarme del cadáver que habían sacado del East River de Nueva York? Su vientre estaba lleno de anguilas.

Joss pareció a punto de vomitar.

—Eres un miserable —masculló—. Lo estás haciendo a propósito.

—Quizá.

—Deja de torturarme.

—Al Roche también te estaba torturando, y yo te he librado de él. Ni siguiera eres un hombre agradecido.

—Me siento muy cansado. Si hubiese habido lo que me dieron, habría jurado que también tenía veneno.

—Puedes guardarte muy bien a ti mismo.

—No me lo eches en cara.

—Te lo echaré en cara siempre que pueda —dije—. Estoy harto de esta comedia, Joss. Estoy harto de este disimulo, de esta depravación y vulgaridad. Tú no puedes hacer mucho para conservar el respeto que pueda sentir por ti; pero solamente por razones egoístas, es decir, porque no quiero morir a mi edad por una mano invisible, ¿te importaría decir a la Policía, palabra por palabra, lo que Marión Ames escribió en su carta?

—Sí.

—Asunto concluido entonces, Joss. Tú te has buscado lo que pueda sucederte.

—Estoy muy cansado, amigo mío. Y no sé quién asesinó a Marión Ames. No sé quién asesinó a Shuttle. Yo sólo sé que soy un hombre cansado que camina con su carga por el mundo, y tú podrías cantarme una canción para dormirme.

—Si yo tuviese una estaca, ya te lo diría —grité—. ¡Vete al diablo! —y salí furioso, sin saber qué hacer. Di un paseo por la piscina y decidí darme un baño para quitarme de la cabeza las telarañas del resentimiento.

Era de noche, y me dispuse rápidamente en el vestuario, poniéndome después unos pantalones de baño. Me zambullí en la piscina y encontré el agua fresca y agradable. Nadé hasta la escalerilla para salir, y cuando llegué a ella, una voz de mujer dijo:

—¡Hola, Steve! No me había imaginado encontrarte aquí.

Me detuve bruscamente, sorprendido, con un pie en la escalerilla.

—¿Quién es?

—Soy Gloria.

—Creí que te habías marchado con todos.

—¿Se han marchado? ¡Maldito sea Al! Aquí no tengo coche. El tenía que esperarme. No pude aguantar más tiempo y salí a refrescarme un poco. Pero me alegro de que se hayan marchado. No esperaba verte.

—Puedo llevarte a tu casa. O puedes llevarte el coche pequeño si prefieres. Joss no hará ninguna objeción.

—Prefiero que me acompañes tú. Será un inesperado placer, amigo mío. Steve, te sienta muy bien el traje de baño. ¿Qué edad

tienes?

—Muy viejo.

—Tienes buen tipo, y no haces el ridículo como la mayoría de los hombres, cuando se tiran de cabeza al agua encogiendo las rodillas y doblando los dedos. Vamos, atravesaremos la piscina nadando.

En cierta forma, fue divertido encontrarla allí. De momento, me olvidé de Joss. Gloria me era muy simpática. No es que me gustase, pero era una mujer agradable y franca, y aunque a veces me escandalizaba, tenía cierta *sang froid* que hacía que todo pareciera natural. Atravesamos la piscina nadando, volvimos luego y nos detuvimos e hicimos pie el uno frente al otro. La luna estaba oculta tras las nubes, pero había una débil claridad, y finalmente pude verla. Cogimos el colchón de goma flotante que había en el agua y nos asimos a él. El rostro de Gloria aparecía resplandeciente y fresco bajo un blanco gorro de baño.

—Esto es muy divertido —murmuró—, pero estoy muy cansada. Sosténme un poco.

La rodeé con un brazo, y ella se volvió y me dio un beso. Lo hizo juguetonamente; su boca estaba húmeda por el agua.

—Esto cuesta mucho —murmuré.

—¿El sufrir mis besos?

—No; el mantenerse de pie en el agua en la parte honda. Vamos donde podamos apoyar los pies y allí hablaremos.

Empujamos el colchón hacia un extremo de la piscina, y finalmente nos pusimos en pie. Gloria sacaba la cabeza y los hombros del agua. No era muy alta.

—Eso ha sido una excusa para no sostenerme —dijo.

—¡Tonterías! —murmuré.

—¿Soy repugnante?

—¡Qué tontería! —repetí.

—Eres un ave fría, Steve, pero yo te cambiaría en un momento si me dieses una oportunidad.

—No soy un ave fría.

—Me gustaría que me besaras una vez, pero de verdad.

—No puedo. No sería sincero.

—Entonces, finge.

—No —sonreí débilmente—. No soy artista de cine.

—Eres un ave fría.

—De acuerdo. Ven aquí —la atraje hacia mí, la rodeé con mis brazos y la besé. Ella se estrechó con fuerza contra mí.

Entonces me di cuenta de que los perros ladraban y de que se acercaba un coche.

—Alguien viene. ¡Por el amor de Dios, Gloria, si alguien nos viera!...

—No me importaría que nos viera todo el mundo. Tú creerás que soy desvergonzada, pero escúchame, Steve: no lo soy. Pregúntaselo a Joss; pregúntaselo a todas mis amistades. Te dirían que soy una nevera. Contigo es distinto. A ti te quiero. Esto no es un pasatiempo, Steve. Quiero casarme contigo. Eres un hombre honrado y decente...

Alguien salió a la puerta del patio y llamó:

—¡Steve!

Era Emily Wheaton.

21

Una bonita situación. «¡Dios santo! —pensé—. Estoy perdido.»

—Es Emily —murmuró Gloria—. Contéstale.

—Ayúdame, por favor —supliqué.

—Steve, ¿estás ahí? —preguntó Emily.

—Está bien —cuchicheó Gloria—. Como una buena chica, voy a portarme bien.

Vete con ella. Yo me esconderé detrás del colchón hasta que te la lleves a casa. Después me vestiré y esperaré a que vuelvas. ¿De acuerdo?

—Eres una alhaja —dije, y levantando la voz añadí—: ¡Hola, Emily! ¿Eres tú?

Salí de la piscina y me dirigí hacia el patio para reunirme con ella. Di gracias a Dios por estar mojado, porque en aquel momento no podría haberle dado un beso. Me habría remordido demasiado la conciencia.

Emily estaba encantadora, con un traje blanco de escote muy cerrado y manga larga. No pudo menos que pensar que era una mujer que llevaba los trajes más modestos, siempre sin escote y con mangas largas. Esto podía dar la impresión de que tenía mal tipo, lo que no era cierto, o que tenía algo que deseaba ocultar.

—¡Hola, Steve! —dijo con voz cálida—.

Joss me ha dicho que estabas aquí. Tengo que darte una noticia que para ti puede ser buena o mala. Me voy a Nueva York.

—¿Que vas a Nueva York? Eso es una magnífica noticia. Irás conmigo.

—¿Tú crees? Me marcho en el avión de las ocho de mañana.

—Yo no me marcho hasta el sábado por la mañana. No quiero dejar las cosas tal como están. ¿No podrías esperar?

—Sí que podría, si Al no tiene inconveniente. Llevo un informe personal suyo a los directores de Nueva York.

—¿Dijo él que podríamos ir juntos?

—Sí. ¿Crees que Al trata de alejarte de aquí? j

—Estoy seguro de ello. No sé por qué, pero me tiene miedo. Se quedó un poco preocupado anoche, cuando me vio en tan buenas relaciones con el senador. Y esta tarde demostró tenerme un temor particular. Ahora, pensándolo bien, no creo que haya sido el asesino quien me siguiera desde Quantapeck. Me parece que sería alguien al servicio de Al. Quizá un detective particular, para saber lo que yo hacía. ¿Quién tiene un pequeño Ford amarillo? Del modelo mil novecientos treinta y nueve.

—Max Lekro —dijo Emily en voz baja.

—¡Ah! —exclamé—. ¡Ah!

—¿Te ha seguido?

—Sí.

—Bueno, escucha, ¿qué hago?

—Disimula. Dile a Al que yo no me marcho hasta el sábado. Estoy seguro de que te hará aplazar el viaje.

—Pero suponte que no lo haga, Steve.

—Bueno —dije en voz baja, recordando que Gloria estaba en la piscina—. Entonces puedes dejar tu empleo y casarte conmigo. Así nos iríamos juntos a Nueva York.

—¡Ojalá pudiese! —murmuró. Parecía preocupada—. Pero no podemos. Lo mejor será que te vistas. Tienes invitados para cenar, son ya las siete y media y están todos dentro, esperando. No eres un buen anfitrión.

—¿Qué quieres decir con eso de que no podemos?

—Vístete, vístete.., No puedes hacernos los honores así, aunque tengas un tórax de cuarenta y dos pulgadas. No es decente.

Emily entró en la casa. Corrí al vestuario para vestirme, y me encontré a Gloria aguardándome, ya vestida. «Espérame un segundo», le dije. Me vestí rápidamente y salí, Pero tardé más de lo que esperaba, y ella ya se había marchado. Sentí cierto pánico, porque me hallaba en una situación difícil. ¿Cómo iba a explicar su presencia si se quedaba? Ella no había estado en la casa cuando llegamos, así pues, evidentemente, tendría que haber estado ea la piscina conmigo.

Me dirigí a la casa convencido de que me hallaba en un verdadero aprieto, mas cuando entré la cosa iba como sobre ruedas No había rastro de Gloria El señor Wheaton, Emily y Paul Shannon me estaban esperando. Tomamos un cocktail en la salita, y después nos dirigimos al comedor, no sin antes haber hecho yo una visita a Joss. Lo encontré profundamente dormido y descansando. No tuve la menor idea de dónde podía estar Gloria hasta que Atea me dirigió una extraña mirada durante el primer plato.

—Perdón, doctor —dijo—. Venga a la cocina.

Fui a la cocina. Gloria estaba cenando allí, en la mesa de Atea.

—¡Hola, Steve! —dijo—. No podrás decir que las estrellas no somos democráticas. No estés preocupado, Steve. Cenaré aquí y después iré a la casa de los invitados y esperaré hasta que se marchen todos. Entonces podrás acompañarme a mi casa. No quiero estropearte la fiesta estando aquí tu adorada. Quizá me lleve a Atea para jugar a las cartas. Así, pues, márchate, cena a gusto y tranquilízate.

La cena resultó muy bien. Paul Shannon, a quien ya me habían presentado anteriormente, pero a quien no conocía a fondo, resultó ser un hombre simpático y recto. Recordé haberle visto en la obra maestra de Al Roche, en la película *Sombras de la Polinesia*. Paul había desempeñado el papel masculino junto con Gloria. Era un joven guapo, de unos treinta y cinco años, de seis pies y pico de altura, debía de pesar unas ciento noventa libras. Tenía el pelo rubio, unas manos grandes y un rostro curtido por el sol, pero no por baños de sol.

—No —sonrió cuando se lo pregunté—. No, doctor. Era marino antes de llegar a Hollywood. Nací en Gloucester y me crié entre barcos. Entre verdaderos barcos. Velas y cascos de madera. Antes de cumplir veinte años era dueño de un pesquero; después las cosas fueron mal y tuve que embarcar en buques ajenos. Principalmente en yates. Por último conseguí la Gaviota, una vieja embarcación piloto. La compré por cuatro cuartos, la puse en condiciones y comencé a navegar con ella yendo como capitán. Llegué a Samoa al mismo tiempo que Al Roche y su compañía, quienes iban a hacer una película. Al sintió simpatía por mí y me dio el papel masculino. Así comenzó mi carrera en el cine. Vendí la Gaviota, y desde entonces he hecho películas.

—Es maravilloso —exclamé—. Pero me parece que vendió su vida por un puñado de oro.

—Lo que dice es cierto en parte —dijo Paul Shannon con ojos soñadores—. Echo de menos el mar. Ese es mi elemento. Nací en él. Antes de los dieciocho años había dado dos veces la vuelta al mundo. Creo que usted y yo debemos de haber estado en los mismos sitios, doctor.

—¿En Culión?

—Sí, en Culión, en Manila, en Rangún. En Singapur, en Bombay, en Calcuta, en Shanghái… Incluso subí a Nankín cuando era aún chino. También he estado en las Islas del Sur, en las Marquesas, en Pitcairn…

—Yo no he estado en Pitcairn —dije.

Me fue un hombre tan simpático que no pude echarle en cara sus atenciones hacia Emily. Estaba enamorado de ella, evidentemente, y desde hacía tiempo, porque se trataban con mucha familiaridad. Parecían hechos el uno para el otro, y me hicieron sentirme viejo. Sin darme cuenta, la mayor parte de la conversación la sostuve con John Wheaton, y esto me indicó que yo ya pertenecía a otra generación. Francamente, esto no me hizo ninguna gracia, pero no tenía más remedio que resignarme. No tuve ninguna oportunidad de hablar a solas con Emily. Cuando se despidieron, me dio un beso y las buenas noches, y después se marcharon en el coche seguidos de Ferdy y Mickey, que llegaron hasta la puerta.

Volví a la casa y me encontré a Joss dormido. Entonces me dirigí a la cocina y dije a Atea que si el señor Henry se despertaba le sirviera un poco de caldo y leche, y que yo volvería dentro de una o dos horas. Después me encaminé a la casa de huéspedes.

Gloria estaba sentada en un sillón, leyendo un libro. Este libro resultó ser el mío.

—Steve, es maravilloso. No sabía que tu libro estuviese aquí. No lo había leído. Es muy interesante. Has viajado mucho, ¿verdad?

—No he hecho más que seguir a las enfermedades. El cólera en la China, la peste en la India, la lepra en Filipinas y en beri-beri en las islas. ¿Te acompaño a tu casa?

—Me gusta tu libro. Voy a comprar un ejemplar para que me lo dediques.

—Lo haré con mucho gusto.

—No pareces muy alegre.

—Acabo de darme cuenta de que soy un hombre viejo —mascullé.

Gloria se echó a reír de buena gana y dijo:

—Por culpa de Paul Shannon, ¿verdad?

¡Ah!, Steve, sientes herida tu vanidad. Yo podría empujarte por la pendiente de los celos, pero no quiero. Si estás preocupado por lo de Emily y Paul, olvídalo. Hace dos años que va tras ella y no ha conseguido nada. Emily es una mujer muy especial. Como Joss y yo. Joss también hace tiempo que va tras de mí, aunque no con fines matrimoniales, como Paul con Emily. Yo también soy una mujer especial. ¿Qué se siente al ser amado por dos mujeres?

—Tú no estás enamorada de mí —dije.

La sonrisa de Gloria se desvaneció.

—¿Por qué dices eso?

—Porque lo sé. No sé lo que sientes por mí, pero no es amor. Quizá te sientas sola. Hollywood es la soledad; la soledad entre mucha gente. He oído hablar de ella. Yo soy un extraño; conmigo puedes hablar libremente. Prescindes de tus inhibiciones como no puedes hacerlo con los demás.

—Tú piensas mucho, ¿verdad?

—Es instintivo. Vamos.

La cogí del brazo y salimos. Los perros se acercaron a nosotros.

Subimos al Cadillac, y, como comenzaba a hacer frío eché la capota y cerré a medias los cristales. Después nos dirigimos por Ventura hacia Hollywood.

—Sigue explicándome por qué crees que no te quiero.

—Porque te engañas. Quizá no te hayas dado cuenta, pero te engañas. Casi es como si me necesitaras para protegerte a ti misma de alguna cosa.

—Es posible, pero, ¿qué importa?

—Importa porque tú me has sugerido que me casase contigo. Me marcho a Nueva York. Para vivir allí. A ti eso no te gustaría. No puede gustarle a una mujer que comenzó por lavar platos en Texas y llegó hasta aquí.

—Dejaría a Hollywood al instante por una cosa así.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente en serio.

Me dio unas palmadas en el brazo, con el rostro serio. Miró la oscuridad y sintió un ligero estremecimiento. Durante largo rato no pronunciamos palabra; nos limitamos a contemplar la carretera iluminada por la luz de nuestros faros. Después dijo:

—Hablemos de otra cosa, Steve.

—¿De qué, Gloria?

—Hablemos de crímenes —dijo, y se estremeció—. Steve, cuando una persona se encuentra en mi situación, con Al Roche siendo el dios de la Mutual, no se puede hablar de nada y lo único que procura es no meterse en líos. Al habla y nosotros obedecemos. No tenemos otro recurso. El me dijo que no abriese la boca y que no me metiera en lo que no me importa. Pero tengo que hablar de ello con alguien.

—Es un tema que me gusta mucho. ¿Qué quieres saber?

—¿Quién mató a Marión Ames y Shuttle?

Reí ásperamente.

—Pregúntaselo a Joss.

—¿Por qué a Joss?

—Porque Marión Ames le dejó una carta. Y Joss lo sabe. Pero, ¡maldito sea!, no quiere hablar.

—No lo sabía —murmuró Gloria—. ¡Dios Santo! ¿Por qué no se lo dice a Al, a la Policía o a alguien?

—Las maquinaciones de la mente de Jocelyn Henry son incalculables.

—Pero… Bueno, escucha, Steve. El vaso que Joss bebió, el que le envenenó, era el mío. Lo que quiero decir es esto: ¿iba destinado a mí o a Joss? Podía muy bien ir destinado a Joss, porque muchas veces entrelazábamos los brazos y bebíamos así. Era una especie de ritual que inauguramos cuando nos conocimos y que nos gustaba a los dos. Creo que todo el mundo lo conocía. Había sido una forma inteligente de despistar haciendo parecer que el veneno iba destinado a mí cuando en realidad era para Joss.

—Exacto —dije—. El senador de Massachusetts sugirió la misma idea.

—En todo caso, eso significa que alguien que estaba con

nosotros aquella noche en el Derby fue quien lo hizo. Alguien de nuestra mesa era el asesino.

—Hay un noventa y nueve por ciento de probabilidades de que sea cierto. Podía no haber estado en la mesa. Podía haber puesto el veneno en el vaso.

—Es posible.

—No sé si te has dado cuenta de que estás demostrando ser muy curiosa.

—Naturalmente que soy curiosa —soltó Gloria con franqueza—. A mí nadie me dice nada.

No hablamos nada más del asunto. Llegamos a Hollywood, cortamos hacia el noroeste, pasando delante del Grauman y el Roosevelt, giramos a la izquierda por la iglesia de la Christian Science, hacia el bulevar de Hollywood, v subimos hacia Beverly Hills, donde volvimos hacia la derecha, llegando a Cold Water Canyon. La casa de Gloria había pertenecido a William Powell, según ella me dijo, y tenía una gran extensión de terreno rodeado por una pared blanca de ladrillo. Cuando nos acercamos a la puerta paré el coche delante de una verja. Gloria sacó una llave, la introdujo en la cerradura y las puertas se abrieron. Entramos, y por lo visto hicimos accionar algún mecanismo, porque las puertas se cerraron automáticamente. Seguí la calzada hasta llegar delante de la casa. Era de estilo colonial del Sur, blanca, con graciosas columnas y una cascada de bajos escalones. Era una casa bellísima.

—Debe de serlo —dijo Gloria, siempre realista—. Pagué por ella una barbaridad. También es mía, Steve. No soy como esas personas que quieren comprar a plazos una casa que no pueden permitirse, y después lo pierden todo cuando vienen los tiempos malos. Soy dueña de esta casa. Pagué al contado. Soy dueña de mis coches. Soy dueña de todos mis trajes. Tengo dinero en el Banco, tengo dinero en bonos de Defensa del Gobierno y tengo dinero en el bolsillo. Si dejase el cine, mañana sería rica, pero no voy a dejar el cine ni mañana ni nunca.

—¿Cómo se puede durar eternamenteˆ en esa profesión?

—Siendo duro algunas veces y blando otras. Y no permitiendo que nada se nos interponga en el camino del éxito. Absolutamente

nada. Ya que soy tan franca, voy a decirte algo más. Tú eres un hombre simpático, Steve, y no te metes en lo que no te importa. He estado casada. Tengo dos hijos. Uno tiene cinco años y otro ocho.

Me quedé atónito.

—Parece imposible… Eres tan joven.

—Tengo treinta y tres años. En las revistas de cine dicen veintisiete, pero para ti tengo treinta y tres. Seré aún una estrella deslumbrante cuando tenga cuarenta y tres, si juego bien mis cartas. Ejercicio, tratamientos de belleza, cuidadosos masajes. Mis detractores me censuran bastante, pero también censuran a Bette Davis y a Joan Crawford. Y ellas siguen adelante, y yo sigo adelante. Entra y tomarás algo.

—No, gracias. Quiero volver a casa. Joss está solo.

—Por una vez en su vida —dijo Gloria secamente—. Quizá le siente bien. Pero, agonizando o no, ya habrá hecho el amor a alguna enfermera en el hospital.

Yo podía estar de acuerdo con ella, pero, naturalmente, sólo sonreía, le di las buenas noches e hice ademán de marcharme.

—Steve…

—¿Qué?

—Una cosa no es cierta.

—¿Cuál?

—Yo no me iría a Nueva York contigo. No dejaría todo esto. Bueno o malo, Hollywood es mi vida. Le pertenezco hasta que la muerte nos separe. Tú vienes en segundo lugar. Pero en un segundo lugar muy cerca del primero.

—Supuse que sería así. Gloria, tú llevas camino de ir lejos. Tienes inteligencia y voluntad. Pero creo que harás bien en prescindir de mí en tus planes. Estoy enamorado de Emily, y temo no ser correspondido. Así, pues, quizá perdamos los dos. Buenas noches.

—Yo nunca pierdo. No creas que vas a perder —extendió las manos, me atrajo hacia sí y me besó—. El camino de regreso es largo.

—El aire me sentará bien… Buenas noches —di media vuelta para marcharme, pero me detuve, porque a la luz del farol que había en el pórtico vi un par de ojos verdes que brillaban en la oscuridad.

—¿Qué te pasa? —preguntó Gloria.

Señalé con el dedo.

—Tu perro.

El maldito animal se había agazapado entre los matorrales, acechando mi espalda. Sentí un escalofrío. No había hecho el menor ruido.

—Dirígete al coche lentamente y no te tocará.

—¿Por qué diablos tienes un perro así? —pregunté.

—Reconozco que es malo, pero aquí vivo sola. Únicamente tengo una cocinera y una doncella. Y me gusta la protección que él nos presta. Está amaestrado para atacar a los desconocidos. ¿Por qué no? Una vez entraron unos ladrones y me dieron un susto terrible. No volverán a entrar. Mantiene a raya a todos los indeseables… ¡Tigre! ¡Éstate quieto! ¡Estate quieto!

Instantáneamente el animal estalló en terribles ladridos, corrió por la calzada y después se echó al suelo.

—Es un perro extraño, Steve —dijo Gloria—. Sólo siente simpatía por una sola persona. A mí no me tiene ningún cariño. Soy sólo su dueña. Pero te sorprendería saber con quién simpatiza. Hay un hombre a quien este perro dejaría entrar y salir sin hacerle nada.

—¿Quién es? —pregunté.

—La enciclopedia andante —contestó Gloria—: Harvey Kane.

Dicho esto, me despidió, entró en la casa y yo me marché. Durante el camino de vuelta, yendo por el bulevar de Hollywood, toqué algo con el pie, y al mirar vi que ella había dejado caer su bolso. Me detuve en una farmacia, cerca del Teatro Wagner, y le telefoneé para que no se preocupara. Pero como no me contestó a las primeras llamadas, colgué, porque no quería despertarla.

Tomé un helado y después reanudé el viaje hacia la casa de Joss, en el Valle de San Fernando.

22

La casa estaba oscura y los perros dormían. Nadie salió a recibirme. Era sorprendente el aspecto poco acogedor de las majestuosas y negras montañas del Valle. El frío comenzó a filtrarse en mis huesos. Experimenté la desagradable sensación de que sucedía algo anormal. Indudablemente eran imaginaciones mías, pero no pude desecharlas, y sentí no tener una linterna y una pistola. Entré el coche en el garaje y me dirigí hacia la casa. No sucedía nada. Me sentí mejor. Fui a ver si Joss estaba bien. Se agitó dormido y murmuró :«¿Qué diablos sucede aquí? ¿Es que unos esqueletos están saltando en un tejado de cinc?»

—Frótate las orejas —dije—. No se mueve ni un alma en la casa, ni siquiera un ratón.

—¿Eres tú, Steve?

—Sí.

—Entonces se mueve alguien, no un ratón.

Dio media vuelta y siguió durmiendo. Decidí no dormir en su cuarto. Había dormido allí antes del accidente de Joss, y había un diván donde hubiese podido echarme, pero preferí ir al piso de arriba y tener una habitación para mí solo. Estaba en pijama cuando sonó el teléfono.

—Querido... —era Emily.

—¡Hola, Emily!

—Al ha telefoneado para ver si iba contigo. Le dije que no .Entonces él me dijo que no hiciese el viaje, porque no quería que fuese a Nueva York sola.

—¡El diablo lleve a Al!

—¿Qué te sucede, Steve?

—¿Por qué no me dijiste cómo estaban las cosas entre tú y Paul

Shannon?

—¡Válgame Dios! Estás celoso.

—Naturalmente.

—Las cosas no están de ninguna manera entre él y yo. Te quiero a ti, Steve.

—¿Cómo puedes quererme siendo él un hombre tan agradable?

—No lo sé, pero te quiero a ti.

—Escucha, Emily…

—Esta noche me mostré tan atenta con él porque ingresa en el Ejército. Se marcha el martes. Pero te quiero a ti.

—Escucha, Emily. Acabemos con estas discusiones. ¿Quieres casarte conmigo?

—No puedo aún, Steve. Tenemos que hacer nuestros planes. Tengo que pensar en mi padre. Es ciego y depende de mí.

—Yo cuidaré de eso.

—Lo siento, no puedo permitírtelo, querido.

—¿Que no puedes permitírmelo? ¿Por qué no? Cualquiera diría que es un ser repugnante. A mí me es simpático. Es un hombre inteligente y agradable. Para mí será un placer.

—No, Steve.

—Pero, Emily, dame una oportunidad. Si no hago eso te perderé. Cualquier cosa valdrá la pena con tal…

—Tiene que haber otra solución. No puedo casarme con un hombre y obligarle a que mantenga a mi familia.

—Lo hago con los ojos abiertos.

—No, Steve, pero te quiero mucho y ya encontraremos alguna solución al problema. Esta noche no encontramos ninguna; mañana, ¿quién sabe?

—Está bien, Emily. Buenas noches.

—Buenas noches, querido.

Se oyeron dos clics, y se acabó todo. Emily parecía un poco extrañada, y estaba silbando en la oscuridad. Era como una niña que pasara delante de un cementerio y silbase para disipar el miedo. No había otra solución al problema. A John Wheaton había que cuidarle. Yo no deseaba tener alrededor al buen hombre durante mi luna de miel, y, desde luego, algo se podría hacer para que a él no le faltara nada. Muy posiblemente era él mismo quien se oponía a mi solución, por tener escrúpulos y no querer que el

marido de su hija estuviera atado a su sillón.

Volvió a sonar el teléfono. Esta vez era Gloria.

—Steve, siento molestarte, pero he perdido mi bolso. ¿Lo dejé en el coche?

—Sí —dije—. Has tenido muy poco cuidado. Lo encontré en el suelo. Te llamé desde Hollywood. Como tardaron en contestarme, pensé...

—Oí el teléfono. Me estaba bañando... Bueno, me alegro de que lo hayas encontrado. Llevaba en él trescientos dólares.

—Naturalmente, no lo he abierto. Supongo que el dinero seguirá en él. Te lo guardaré hasta mañana.

—Muy bien, Steve. He pasado una velada deliciosa y me divertí mucho en la piscina. Entre paréntesis, te diré que me he puesto otra vez uno de los camisones más sugestivos de Catrou, si bien no me servirá de nada, porque tú eres un hombre de inalterables principios.

—Me haces sentirme como un colegial.

—¿No crees que lo eres, poco más o menos?

Sonreí.

—Supongo que sí.

—La confesión es buena para el alma... ¿Está Joss despierto, Steve? Me gustaría hablar con él.

—Está dormido.

—¡Qué diablos voy a estar dormido! —dijo Joss. Habló por el teléfono supletorio de su habitación—. ¿Cómo crees que un hombre puede dormir con tantas llamadas telefónicas? ¿Y tú, carnicero, qué es lo que te propones, tratando de robarme a la mujer de quien estoy enamorado? ¿Qué es lo que ha sucedido mientras yo luchaba entre la vida y la muerte? Por el amor de Dios, si vas a convertirte en un Cellini de Encino, di a tus mujeres que no te declaren su amor por teléfono a esta hora de la noche, habiendo un hombre enfermo en la casa.

—Ya se encuentra mejor —dije—. Ha dormido un poco y se encuentra mejor. Durante quince minutos parecerá que se come a los niños crudos, y después volverá a caer en un melancólico abatimiento.

—Me encuentro bastante bien —aclaró Joss—. He estado pensando en ese maldito guión, Steve. Tengo que corregirlo y

arreglarlo. Al dijo que lo quería para mañana.

—Para hoy —puntualizó Gloria desde el otro extremo de su línea—. Son ya más de las doce.

—No te preocupes de ese guión —intervine —. Eso es lo único que te falta para acabar en el cementerio.

—Déjame en paz.

—Steve tiene razón —dijo Gloria—. Joss, no te dejes dominar por Al. Lo único que puede hacer es gruñir si no le entregas el guión. Le gusta hablar mucho para darse importancia. Yo sólo he llamado para decirte que no quiero que vengas a mi fiesta. No creo que estés en condiciones para asistir a una fiesta mañana, es decir, esta noche. Steve, Joss me dijo que vendría aunque fuera en una silla de ruedas. No creo que deba hacerlo, ¿verdad?

—El ir a esa fiesta le está absolutamente prohibido.

—Está bien. No iré. Había dicho eso por decir algo. No tenía intención de ir.

—Eso es hablar con cordura —dije yo.

—Buenas noches, Steve. Buenas noches, Joss.

—Buenas noches —murmuré.

—No te lo tomes muy a pecho, pequeña —terminó Joss, y todos colgamos.

Yo bostecé, me desperté y me sentí muy cansado. Probablemente me quedaría dormido en el momento en que cerrara los ojos. Y entonces resonaron los disparos. Primero, dos muy penetrantes; después, otro de sonido distinto, un disparo ahogado, y otro, y otro. Alguien gritó en el jardín; se oyó un ruido de pasos; los perros se despertaron y comenzaron a ladrar furiosamente. Oí a Atea en su habitación de abajo lanzar un grito de terror, y yo palidecí de espanto.

Me puse una bata, cogí una pequeña linterna y bajé corriendo la escalera. Cuando salí al jardín encontré tan sólo a los perros; no había otra alma viviente. No supe a dónde dirigirme. Di unos pasos hacia la parte de adelante, pero reinaba allí una quietud mortal, por lo que volví hacia la parte trasera, y al llegar a la piscina vi una sombra negra que se acercaba en silencio, caminando por el borde de la piscina. Era un hombre. Se detuvo bruscamente, y,

apuntándome con una pistola, dijo:

—¡Arriba las manos!

—¿Quién es usted? —pregunté—. ¿Qué pasa? —estaba terriblemente asustado, y me sentía tan poco útil como una trampa de ratón para cazar a un tigre.

—¿Eres tú, doctor? —interrogó Daniel Webster.

—Si —susurré atónito—. ¡En nombre de Dios, senador!

—En nombre de Dios no está bien dicho. En nombre de Satanás sería más apropiado. Vamos a la casa. Ahora ya ha terminado todo. No creo que nuestro amigo vuelva a intentar otra vez este truco.

Entramos en la casa. Atea, castañeteando los dientes, estaba en la cocina en paños menores, con un cuchillo de trinchar en la mano.

—Tranquilízate —dijo el senador—. Y sírvenos café. He estado sentado ahí, en el jardín, durante mucho tiempo, y estoy entumecido. Un poco de café, en la biblioteca.

Nos dirigimos a la biblioteca, y allí nos sentamos. Yo seguía sin poder dominar mi temblor.

—¿Qué ha sucedido? —pregunté.

—La misma emboscada de siempre —informó Daniel Webster. Llevaba un traje negro, y sus zapatos castaños estaban húmedos por el rocío de la noche en la hierba. Parecía cansado—. Nuestro asesino ha intentado la misma cosa dos veces, pero estoy seguro de que habrá llevado una sorpresa cuando contesté a sus disparos. No creo que esperara que yo vigilase.

—¿Hiciste blanco?

—No lo creo. La noche era muy oscura. Si por lo menos hubiese habido luna...

No creo que le tocara, pero perseguí a ese pájaro hasta la carretera de detrás, cruzando el naranjal. Allí debía de esperarle un coche. Oí cómo se alejaba uno, y después se acabó todo.

Yo dejé de temblar un poco.

—No me imaginé que sucediera dos veces —murmuré.

—Tú no eres policía. Bueno, creo que tendrás que volver a decir que pongan los cristales que he roto —sonrió con amargura—. De todas formas, eso es mejor que tener que abrirte el corazón para extraerte una bala.

—¿Y Joss? —pregunté súbitamente.

—¿Qué?

—Joss está aquí, en su habitación. Yo estaba arriba.

No habíamos oído el menor ruido en la habitación de Joss. Lo lógico habría sido que él hubiese comenzado a dar gritos y a preguntar qué diablos era lo que sucedía.

El rostro de Daniel Webster se ensombreció.

—Vamos a ver.

Abrimos el paño de la librería y entramos. Joss había encendido la lámpara de la mesita de noche que estaba junto al teléfono, por lo que era claramente visible. Las persianas estaban echadas, mas las aberturas eran horizontales, y se le veía desde fuera, sobre todo con la luz encendida. Joss estaba medio sentado en la cama, con la cabeza encima de la almohada y descansando sobre la acolchada cabecera de su gran lecho de siete pies cuadrados.

Tenía una expresión de disgusto en el rostro. Su boca se había petrificado con una mueca de desprecio y repulsión.

También tenía un limpio y azulado agujero de bala sobre el puente de su nariz, por el que no había manado la sangre. Estaba muerto.

23

Daniel Webster exhaló un suspiro. Fue algo muy humano, y no pareció natural en aquel hombre de nervios de acero. El suspiro fue débil y melancólico. Después dio media vuelta y se dirigió hacia las ventanas. Tiró de la cuerda, y las persianas bajaron, impidiendo que desde fuera se viese la habitación.

—¡Dios santo! —murmuré—. ¡Morir así!

—En un abrir y cerrar de ojos —dijo el senador gravemente—. Puede cambiar en un abrir y cerrar de ojos, en el tiempo que se tarda en respirar, o en algo por el estilo… Esto lo aprendí en el catecismo. Algunas veces, la muerte es muy rápida.

Me senté, porque se me doblaban las piernas. Me quedé mirando a Joss. Le miré fascinado, como si nunca hubiese visto la muerte. No podía creerlo. No parecía que él pudiese ser mortal.

—No quiso hablar —comentó el senador—, de forma que esto tenía que sucederle más tarde o más temprano. Confío en que haya dejado algo, como dejó Marión Ames. Pero aunque no lo haya dejado tengo el presentimiento de que estamos llegando al término del cambio, y el criminal o se escapa o las cosas comienzan a enredarse. Las cosas se enredan tanto, que ya sólo es cuestión de tiempo el que pierda la cabeza.

Yo permanecí sentado, sin decir una palabra.

—Estás pálido —señaló Daniel Webster—. Serénate, Steve. Haz creer que eres un médico y que hemos encontrado un cadáver. No el de tu amigo; el de otra persona cualquiera.

Extendí lentamente la mano hacia el teléfono.

—Lo mejor será que llame al coroner y a la Policía.

El senador me lo impidió.

—Yo soy la Policía. Al diablo el coroner.

—No te comprendo —murmuré moviendo la cabeza—. Lo siento, senador. Estoy aturdido. No te comprendo.

—Escucha —dijo Webster—. Mantén echadas las persianas. Cierra ese paño de la librería. Déjalo cerrado. Joss está ahí, descansando. Nadie debe entrar. Joss necesita descanso.

—Joss está muerto.

—No, no está muerto. ¿Quién sabe que está muerto? Sólo tú y yo, y nosotros no tenemos que creer a nuestros ojos. Vamos, Steve, haz funcionar tu materia gris.

—Está bien. Sigue.

—Joss está convaleciente. Tú ibas a ir esta noche a la fiesta de Gloria Gerald. Pues vete. Tendrás una ocasión única, la oportunidad de ver quién te pregunta por Joss e insiste en el tema. El asesino no sabe si lo ha matado o no.

—No veo la finalidad. Lo único que veo son dolores de cabeza.

—¡Por el amor de Dios, doctor, finge por mí esta vez!

—¿El asesino me busca a mí o a Joss?

—No hagas preguntas tontas.

—¿Por qué es una pregunta tonta?

—Usa la cabeza. Todo el mundo sabía que Joss estaba en su casa después de haber salido del hospital.

Yo incliné la cabeza tristemente. Me dolía mucho la nuca.

—No seré nunca un buen detective.

—Eso es verdad, pero no es una tragedia —aseveró el senador—. Tenemos que representar esta comedia. Tendremos al asesino sobre ascuas durante doce horas quizá, ¿comprendes? No se lo digas ni siquiera a Atea. Cerraremos esta habitación, y ya está. Ahora, tápalo y salgamos.

Webster apagó la luz después que yo eché a Joss en la cama y le tapé con una sábana. Yo no podría olvidar la expresión de su rostro. Con frecuencia, la muerte repentina petrifica las expresiones. Aquella no la olvidaría mientras tuviese memoria. Después salimos y cerramos el paño de la librería.

Atea estaba de pie en la biblioteca, con el café. Tenía un color gris. Daniel Webster soltó una maldición y se dirigió hacia él.

—¿Qué diablos haces aquí? ¿Espiando lo que sucede?

—He traído el café, señor —tartamudeó Atea.

—¿Has mirado en esa habitación?

—No, señor, no he mirado, créame.

—Está bien —dijo el senador—. Soy un policía, ¿me entiendes?

—Sí, señor policía.

—Mis órdenes son que no puedes dejar esta casa hasta que yo te lo diga. ¿Me entiendes?

—Está bien, Atea. Vuelve a tu habitación. No hay novedad. Todo marcha a pedir de boca.

Atea salió y nos dejó solos. El senador me dirigió una mirada cansada.

—Todo da asco. ¿No habrá nadie en esta parte del mundo que se ocupe de sus cosas y lleve una vida normal? Tal vez en mi ciudad natal, New Hampshire.

—Tómate el café —dije—. Los dos lo necesitamos.

Bebimos el café. Después nos quedamos silenciosos.

—Hoy fui al lazareto —dije—. Me siguió un Ford amarillo. Max Lekro.

—¿Por qué Lekro? —preguntó el senador bruscamente—. Emily también tiene un Ford amarillo.

—Emily es la única persona que conozco que no puede haber tenido parte en este asunto —contesté con la misma brusquedad.

—¿Por qué no?

Comencé a encolerizarme. Esto devolvió el color a mi rostro.

—Tómate las cosas con calma —dijo Webster—. Y no montes en cólera. Estoy examinando todas las posibilidades. A veces se fía uno de alguien y se equivoca. ¿Por qué fiarse de Emily? El fiarse de ella es fiarse de la historia que te contó el primer día. ¿Por qué no podría haber matado a Marión Ames y ser ayudada después por ti, Al Roche y los demás para parecer inocente? Ella se prestó gustosa a la comedia de Al, en vez de defender la ley.

—Ella te lo contó todo después —dije.

—Desde luego. Cuando ya no corría peligro… Bueno, dejemos esto.

—No me gusta nada dejar el cadáver aquí. Es una obstrucción a la justicia o algo parecido. No me gusta. No lo encuentro natural, senador. Todo ha sido tan rápido y terrible que no puedo creer que esté muerto.

—Está tan muerto como un arenque ahumado. Acostúmbrate a esa idea. Está muerto.

—¡Dios santo!

—Muerto, completamente muerto. Sumido en el sueño eterno. Empieza aquí, y lo encontrarás todo más natural. Mañana, cuando haga pública la noticia, habrá que tomar las medidas necesarias para su entierro. ¿Está la cosa más clara ahora, Steve?

—Sí —murmuré solemnemente—. Creo que sí.

—No quiero que me creas un hombre sin corazón —dijo el senador fríamente—, pero es inútil golpearse la cabeza contra el muro de las lamentaciones. Tenemos un trabajo entre manos, y aún nos falta mucho para acabarlo.

—Quizá no lo acabemos nunca. Estoy harto de él. Me marcho a Nueva York el sábado por la mañana.

—Mañana.

—¿Mañana? Sí, mañana —no sabía qué hacer. La situación había cambiado rápidamente—. Me marcharé el domingo. Tendré que ocuparme del entierro de Joss. No creo que tenga parientes.

—Te marcharás el lunes —comentó el senador—; antes no.

—Está bien. Quizá tengas razón —ya nada me importaba—. ¿Y tú crees que mañana comunicarás la noticia?

—¿Quién sabe? —manifestó Webster encogiéndose de hombros —. He estado averiguando las andanzas de varias personas en el momento en que ocurrían ciertas circunstancias, y el resultado obtenido es a la vez confuso y exasperante. Cualquiera hubiera podido matar a Marión Ames. Cualquiera, incluso tú. Tú saliste con ella.

—Sí. Yo la maté —dije con voz cansada.

El senador sonrió débilmente.

—Tú no la mataste. No estaba acusándote, Steve. Sólo señalaba. No se acusa nunca; sólo se señala hasta que se acierta, ¿comprendes? El hecho es que cualquiera habría podido matar a Marión Ames. Y cualquiera, excepto Maximilian Lekro, podría haber matado a Shuttle

Smith.

—De acuerdo. ¿Y qué más?

—Examinemos ahora el envenenamiento de Joss, que sucedió antes de la muerte de Shuttle. ¿Quién ha podido ser responsable?

—Cualquiera de los que estuvieron en la cocina.

—No, te equivocas. Utiliza la cabeza, doctor. ¿Qué clase de bebida pedisteis?

—*Zombis*, me parece.

—¿Y crees que alguien en la cocina echó veneno en un *Zombie* con la esperanza de que Joss lo tomara?

—Todo el mundo tomó *Zombie* menos yo —dije—. Yo pedí whisky con soda. Creo que el *Zombie* tuvo que ser envenenado en la mesa.

—De acuerdo. Entonces han podido ser Al Roche, Gloria Gerald, Sammy Carnes, tú…

—Otra vez yo.

—Me limito a señalar… Louise Stafford o Paul Shannon. Estos eran los presentes, ¿verdad?

—Sí. Tu procedimiento es ir eliminando a los sospechosos hasta encontrar el culpable. Pero lo malo de ese procedimiento es que se necesitan muchos crímenes para que puedas continuar eliminando.

El no sonrió, porque la cosa no tenía gracia.

—Bueno, Lekro no se hallaba presente en ninguna de las dos ocasiones. Queda, pues, eliminado. Emily, porque ella no habría podido echar el veneno y tampoco asesinar a Joss esta noche, porque acababa de hablar contigo por teléfono. Gloria queda asimismo descartada; acababas de hablar con ella por teléfono y la habías llevado a su casa. Quedan sólo Shannon, Roche, Carnes, Harvey Kane y Louise Stafford.

—¿Y yo no?

—Tú no. Yo estaba contigo anoche cuando se hicieron los primeros disparos desde la casa de los invitados.

—¿Tú crees que alguno de ellos es el criminal?

El se encogió de hombros.

—Investigaré lo que han hecho todos, para ver si han podido estar aquí y hacer disparos. Si no pueden justificarse, resultarán sospechosos. No hay otro camino. Pero ten en cuenta que también cabe la posibilidad de que cualquiera de los otros, gracias a algún truco que no hemos descubierto, haya sido el asesino. Ya lo veremos.

—Está bien.

—Te veré mañana por la noche. Apareceré cuando menos te lo

supongas —dijo el senador—. Estate sobre aviso, y ya veremos lo que sucede. El desenlace se acerca. Tengo ese presentimiento. Ruego a Dios que sea bueno. Si es malo, haremos un doble entierro, para Joss y para ti.

—Gracias —murmuré.

—No bromeo. La situación es grave.

Y dicho esto, me dio las buenas noches y se marchó, dejándome con el cadáver de Joss y con Atea temblando en su habitación. Me quedé muy nervioso y asustado, y saludé con alegría la aparición del alba.

24

El doctor Emmet Kaufmann del Instituto Rockefeller de Nueva York, me telegrafió. El telegrama llegó a las ocho. Me lo leyeron por teléfono desde Los Angeles. «¿Cuándo puedo esperarte? Punto. Tengo otro trabajo para ti. Punto. Deseando verte de nuevo, E. K.»

—¿Quiere usted contestar? —preguntó el funcionario de telégrafos.

—Sí —dije—. Mande el siguiente telegrama: «Llegaré Nueva York en avión lunes noche o martes mañana.» Firmado, «Steve».

—¿Telegrama corriente?

—Sí.

Colgamos el teléfono. Me di una ducha, me vestí y bajé a desayunar aún un poco nervioso. Oí sonar un teléfono débilmente y no pude encontrar a Atea. Poco después apareció éste en el comedor, donde yo estaba sentado, y dijo:

—Llaman al señor doctor por el teléfono de la casa de invitados.

—¿Cómo?

—Que llaman al señor doctor por el otro teléfono, por el de la casa de invitados.

—¡Ah! —exclamé. Me levanté, me dirigí a la casa de invitados y encontré el teléfono descolgado.

—Diga...

—Aquí, la Western Union —dijo una voz—. Nos hemos equivocado respecto a su número de teléfono, señor. ¿Es ese el domicilio del señor Jocelyn Henry?

—Sí.

—¿Y quiere usted que carguemos el telegrama a ese teléfono?

—Sí. Creo que no tendrían inconveniente.

—Ninguno, señor. Pero, ¿el número de teléfono es Encino

setecientos treinta y tres?

—No —dije—. Es Encino setecientos veintidós.

—Eso es lo que creíamos, pero en la guía telefónica... ¿Por qué número está usted hablando ahora?

Miré y vi que era el 733.

—No tiene importancia. Es Encino setecientos treinta y tres. El teléfono de la casa principal es el setecientos veintidós. Cargue usted el telegrama a un número u otro del teléfono, que la cuenta irá siempre a la misma dirección.

—Eso es lo que deseábamos saber, señor. Gracias.

Volví al comedor y desayuné. El café me supo bien, y lo demás mal. Atea me miraba como si fuese un fantasma. Se mantenía un poco apartado de mí, como si tuviese miedo.

—Atea, ¿qué ocurre? —pregunté.

—Señor doctor, Atea tiene miedo.

—¿De qué?

—Á Atea no le gusta vivir con cadáveres.

De modo que lo sabía. A mí no me sorprendió.

—Entonces, ¿viste lo que había en la habitación anoche?

—Sí, señor doctor.

—Bueno, escucha, Atea. Aquel señor que estaba aquí anoche era realmente un policía, y no quiere que nadie sepa lo sucedido. De modo que estás comprometido y no debes decir nada.

Atea tragó saliva.

—¿Cuánto tiempo va a estar aquí el cadáver del amo?

—¿Aquí? Hasta esta noche. Después se lo llevarán.

—¿Alguien lo ha matado?

—Sí, alguien lo ha matado.

—No me gusta —murmuró Atea—. También pueden matarme a mí.

—No, nadie te matará. ¡Por el amor de Dios, serénate! Lo único que me falta es un asiático con un ataque de nervios. Nadie intentará matarte. ¿Eres cristiano?

—Sí.

—Entonces, cumple tus diez mandamientos, sé un buen cocinero, y nadie intentará matarte. Pero si otra vez me traes el pan quemado así, seré yo quien acabe contigo. Y ahora, márchate, Atea, y no descuides tu obligación.

—Está bien. Está bien. Usted es el nuevo amo —y desapareció en la cocina.

Cuando terminé de desayunar, abrí el paño de la librería y entré en el dormitorio de Joss. Levanté la sábana para poder verle. Estaba frío, naturalmente, y el rigor mortis había puesto rígido su cuerpo. Pero la expresión de su rostro seguía inalterable. La parte de atrás de su cabeza estaba intacta, por lo que la bala debía de hallarse en la cavidad craneana; pensé, con cierta satisfacción, que esa bala sería una buena ayuda para el senador.

Después volví a taparle y cogí el guión que Al Roche había dejado para que Joss lo corrigiese. Era eso lo que yo quería. No deseaba que Al entrara a buscarlo. Cerré el paño de la librería, me senté en la mesa de Joss y comencé a hojear el guión. Había una lista de correcciones cuya simplicidad me sorprendió. No pude comprender por qué se habían indignado tanto Joss y Al, a no ser que ambos tratasen de fingir que era un trabajo muy difícil para justificarse mutuamente el sueldo que percibían. Sea lo que fuese, un niño de seis años con imaginación podía haber hecho aquellas correcciones.

No quiero cansar al lector con detalles, pero la idea era arreglar una escena sola, dar a una joven una entrada distinta y pulir un poco el diálogo para que tuviese más viveza. Leí el guión hasta el final, lo que me ocupó hasta las diez y media de la mañana, y después, apenas sin darme cuenta y casi por placer, volví a escribir la escena, que debía de tener unas seis páginas a doble espacio. Comparada con el laborioso trabajo de mi libro, que había requerido una cuidadosa investigación de hechos, reunión de datos y mil cosas más, la tarea me pareció ridícula, y cuando la terminé creí haber obtenido un éxito.

Puede decirse que había tenido suerte, porque apenas me había reclinado en mi sillón, pensando que era un magnífico novelista, cuando sonó el teléfono y Al Roche dijo:

—Buenos días, doctor. ¿Qué sueños ha tenido usted? ¿Buenos o malos? Ya sabe lo que quiero decir... ¡Ja, ja! Quiero hablar con Joss.

—Llame más tarde. Joss está durmiendo, y no le quiero molestar.

Muy cautelosamente me preguntó:

—¿Cómo está?

—¡Ah! No puede estar mejor. Aún siente un poco de reacción. Anoche tuvimos aquí un poco de jaleo, y esto no era lo más indicado para él.

—¿Qué clase de jaleo?

—Disparos, asesinatos y no sé cuántas cosas más.

—¡Dios santo! —exclamó. Le oí tragar saliva—. Eso es espantoso. Pero él está bien, ¿verdad?

—Muy bien.

—Le llamaba por lo del guión —dijo Al—. No sabe, doctor, cómo me gustaría que acabase ese guión. Tenemos que filmar la escena que tiene que corregir, y no sabemos qué hacer. Si usted pudiera…

—Si usted se refiere al guión de *La Mujer Dorada*, Joss hizo algo anoche y me lo dio para que se lo entregara a usted. Me dejó una nota. Verá… —leí una nota imaginaria—: «Querido Steve: aquí tienes el guión de *La Mujer Dorada* para esa resplandeciente joya de la industria del cine, Albert Roche. Dile que lo he arreglado como él quería, y que si no le gusta que haga lo que le dé la gana…» —hice una pausa—. Dice algo más, pero no puedo leerlo porque está un poco borroso. De todas formas, el guión está terminado.

—¡Ja, ja! El bueno de Joss… Siempre bromeando. Es una buena persona, doctor. Dígale que se tome las cosas con calma y que descanse. Quiero ver a mi escritor favorito en pie de guerra lo antes posible. Y respecto a ese guión, ¿qué le parecería si viniese usted a la Mutual y comiera conmigo? Gloria tiene ensayo esta tarde para la gran emisión de radio de esta noche, y podíamos ir a presenciarlo.

—Está bien, se lo llevaré —dije—. Buenos días, Al.

—No se tome las cosas a pecho, doctor, y cuidado con las malas compañías.

—Si he quedado en comer con usted, eso será difícil.

—Bromeando otra vez. Usted y Joss… ¡Ja, ja! Bueno, una vez me dijeron que sólo nos insultaban nuestros mejores amigos o nuestros peores enemigos, y como usted no es mi peor enemigo, doctor, tiene que ser uno de mis mejores amigos.

Cuando dejé el teléfono, pensé que a lo mejor el pobre diablo decía la verdad.

Pero, ¿lo sabía? Esto era lo más importante. ¿Lo sabía? No podría decirlo.

25

El teléfono sonó de nuevo cuando yo me marchaba. Antes de contestar, tuve la impresión de que los buitres comenzaban a congregarse en torno al cadáver. Esta vez era el doctor Maximiliano Lekro, desde Swansea.

—¿El doctor Masón?

—Al habla —dije secamente.

—¿Cómo está Jocelyn?

Por un momento estuve a punto de perder la cabeza. Aquel era el hombre que sacaba a los perros de entre los muertos, el hombre que estaba esperando un experimento humano. «Ven y llévatelo —pensé decirle—. Aquí tienes un magnífico cadáver fresco, Lekro. No hace doce horas que ha muerto, y se halla en excelentes condiciones, excepto por un agujero de bala en la cabeza. Aquí tienes un muerto para resucitar, Lekro. Aquí tienes un hombre que me gustaría que volviese a vivir. Aquí tienes el Lázaro número siete, esperando que lo resuciten para decir el nombre de la persona que lo asesinó.»

—Jocelyn —dije en voz baja— se encuentra perfectamente bien.

—Escucha —murmuró Lekro—. Quiero pedirte perdón...

—¿Por qué?

—Porque te he jugado una mala pasada; pero no tuve más remedio...

—¿Qué mala pasada?

—No te preocupes —dijo exhalando un suspiro—. No te preocupes. Ya te lo contaré cuando te vea —y colgó el teléfono.

¿Por qué no le pedí que pusiese en práctica sus procedimientos con Joss Henry? Sentí un escalofrío, y después hice un instintivo movimiento con los hombros, como si tratara de librarme de una

invisible sanguijuela. Era una idea terrible; una idea horrible, pero que fascinaba. Me imaginé a Joss con el agujero azul en la cabeza, abriendo de nuevo sus ojos, un hombre muerto vivo, mientras Lekro y yo nos inclinábamos sobre él y la máquina centrífuga ponía de nuevo en circulación la sangre.

Muchas veces me pregunté qué habría sucedido entonces. Mas, en todo caso, no sucedió. Joss siguió muerto. No estaba destinado a ser el Lázaro número siete.

Este dudoso honor estaba reservado, por extraño que parezca, al mismo Max Lekro, y, ciertamente, ni él ni yo podríamos haber previsto la ocasión que hizo aquello posible.

26

Llegué a los estudios de la Mutual, contiguo a la RKO, cuando eran poco más de las doce, y el portero me dejó pasar con ademán condescendiente. Subí directamente al despacho de Al Roche, me pasaron a su Sancta Sanctorum y me encontré a Al tras una monstruosa mesa, apenas visible, dictando una carta a Emily, que estaba sentada a un lado de la mesa, de espaldas.

—Se acabó, pequeña —dijo Al—. ¡Hola, doctor! Entre y siéntese en esa butaca, junto a la alfombra de piel de oso. Es la mejor butaca del despacho. En ella solía sentarme yo antes de tener que parecer importante para los banqueros de Nueva York detrás de esa mesa. Márchate, nena —ordenó a Emily—. Ya nos veremos después.

—Está bien —repuso Emily. Se levantó, se acercó a mí y le di un beso—. ¡Hola, querido!

—¡Hola! —contesté cariñosamente.

—¡Eh! —dijo Al frunciendo el ceño—. Esas cosas están prohibidas en la oficina. No son buenas para la moral.

—¿De quién? —inquirió Emily—. ¿De la tuya? —Emily me acarició la mano—. Nos veremos después. Estoy invitada a comer con todos vosotros. ¿Sorprendido?

—Sorprendido —dije, sonriendo.

—¿Cómo está Joss? —preguntó Emily.

—Muy bien —contesté, sintiendo una punzada en el corazón—. Muy bien.

Ella pareció quedarse perpleja, y salió. Al la siguió con la mirada, con los ojos penetrantes y relucientes, como si estuviese disfrutando.

Yo me senté y dije:

—Siempre me he preguntado por qué Emily vestía tan

modestamente: cuello alto, mangas largas. Ahora estoy convencido de que es por usted.

—¿Por mí, doctor?

—Sí; por la forma en que usted la mira.

—Es una mujer inabordable, y esto la hace provocativa. Desde hace dos años trabaja conmigo: desde hace dos años voy tras ella, y no he conseguido nada. Y de pronto llega usted y ella se enamora. No quiere que la mire. Jóvenes secretarias abundan, doctor, pero ésta me trae de cabeza. Es completamente inabordable. Incluso me insulta, y yo me resigno. No sé por qué.

—No me gusta eso —observé.

—A usted no le gusta, ni a mí tampoco. Escuche, doctor. Me parece muy bien eso de ser galante, pero usted no puede impedir que un hombre la mire, incluso aunque sea su mujer, ni que un hombre piense... —esbozó una despreciable sonrisa—. Así, pues, puedo soñar, ¿no es cierto? ¿Dónde está el guión de Joss?

Sentí deseos de darle un buen puñetazo, mas no lo hice. «No más incidentes —pensé—. No más incidentes, por el amor de Dios.» Y le di el guión.

—Siéntese cómodamente. Tenga un cigarrillo, de mi marca personal; me los hacen para mí. Son unos cigarrillos muy caros, doctor. No bromeo. Pruebe uno.

Probé uno de sus cigarrillos de boquilla de oro, mientras él leía el guión, con el ceño fruncido, gruñendo y asistiendo a medida que leía. El cigarrillo especial y de boquilla dorada no era tan bueno como un Chesterfield, que son los que habitualmente fumo. Lo dejé después de unas cuantas chupadas, bastante ostensiblemente, pero él no se enteró de nada; seguía leyendo el guión. Cuando lo terminó, lo dejó en la mesa y llamó al timbre. Emily entró.

—Aquí está el guión de *La Mujer Dorada*. Mándalo al departamento jurídico, haz las copias y tenlo preparado.

—Perfectamente —murmuró Emily, y desapareció de nuevo.

—¿Está bien? —pregunté.

Al Roche cogió uno de sus supercigarrillos y lo encendió con una extraña expresión en los ojos.

—Está perfecto. Entiéndame: perfecto. Y sé de sobra que no lo ha hecho Joss. ¿Lo hizo usted?

Yo me reí como si aquello fuera una broma graciosa.

—Escúcheme, Al —dije—. Usted ha estado viendo cosas tan mediocres de Joss que no le cree capaz de nada bueno. En Nueva York era uno de los mejores escritores que he leído. Sin embargo, para escribir tiene que encolerizarse. Los buenos escritores tienen sentimientos violentos. Era un rebelde. Había nacido para escribir bien cuando se encolerizase.

—Eso parece un obituario —murmuró Al—. De modo que se encolerizó y rehízo todo lo hecho con palabras que no sabría deletrear.

—Ahora el que bromea es usted.

—¿Eso es obra suya, doctor?

—No, lo hizo Joss. Estaba furioso con usted. Me dijo que quería escribir una magnífica escena, y que cuando usted la leyese le comunicaría que se podía quedar con su sueldo semanal de dos mil dólares y le considerase dimitido.

Al Roche no pareció sorprenderse.

—¿Ha dimitido?

—Ha terminado con usted, con la Mutual y con las películas.

—Si usted escribió esta escena, podía darle trabajo aquí, doctor. Hizo usted un buen trabajo con su libro. Estaba pensando trasladarlo al cine. ¿Le gustaría trabajar en el guión de su libro?

Naturalmente, aquello era extraordinariamente fascinador.

—No, gracias, Al.

—Le pagaré…

—No, gracias, Al.

—Es usted el hombre más testarudo… Bueno, dejémoslo —me miró fijamente y dio una chupada a su cigarrillo—. No le soy simpático, ¿verdad?

—No.

—Tampoco le es simpático Hollywood, ¿verdad?

—No.

—Es usted un fatuo, uno de esos intelectuales que se creen tan cultos que cualquier hombre que ha subido de la nada es para ellos un estúpido.

—Se equivoca. En primer lugar, no me es usted simpático, porque encarna todo lo que a mí me disgusta. Usted es el engaño y la agresividad. Usted es la idolatría, el egotismo y la complacencia; la corrupción, el vicio y la avaricia. Usted desprecia todos los

valores espirituales y morales. Mientras existan hombres como usted, habrá crímenes, infelicidad y guerra. No tengo nada que decir contra Hollywood. Es algo que progresa y tiene los dolores del crecimiento. Hay aquí mucha gente mala y mucha más gente buena. Yo me he encontrado con la mala. Me he encontrado con las personas como usted, que han mentido, engañado y se han abierto camino a costa del talento ajeno. Por eso no me es usted simpático, Al. ¿Vamos a comer?

—Es usted un hombre extraño —proclamó Al moviendo la cabeza—. Me aborrece como un caballero, ¿eh? Y a mí me es usted simpático. No me lo explico.

—Quizá siempre haya deseado usted ser médico. Tal vez siempre haya deseado tener un poco de pelo gris en la cabeza. Acaso siempre haya deseado ser soltero. Quizá yo sólo sea su otra personalidad frustrada. Y por eso le soy simpático.

—Tal vez —dijo Al, seriamente—. Quizá no sea esa una suposición descabellada, doctor.

—Hablemos de otra cosa.

—Hablemos de la leprosería de Quantapeck.

Yo enarqué las cejas, me humedecí los labios y no dije nada, esperando que él prosiguiese.

—Sé que fue usted allí. Mandé a Lekro que lo siguiera.

—Ya me di cuenta.

—¡Qué va a darse usted cuenta!

—Un Ford amarillo, modelo mil novecientos treinta y nueve. Fue muy torpe. Lekro es un médico, no un detective, Al...

—No tenía a nadie más. Shuttle ha muerto... ¿Por qué fue allí?

—Eso no le importa nada.

—Ya lo sé. Pero, ¿por qué fue?

—Tenía que matar el tiempo, y el doctor Emil Sanzten es un antiguo amigo mío.

—¿Por ninguna otra razón?

—Por ninguna otra.

Al Roche me señaló con su cigarrillo.

—Pero usted averiguó algo.

—Averigüé que Max Lekro ha hecho maravillosas curas de la lepra por medio de ungüentos. Todavía no ha pasado el tiempo suficiente para ver si son curas definitivas. Si fuese así, habría

hecho algo maravilloso. Usted no puede apreciar lo que habría hecho con millones de leprosos que viven sin esperanza en este mundo, desde Noruega y Suecia a Nueva York, San Francisco, Hawai y la India. Por todas partes.

—¿No averiguó nada más?

—¿Qué otra cosa podría haber averiguado?

—No lo sé. Se lo preguntaba sencillamente... Vamos a comer —llamó a Emily.

Esta entró y bajamos todos juntos. Utilizamos el Cadillac de Joss y nos dirigimos a Vine Street, a la taberna de Al Lewy, situada frente al Derby. No fue un trayecto largo. En Vine, Columbia estaba filmando una escena en la que Gary Grant trataba de cruzar la calle cargado de paquetes. Para la escena utilizaba el tráfico ordinario, por lo menos trataban de servirse de él, porque la cosa no salía bien. Demasiados coches se detenían para ver a Gary Grant. Tenía un color muy bronceado, y parecía satisfecho. Al reconoció a uno de los directores de Columbia, Roscoe Sterling.

—¡Hola, Roscoe! —dijo—. ¿Qué diablos estáis haciendo?

—Una escena corta. Grant va al Derby. Está casado con Irene Dunne; recién casados, y llega tarde a buscarla, por haber tenido que comprar todos esos paquetes...

—No me cuentes ese trillado argumento. Lo hicimos en la Mutual hace tres años. ¿Por qué filmáis esta escena en la calle?

—Porque tiene que salir la fachada del Derby.

—Superpón la escena.

—No puedo. Tiene que entrar en el Derby.

—Filma la superposición y corta en el momento en que entrase en cualquier puerta.

—No hacemos así las cosas en Columbia, Al.

—¡Vete al diablo, Roscoe! Haz las cosas como quieras y gasta tiempo y dinero. El público no lo aprecia.

—No estoy de acuerdo contigo.

Dejamos a los cineastas y entramos en el restaurante. Los camareros saludaron a Al Roche y nos indicaron una mesa en forma de media luna incrustada en la pared. Nos sentamos. Unos minutos después entraron Paul Shannon y Harvey Kane acompañando a

Gloria. Esta tenía un aspecto muy elegante, con unos pantalones grises y un jersey amarillo.

—Amigos, he estado trabajando como una negra —informó Gloria—. Esto de la radio me inspira un miedo cerval. No se puede una equivocar ante el micrófono, porque los ingenieros de sonido ponen en seguida mala cara. No creo que esta noche quede bien. De tanto preocuparme estoy perdiendo peso.

—Eso no te hará daño, querida —dijo Al—. Camarero, tráigame un teléfono —añadió.

Todo el mundo se volvió a mirarle, y la gente dijo entonces: «Sí, ese es Al Roche, el gran productor». Al llamó a Max Lekro, pero no obtuvo respuesta. Después empezamos a comer. Louise Stafford entró y se acercó a nosotros, pero Al dijo:

—No, querida, no. Puedes marcharte.

Louise Stafford parecía dolorida. No obstante, nos sonrió y se marchó.

—Has sido muy grosero —dijo Emily severamente.

—Salió anoche con un desgraciado extra de la Twenty Century Fox —replicó Al—. Me ha estado engañando. Ella dice que era su primo. ¡Sí, sí!

La comida prosiguió monótona. Finalmente conseguí hablar con Emily.

—Tengo que marchar a Nueva York el lunes por la mañana. ¿Quieres venir conmigo, Emily?

Ella asintió, y sus ojos se enternecieron un poco.

—¿Y tu padre?

—Ya está arreglado. Te lo diré después.

Sé bueno v no me beses.

—Soy muy feliz —murmuré—. Es la primera vez que soy verdaderamente feliz desde que llegué aquí. Haré todo lo que pueda por ti, Emily.

Ella me acarició la mano.

Después de comer, todos nos dirigimos a la estación de radio de la Harvester Broadcast Chain. Gloria había firmado un contrato por diez semanas para hacer escenas teatrales en un programa de media hora para la mantequilla *Dextro*. Era una cosa parecida al Lux

Theater, donde Cecil B. De Mille ocupaba el trono, con la excepción de que Gloria anunciaba lo que se iba a representar y su propio papel, y el locutor, un hombre grueso y jovial, con una voz profunda, que se llamaba George Jellicoe, se encargaba de la parte comercial y de la orquesta. Esta comenzó a tocar. Asistimos a dos ensayos de media hora ante el micrófono cerrado, y después el locutor anunció que iba a presentar a América, por primera vez, a la joven y gran artista americana Gloria Gerald. Esta hizo muecas cada vez que el locutor le dedicaba alguna alabanza. Al escuchaba con los ojos levantados hacia el cielo. Era divertido, bastante divertido. Después, Gloria se acercó al micrófono, y con una voz gutural que nunca usaba en la conversación corriente anunció su obra. La música comenzó a tocar, el invisible telón se levantó y empezó la función. Gloria lo hizo muy bien. Paul Shannon representaba el papel masculino. Era su última actuación antes de ingresar en el Ejército al día siguiente. El primer ensayo fue malo; el segundo, excelente.

Al terminar éste, Al llevó aparte al locutor Jellicoe.

—Escuche, amigo mío. Cuando llegue el momento de decir «La señorita Gerald aparece en el programa de la mantequilla *Dextro* por cortesía de Albert Roche», no baje la voz al pronunciar mi nombre. Levántela entonces. ¡Qué diablos! Yo soy quien la ha contratado, ¿verdad? Pues levante la voz, y que lo oiga toda América.

—¿Quiere que grite, señor Roche?—preguntó Jellicoe sonriendo.

—No se haga el gracioso —respondió Al, colérico—. Haga lo que le digo, porque de lo contrario se encontrará en alguna ciudad de provincias anunciando el estado de las cosechas. Tengo muchas amistades en la N P C y en la Harvester.

—De modo que tiene usted muchas amistadas, ¿eh? ¡Magnífico! Desde luego, tendré mucho cuidado y pronunciaré su nombre correctamente, señor Roche —me miró y me hizo un guiño.

—Este tipo es un descarado —murmuró Al, y dio media vuelta.

—No comprendo quién es usted —dije secamente—. Por su cara parece un pobre cándido.

Jellicoe dio media vuelta, riéndose y moviendo la cabeza.

Cuando terminaron los ensayos llevé a Al y a Emily al estudio. Los demás fueron en sus coches. Deseaba desesperadamente estar unos momentos a solas con Emily, pero Al, deliberadamente, se unió a nosotros y no tuve ocasión. Así, pues, me despedí y regresé a Encino.

La casa no estaba desierta. Me encontré con dos nuevos jardineros. Les pregunté quiénes eran y qué estaban haciendo allí. Me enseñaron unas placas y me dijeron que entrara en la casa. Así lo hice, v me encontré con el senador de Massachusetts.

—¡Hola, doctor! —dijo—. Supongo que no le molestará que me haya metido aquí. Me ha parecido una buena idea poner aquí a dos hombres de guardia, y también me he traído al coroner para que haga la autopsia. Ha extraído la bala, y se la ha llevado para que la examinen los peritos. Esta noche sacaremos el cadáver, cuando usted se haya marchado a la fiesta.

—Está bien —repuse.

—Parece usted muy alegre.

—Emily se va a casar conmigo —dije—. Me lo dijo a la hora de la comida. ¿Dónde se puede casar uno rápidamente?

—Todos suelen ir a Yuma, Arizona —informó el senador—. Muy romántico. Después, siempre podrá decir que ha sido un rapto.

—No se rapta a nadie a mi edad.

—Vamos, pruébelo. En fin, enhorabuena, doctor. Espero que sea usted muy feliz. Esta mañana he ido a ver a su padre. He estado hablando con John Wheaton.

—¿Por qué? —pregunté receloso.

—Porque un hombre ciego parece vivir por instinto, y algunas veces aciertan más que nosotros.

—¿Le contó usted los hechos?

—Le conté los hechos, le dejé reflexionar y después le pregunté su opinión.

—¿Qué dijo?

—Que lo importante era la carta y Lekro.

—No lo comprendo.

—La carta que recibió Joss. Wheaton no puede creer que Joss se callase después de haber estado a punto de morir envenenado. Hasta entonces, siendo poco escrupuloso, Joss había cometido el chantaje valiéndose de lo que sabía. Pero después de haber estado a

punto de morir, Wheaton opina que la única razón que podía impedir hablar a Joss tenía que ser el estar complicado en alguna desgracia o en algo del embrollo.

—¿Y Lekro?

—Maximiliano Lekro —dijo Dan Webster— sabe la verdad. «Y la verdad liberará a uno.» Indudablemente ese buen libro sabía lo que se decía.

—Wheaton ha hecho unas suposiciones acertadas.

—Sí, señor.

—Pero no ha adivinado quién es el asesino.

—No, señor.

—De modo que estamos en el mismo sitio que antes. Yo también podía haberte dicho lo mismo, y no estoy ciego.

—Es verdad, pero tú no podías haberme dicho que Emily no estaba en su casa cuando telefoneó anoche, poco antes de ser asesinado Joss. Llevó a Paul Shannon a la ciudad y no regresó a su casa hasta la una de la madrugada.

Me levanté nervioso y comencé a pasear.

—Por el amor de Dios, senador, no digas nada más. Tengo los nervios de punta. Estoy confuso. Pero me jugaría la vida a una cosa: a que Emily no ha matado a nadie.

—Estás jugándote la vida. Realmente, estás jugándote la vida esta noche. Lo mejor es que descanses un poco. Nos veremos después. Yo me quedo ahí.

Subí a mi cuarto, me tomé dos aspirinas y me eché a dormir. Atea me despertó a las seis y media. Me afeité, me duché y me puse un smoking blanco. Después bajé a buscar el coche. No había un alma por ninguna parte, y, sin embargo, tuve la sensación de que me vigilaban. Me dirigí a recoger a Emily. Tenía el desagradable presentimiento de estar corriendo la última milla, y no podía hacer nada ni pensar nada para borrar aquella desagradable sensación. La fiesta ya había comenzado.

27

Nunca había encontrado a Emily tan bella, y parecía feliz. Vestía un traje de noche blanco con bolsillo encarnado, y sobre sus hombros llevaba un chal también encarnado. El pelo le caía hasta los hombros, y su rostro tenía un brillo que armonizaba con el fulgor de sus ojos.

—Por fin solos —murmuró—. Steve, soy feliz... ¡Y pensar que esta noche hace seis días que pasaste a toda velocidad por esta carretera y recogiste a una dama en apuros!

—Y esta dama me dio un beso —dije.

—Tú me lo pediste. Dijiste que no te había besado una muchacha blanca desde hacía muchos años.

—Estabas divina entonces. Parecías una mujer bajada del cielo. No parecías real, con el pelo brillante por la luz de las estrellas. Y esta noche no me das la sensación de ser de este mundo.

—Esta noche es mejor. Aquella noche tenías una cita con otra mujer. Esta noche tienes una cita conmigo, y te quiero.

Detuve el coche, la besé y encontré sus ojos un poco húmedos.

—¿Estás llorando?

—No he llorado en mi vida. No soy de las mujeres que lloran. Esto siempre le ha preocupado a mi padre. Dice que el no llorar no es femenino —me volvió a besar—. Sigue, Steve.

—Debo de estar manchado de carmín, ¿verdad?

—No. Uso un carmín líquido que no mancha.

Volvimos a reanudar la marcha.

—¿Nos escapamos a Yuma mañana?

—¿Mañana?

—Sí. No quiero que nos casemos y vayamos a Nueva York en avión. Podemos ir mañana a Yuma, y después... Bueno, no sé, quizá

a Albuquerque. Conozco un hotel muy bueno en Albuquerque, y allí podemos tomar por la mañana el avión de Nueva York.

—La luna de miel en Albuquerque… —reflexionó—. Muy bien, Steve. Vayamos a Yuma.

—Yo me ocuparé de todo. ¿Quieres una dama de honor? Así se llaman, ¿verdad?

—No, no, sólo nosotros dos, Steve. El piloto puede ser un testigo, y la mujer del pastor otro. Sólo nosotros dos. No quiero que nadie nos estropee la fiesta.

—Tú has hablado. ¿Y tu padre?

Ella me acarició la mano.

—¡Pobre Steve! Ya tienes bastantes responsabilidades. Pero mi padre no lo será. Me dijo que tenía suficiente dinero para vivir desahogadamente con su pensión. Me preocupaba quién le cuidaría, pero él ya había pensado en ello. En Glandale vive una buena mujer, viuda, que venía a hacer la limpieza a casa una o dos veces por semana. Mi padre le ha ofrecido una casa y un pequeño salario si ella se hacía cargo de todo, y aceptó.

—Entonces, todo está arreglado. Este matrimonio lo ha hecho el cielo.

—Así lo espero —subrayó. Se estremeció ligeramente—. Así lo espero, Steve, pero estoy un poco asustada. No de ti, no de ser tu mujer. A ti te quiero. Te querré siempre. Me asusta esta noche. No soy supersticiosa, pero tengo un presentimiento desde…

—Olvida tus presentimientos.

—¿Cómo está Joss?

—Muy bien, muy bien —mentí con tono poco convincente.

—Estoy segura de que algo sucede con Joss. Te noto algo extraño cuando se habla de él.

La miré, y después dije:

—A ti no puedo mentirte. Joss está muerto. Le dispararon anoche un tiro en la cabeza, poco después de haber telefoneado tú. Pero nadie lo sabe —Emily palideció y se quedó con la boca abierta —. No lo digas a nadie, querida. El juego casi ha terminado. Espero que acabe esta noche. Parece que ha de acabar esta noche. Tiene que acabar esta noche. No digas nada a nadie, ayúdanos a mantener el engaño fingiendo saber que se encuentra perfectamente bien.

—¡Dios santo, Steve! —exclamó Emily—. Joss… Es difícil

creerlo...

—Serénate.

—Sí, trataré de serenarme. Haré lo que pueda. Estaba segura de que sucedería algo malo, pero ahora siento que me lo hayas dicho.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. No te preocupes.

Las luces de Hollywood iluminaban el cielo delante de nosotros. Nos dirigimos hacia Cold Water Canyon, donde estaba la casa de Gloria; entramos en su finca. Detuve el coche, bajé de él y ayudé a bajar a Emily. Dentro de la casa había una radio funcionando a la máxima potencia. Las luces del pórtico estaban encendidas y daban a la blanca fachada un aspecto digno y majestuoso. Al subir los escalones hacia la puerta, oí un movimiento detrás de mí. Volví la cabeza y miré:

El siniestro danés negro, acurrucado en la calzada con la cabeza sobre las patas, me miraba fría y silenciosamente. Parecía un pájaro de mal agüero. Y yo, interiormente, lamenté que Lekro no hubiese podido utilizar aquel animal para sus experimentos de resurrección. Acto seguido entramos en la casa.

28

Gloria no salió a recibirnos. Era una anfitriona *in absentia* pero Albert Roche, en un nuevo papel, el de señor, presidía en su lugar. El señor Roche, como habría podido leer a la mañana siguiente en el *Times* de Los Angeles o en el *Herald Express*, o en el *Examiner*, o en el *Citizen*, vestía una chaqueta de color borgoña, con una corbata de lazo del mismo color, y parecía un hombre de mundo.

—Buenas noches, querida. Buenas noches, doctor —dijo Al con los talones juntos e inclinándose ligeramente—. Bienvenidos a esta casa. Gloria está actuando en la radio. ¿Nos reunimos con los demás para oírla?

Creí por un momento que se había vuelto un poco loco, hasta que cogió a Emily por el brazo, casi por la axila, y trató de tocarle el pecho con la mano. Le aparté a un lado y dije:

—No deje que ese disfraz se le suba a la cabeza, Al. Fácilmente puede usted despeinarse y volver a ser un vagabundo. No procure tanto ser aristócrata.

—Está bien, está bien —murmuró Al complaciente—. Perdóneme, doctor. Esta noche soy un hombre intachable. El hábito hace al monje.

Emily subió a arreglarse un poco. Al cogió mi sombrero y lo guardó en un armario.

—¿Verdad que estoy elegante? —preguntó—. ¿Verdad que parezco salido de un grabado del *Esquire*? ¿Verdad que es bonito mi traje? Tampoco está usted mal de blanco, con ese color bronceado que cogió usted al este de Suez, donde los mejores son como los peores, donde no existen los Diez Mandamientos y uno siempre tiene sed. ¡Ah! Louise, querida Louise, ven a saludar al doctor Masón. ¿Verdad que está preciosa?

Louise Stafford, con un traje de noche de color escarlata muy escotado y que hacía resaltar su figura más que provocativamente, se acercó a nosotros y me estrechó la mano.

—Está usted magnífico esta noche, doctor.

—¿Y yo no estoy magnífico, querida —increpó Al.

—Tú estás precioso —recalcó Louise.

—Hemos hecho las paces —dijo Al con los ojos brillantes—. Con ese vestido, pregunto yo, ¿podría resistirse un caballero?

—No sé. Yo creo que ni hasta uno que no fuese caballero.

—¡Por el amor de Dios, doctor, no bromee esta noche! —replicó Al rápidamente—. Seamos todos amigos. Me siento muy esotérico.

—Estético —corrigió Harvey Kane.

—Explícanos el significado de esas palabras.

Y Harvey Kane dijo como un loro:

—Esotérico: oculto, reservado, destinado a ser comprendido sólo por los especialmente iniciados. Lo opuesto extérico. Sinónimo: recóndito.

—Eso es Emily —declaró Al soñadoramente—. Para pocos. Para uno, en realidad. Pero ese no soy yo. Quizá lo que quería decir es estético. ¿Qué significa estético, Harvey?

Harvey Kane evitó mis ojos, sintiéndose ridículo. Aunque había oído hablar de él como de una enciclopedia andante, no le había visto nunca actuando, y, evidentemente, por aquello era por lo que le pagaban Al Roche y La Mutual Films.

—Estético significa perteneciente o relativo a la perfección o apreciación de la belleza. Significa apreciar lo bello en el arte o en la naturaleza. Es tener gusto.

—¡Válgame Dios! —exclamó Al Roche—. Esta noche no uso las palabras apropiadas. A mí me importa muy poco la naturaleza. En cambio, fíjense en Emily o en Louise. Esta es la belleza que a mí me gusta.

—Usted busca la palabra «estesiomanía», Al —dije bruscamente. Entonces bajó Emily, entramos en la salita donde estaba la radio y nos sentamos en el diván.

Harvey continuó cumpliendo con su deber ante la insistencia de Al, y me sorprendió un poco que pudiese explicar las palabras con tanta facilidad.

—«Estesiomanía» significa locura acompañada de alucinaciones

sensoriales.

Al entró poco después en la salita y me amenazó con el dedo.

—No discuta conmigo esta noche, doctor. No me haga enfadar, ¿me entiende? Seamos amigos. No soy tonto, y usted lo sabe.

—Estás bien, Al —dije con una débil sonrisa—. Perdóneme, mi buen amigo, pero no se ponga detrás de mí con un cuchillo.

Al sonrió.

—¿Ven ustedes? —dijo—. Le soy simpático. Denle algo de beber. Por el amor de Dios, den algo de beber al doctor. Este es el inconveniente que tiene; está demasiado sereno —entonces se dio cuenta de que hablaba a gritos. Se volvió hacia Emily y dijo amablemente—: Y tú, querida, ¿no quieres que te traiga una deliciosa copa de agua de fuego?

—Tomaré un *Zombie*.

—Dos *Zombis* —gritó Al—. Tres *Zombis*. Uno para mí. Estoy demasiado sereno. ¿Escucha alguien la radio y a nuestra joven y encantadora anfitriona, a quien está oyendo toda América por la red de emisoras de la National Broadcasting Company?

Todos tratábamos de escuchar pero Al hablaba demasiado. La función se desarrollaba muy bien y Gloria y Paul sonaban muy bien por la radio. Entre paréntesis, diré que entre los que contribuían a la trivial conversación que se desarrollaba en la salita estaban: Tony Zaparo, Sammy Carnes y la pequeña rubia Shirley Adams. William Post, el mayordomo de las películas, estaba allí con una pelirroja, la señorita Green, y George Allison, del Chronicle, estaba también acompañado de una mujer gruesa y ordinaria que resultó ser su mujer y que escribía los «Ecos de Sociedad» de su periódico. Era una mujer cargada de joyas falsas, con dedos cortos y gruesos y rolliza cintura. Probablemente en su juventud había sido atractiva, pero sin duda era una glotona. Despedía un pesado olor a sudor, a pesar de su perfume, porque, como las rusas de otra época, creía que era mejor matar un olor con otro que tomarse la molestia de lavarse. Iba demasiado pintada, su risa era grosera, y pronunciaba todas las sílabas como una condesa. Su conversación siempre era la misma: «Estaba hablando con Hedda Hopper...» «Y Bárbara (Bárbara Stanwyck, ¿sabe?), me dijo...» «¿Sabe usted?, Robert

Taylor…» «¿Es usted nuevo en nuestra ciudad, doctor? Entonces tiene usted que venir a verme. Rosalind siempre dice que todo recién llegado a Hollywood debe venir a verme primero. Rosalind Russell es muy buena amiga mía.»

Muy buena amiga… ¡Sí, sí! Tuve la completa convicción de que mentía, y que todas las buenas personas que ella mencionaba no eran «sus queridas amigas» en modo alguno, y que sólo las conocía por haberlas saludado una o dos veces en las reuniones a las que asistía para enterarse de cosas de la vida particular de los asistentes y después publicarlas en el periódico. Tiempo después, en Nueva York, conocí a Rosalind Russell, quien confirmó mi impresión. Rosalind ni siquiera recordaba el nombre de aquella mujer.

A eso de las ocho, cuando hacía tiempo que el programa de radio había terminado, oímos un coche, y Gloria Gerald y Paul Shannon, acompañados de los dos escritores de canciones, Félix y Young, y del doctor Max Lekro, entraron en la casa como unos héroes. Por aquel entonces ya me había tomado dos *Zombis*, y como es una bebida fuerte, no contemplaba la reunión con el ojo crítico acostumbrado. Dejé de beber y me tomé las cosas con calma.

Al dio un sonoro beso a Gloria, y dijo:

—Querida, has estado magnífica. Te hemos escuchado como corderos; se habría oído volar una mosca. Ha sido colosal, maravilloso, emocionante, y debería subirte el sueldo, pero no te lo subiré.

Y tú también, Paul, has estado magnífico, muchacho; como nunca te había oído; y todas mis enseñanzas van a desperdiciarse en el ejército, por lo que lloraré todas las noches pensando en ti… Max, por el amor de Dios, ¿por qué vistes como un tendero de ultramarinos?

Todo el mundo felicitó a Gloria, que vestía un elegante traje de noche sin tirantes.

Esta era la fiesta, y durante un rato resultó agradable y divertida. Nos sirvieron bien de comer y de beber, y bailamos y hablamos plácidamente. Nadie dijo cosas molestas ni se emborrachó demasiado. Me encontré bailando en una ocasión con Gloria, y me preguntó:

—¿Qué me cuentas de nuevo?

—Quiero darte una noticia —dije—. Emily y yo nos casamos mañana. Nos vamos en avión a Yuma.

—¿Cuándo?

—No queremos decirlo. Nuestra boda será en privado. No queremos que Al flete una fortaleza volante y se empeñe en ceremonia por lo grande y hacer publicidad para la Mutual.

—Entonces, ¿he perdido?

—Tú nunca has querido ganar.

—Quizá tengas razón. De todas formas, enhorabuena, Steve —se puso de puntillas y me dio un beso—. Este es mi adiós; un beso de despedida. Soy una mujer despreciada... —entonces vio a Emily, que nos miraba—. No, querida, esto ha sido para desearle suerte. No estoy tratando de arrebatártelo. Acaba de darme la noticia.

No quería que los presentes se enterasen, pero a los pocos momentos todo el mundo lo sabía, y hubo una serie de palmadas en la espalda, felicitaciones y más brindis. A eso de la una de la madrugada, la fiesta empezó a degenerar. Al parecía de mal humor. Tony Zaparo había intentado disputar con George Allison, pero sintió náuseas en medio de su ferocidad, y esto le quitó toda gana de pelea.

—Lo mejor será que tomemos la cena fría antes de que todo el mundo pierda la cabeza —dijo Gloria—. Llévalos al comedor, ¿quieres, Steve?

A la una y media habíamos terminado, y yo estaba un poco desconcertado, porque nadie me había preguntado por Joss. La esperanza de Daniel Webster se estaba desvaneciendo, y comprendí que pronto tendría que sacar a relucir este tema. Súbitamente me di cuenta de que Max Lekro no estaba en la mesa, y me pregunté qué habría sido de él.

—Tengo una sorpresa para todos —proclamó Gloria—: el mayor pastel que habéis visto en vuestra vida. La casa *Dextro* me lo ha mandado para celebrar la transmisión de esta noche. Que todo el mundo se siente, porque voy a traerlo. ¿De acuerdo, amigos?

—De acuerdo —gritó todo el mundo. Y Gloria salió.

El doctor Lekro apareció en la puerta del comedor. Me levanté y me dirigí hacia él.

—¿Qué te ha pasado? —pregunté.

—Me he mareado un poco —contestó— y me he ido a dormir. Por lo visto, me he quedado sin comer —sonrió abiertamente y añadió—: Gracias por tu interés, Masón.

—Bueno, siéntate en mi silla —dije—. Hemos llegado a los postres, pero estoy seguro de que podemos encontrar algo más sustancial para ti —le hice sentar en mi silla, por lo que la mesa quedó completa, y me fui a sentar en el brazo del silloncito de Emily, a quien acaricié la mano, diciéndole que estaba preciosa.

Entonces, las luces se apagaron súbitamente.

Todo el mundo se alborotó y comenzó a dar gritos. A Al se le oyó exclamar: «¿Dónde estaba Moisés cuando las luces se apagaron?» Después, Louise Stafford dijo: «¡Au, Al no me hagas cosquillas!»

Esperamos un minuto largo en la oscuridad. Todo el mundo hablaba hasta que Gloria entró por la puerta de la cocina con el pastel. Alrededor de éste había velas, y en el centro, una grande. Era un pastel grande y blanco, tenía un aspecto delicioso. Gloria lo dejó en medio de la mesa.

—¿Verdad que valía la pena esperar? —preguntó.

—Es magnífico —dijo Al—. Pero, ¿puedo encender las luces antes de que esta dama me quite los pantalones?

Los gritos se reprodujeron y Al encendió la luz. Las carcajadas y las bromas continuaron, mas a los pocos segundos todos fueron enmudeciendo. Uno tras otro, los invitados permanecieron silenciosos, hasta que finalmente el infatigable Roche se calló también.

Entonces se oyeron dos gritos. Gloria lanzó el primero, un grito horrible, gutural, que me puso los pelos de punta. La señora Allison lanzó el segundo, una especie de aullido ronco de horror, al mismo tiempo que se desmayaba, cayendo al suelo. Nadie la levantó. Nadie se movió.

En mi silla, con un cuchillo clavado en el pecho, estaba sentado el doctor Maximiliano Lekro. Tenía la cabeza caída hacia adelante, y la sangre corría por su pechera almidonada, en donde los botones verdes parecían ojos brillantes en un mar escarlata.

29

No estaba muerto. Me di cuenta al instante, cuando corrí a su lado y le tomé el pulso. Este era débil, y no pude explicar que aún latiera, porque, evidentemente, el cuchillo le había atravesado el corazón. Recuerdo que di órdenes a gritos en actitud descompuesta, aunque todo esto es un confuso recuerdo para mí, ya que estaba terriblemente nervioso, porque todo el mundo chillaba, gritaba y corría hacia las puertas, huyendo de la mesa. Emily conservó su sangre fría. Ella fue la que condujo el coche.

Llevé a Lekro en mis brazos. Le quité el cuchillo. Tenía que quitárselo, y, sin embargo, sentí miedo. Esta vez tuve sentido común, porque le quité el cuchillo con una servilleta para no borrar las huellas digitales, si es que había alguna. Me guardé el cuchillo en el bolsillo y apreté la servilleta sobre la herida, para contener la hemorragia. Después le cogí y lo llevé al coche, siguiendo a Emily.

—¿A los Cerros del Líbano? —preguntó ella.

—Y a toda velocidad.

De pronto apareció el senador de Massachusetts.

—¡Dios santo, doctor! ¿Qué ha sucedido?

—¿Tú aquí?

—Tengo hombres por toda la casa.

—Alguien ha apuñalado a Lekro. No despaches a tus hombres. Aún vive. Intentaré salvarle. Ya nos veremos después.

Emily arrancó con el coche. No quitó la mano de la bocina, v bajamos por el bulevar de Beverly a setenta y cinco millas por hora. La ciudad parecía desierta. Beverly Hills y Hollywood, a eso de media noche son ciudades muertas. Cuando llegamos al bulevar de Hollywood, estuvimos varias veces a punto de sufrir un accidente. Aquel viaje fue el más peligroso que llegué a hacer en coche, pero

no sentí miedo. Mis manos se humedecieron con la sangre de Lekro, que manaba por su herida. Mi chaqueta blanca estaba hecha una calamidad. Cuando llegamos al hospital de los Cedros del Líbano dirigí a Emily a la entrada de urgencia. Hizo gemir los neumáticos al detener el coche delante de la puerta, y después se desmayó. Cogí a Lekro y entré en el hospital.

—¿Está muerto? —preguntaron los internos.

—No, aún vive —dije—. ¿Está aquí el doctor Gregory?

—Arriba.

—Díganle que venga a ayudarme. Dense prisa. Enfermera, analice su sangre y prepare una transfusión. Usted —añadí dirigiéndome a otra enfermera—, prepare su instrumental rápidamente. No se puede perder ni un segundo. Interno, prepárese para la operación. Desnúdelo de cintura para arriba. Vuelvo en un segundo.

Me puse un gorro, una bata, una máscara y me lavé para esterilizarme. Entró una enfermera y me puso los guantes.

—No tiene derecho a operar en este hospital —dijo severamente —. No pertenece a su cuerpo médico.

—Gracias —murmuré—. ¿Quiere que me cruce de brazos?

—Naturalmente que no. Se lo digo sólo para recordarle las ordenanzas del hospital. Para eso soy superintendente.

—Buena chica. ¿Me ayudará?

—Sí, señor. ¿Su nombre?

—Doctor Steve Masón. Instituto Rockefeller. ¿Y el suyo?

—Sarah Blake. Ya está usted listo.

El doctor Gregory había bajado. Se hizo cargo de la situación con una prolongada e inteligente mirada.

—No existe ninguna probabilidad de éxito, pero hay que intentarlo. Ya puede poner manos a la obra, doctor. Voy a prepararlo.

Y así, al cabo de unos veinte minutos de haber recibido la puñalada en el pecho, Max Lekro yacía en la mesa de operaciones. Estaba inconsciente por la pérdida de sangre. Esta ya había sido clasificada. Cuando entré en el quirófano, todo estaba preparado. Junto a la mesa estaban la señorita Blake y otra enfermera, la señorita Woody, una joven escocesa de manos competentes.

Por regla general, yo no habría aburrido a nadie con los detalles

de una operación, pero aquélla fue tan extraordinaria que vale la pena que la relate. Primero hice una incisión en forma de U en la parte izquierda del pecho de Lekro, formando una especie de faldilla de piel, que levantamos con un retractor. En este momento entró para ayudar el doctor Gregory, limpiando a la vez que manejaba un retractor y la enfermera otro. Haciendo caso omiso de la hemorragia de los pequeños vasos, cortamos y después procedimos inmediatamente a resecar la tercera y cuarta costilla, para poder llegar a la cavidad del pecho y hacer el trabajo principal. De otra manera no podíamos llegar al corazón.

El cuchillo había penetrado entre la quinta y sexta costilla, alcanzando la parte baja izquierda del corazón. Con la faldilla de piel v la aponeurosis retraídos y los vasos sanguíneos ligados, quedó aislado el pericardio con gasas humedecidas en una cálida solución salina. La colaboración fue notable, porque las enfermeras casi anticipaban mis peticiones, como deben hacerlo las buenas enfermeras. Abrí el pericardio longitudinalmente, cogí los bordes y lo abrí con cuidado. Al llegar a este punto se hizo necesario limpiar los coágulos en torno de la herida del corazón, para hacer a éste visible.

Todo esto eran preliminares: sólo el camino para la obra verdadera y delicada. Su respiración no era muy buena, pero se mantenía, y podía ver, por las pulsaciones de su corazón, que tenía ante mis ojos, que aún vivía. Es extraño y aterrador ver latir el corazón de un hombre. Sin embargo, era aún más extraño tenerlo en mi mano y sentir la vida en él, esa vida que yo trataba desesperadamente de salvar.

Cogí el corazón le Lekro con la mano izquierda, metiendo mis dos primeros dedos debajo y el pulgar sobre él, y con cuidado lo saqué de su cavidad para poder trabajar en él. Latía desordenadamente, y me produjo una sensación que confío en no volver a experimentar nunca. Con los dedos apreté los bordes de la herida, conteniendo considerablemente la hemorragia. Al mismo tiempo, dije:

—Señorita Blake. Sutura número uno en una pequeña aguja redonda.

Con el mayor cuidado cosí la pequeña herida del corazón, trabajando con rapidez, pero también con detenimiento. Hecho

esto, dejé el corazón en su sitio, se cosió el pericardio, se volvieron a colocar las costillas y finalmente se suturó la faldilla de piel.

—¿Está preparada la transfusión?—pregunté.

—Aquí está el donante —dijo la señorita Blake—. Puede empezar.

—Yo lo haré, doctor —indicó el doctor Gregory—. Está usted agotado.

—Gracias, Gregory.

Estaba exhausto, después de casi una hora de trabajo, y de un trabajo como aquel, mi propio corazón comenzaba a funcionar mal. Me quedé en pie al lado de la mesa de operaciones, calado de sudor, y descansé observando. La inmediata transfusión no pareció producir mucho efecto. Empecé a preocuparme. Se acabó la transfusión y sacaron del quirófano al donante.

—El enfermo se debilita —dijo la enfermera.

—¿Pulso?

—Ciento veinticinco.

—¿Respiración?

—Quince.

—Esto va mal —murmuró Gregory.

Lekro se estaba volviendo pálido y amarillento. ¡Válgame Dios! Después de tanto trabajo, ¿iría a morir?

—¡Oxígeno! —ordené.

Lo acercaron, le pusieron la máscara en la nariz y en la boca y le dieron oxígeno. Yo mismo le tomé el pulso. Cuando se encuentra un pulso como aquél, sólo puede suceder una cosa: el paciente está agonizando. Sentí deseos de gritar, de pegar. Todo había sido inútil. Había creído salvarle, y estaba agonizando: no podía hacer nada más. Su respiración se hizo incierta. Por último, dejo de respirar.

—El enfermo ha muerto, doctor —dijo la señorita Blake.

—¡Qué lástima! —expresó el doctor Gregory exhalando un suspiro—. Esta es la mejor operación que he visto desde hace mucho tiempo. Es usted un genio.

Yo no le oí. Contemplaba el rostro exangüe de Lekro. Sin duda alguna, estaba muerto. No había vida en él. ¡Lázaro, levántate! Él lo había dicho en una ocasión, ¿no es cierto? Cuando su padre murió.

¡Lázaro, levántate! ¡Lázaro número siete, levántate! Si yo hubiese pronunciado aquellas palabras, todos los presentes me habrían creído loco. Pero sólo las pensé. Me incliné y apoyé la mano en el cuerpo. Di un salto y comencé a hablar rápidamente.

—Un momento. Aún percibo latidos en el corazón. Denle oxígeno con un diez por ciento de dióxido. Háganle la respiración artificial, suavemente. Así. Ahora lentamente; de veinticinco a treinta por minuto —esperé en tensión. Después dije—: ¡Adrenalina!

La señorita Blake me puso una jeringuilla hipodérmica en la mano, y yo inyecté directamente en la yugular.

—Respiración artificial... Oxígeno... Cualquier cosa para sostenerle...

—Serénese —murmuró el doctor Gregory—. Es triste perderlo, pero usted ha hecho todo lo que ha podido. Ha hecho esfuerzos sobrehumanos. Ha muerto, y no es suya la culpa.

—Sí, es mía la culpa —dije—. Le dejé mi sitio en la mesa. El cuchillo iba destinado a mí, y él lo recibió en mi lugar. Lo menos que puedo hacer...

—Pero, ¡hombre de Dios!, usted no es responsable de la vida ni de la muerte. Ha hecho todo lo que ha podido. Jamás he visto una operación como...

—El enfermo respira —murmuró la señorita Woody, tratando de aparentar indiferencia, pero con voz nerviosa.

—Vuelve el pulso —susurró la señorita Blake con los ojos brillantes.

—¡Dios santo! —exclamó Gregory con terror—. ¡Sería capaz de eso!

Lekro volvió a la vida; salió de la tumba de Betania envuelto en su sudario, y lenta, pero seguramente, volvió a vivir. Su pulso se hizo más firme, aunque no demasiado firme, y su respiración mejoró. No obstante, el sello de la muerte estaba grabado en su rostro, y no pudo borrarlo.

—Esto es un milagro —profirió el doctor Gregory—. Estaba tan muerto como Moisés, y ha vuelto a vivir. Había oído hablar de estas cosas, si bien nunca me habían ocurrido a mí. ¿Podremos trasladarlo?

—Supongo que sí —dije—. Si vive. Yo no sé si ha sido la

adrenalina o una oración, pero vive. Sin embargo, quiero que recobre el conocimiento. No me gusta su color. Es demasiado azul.

—¡Dios santo, Masón! ¿Qué esperaba usted? Si se rehace, será un caso único en la historia. A su edad, el shock de una operación del corazón es fatal en un noventa y nueve por ciento de los casos. Usted ha vencido a la herida. Ahora tiene que vencer al shock.

—Tengo miedo del shock —murmuré.

Lo trasladaron a una habitación y dejamos a una persona de guardia a su lado. Me quité la bata y me vestí. El doctor Gregory me prestó una camisa limpia, una chaqueta v unos pantalones. Mi traje estaba inservible. Había mandado una enfermera para que atendiese a Emily, y la enfermera, la señorita Thomas, una mujer de aspecto inteligente, me informó que Emily estaba mucho mejor y que deseaba entrar.

—Pues dígale que entre.

Emily se sentó a mi lado en la habitación de Lekro, velando al enfermo. Su suerte pendía de un hilo. Ella me dijo en voz baja:

—Me han contado lo ocurrido.

—¡Chist! —murmuré—. No hablemos ahora.

—Dios te bendiga, Steve, por devolver la vida.

—¡Chist! —y le acaricié la mano.

A las tres y media de la madrugada entró el doctor Gregory y miró primero el gráfico y después a mí.

—No me gusta esto, Masón.

—Ni a mí tampoco.

Lekro movía las manos y trataba de coger las sábanas; un sencillo signo de la proximidad de la muerte.

—Esta vez se muere.

—Lo sé.

Entonces, realmente, se moría. La adrenalina no hizo ningún efecto; la coramina, tampoco. No se podía decir «Lázaro, levántate». Por segunda vez, no tenía éxito. El ferviente fuego de mi deseo había desaparecido. No podría repetirlo.

—Está semiinconsciente —dijo el doctor Gregory—. ¿Por qué no intenta hablarle? Puede serle útil. De lo contrario, morirá sin pronunciar palabra.

Era una buena idea. Me acerqué a la cama y dije en voz baja:

—Max… Max Lekro… Soy Masón. Max… Lekro… Soy Masón — no obtuve respuesta. Repetí lo mismo durante unos diez minutos. El doctor Gregory movió la cabeza dubitativamente y salió. Volví a pronunciar su nombre y el mío en voz baja. Continué tercamente durante media hora, hasta quedar agotado.

—Siéntate y descansa, querido —dijo Emily—. Pareces un espectro.

—Él es el espectro. Lo será antes de que salga el sol. Y él conoce la respuesta; está guardada en su cabeza y no puede hablar.

—Doctor Masón —dijo la enfermera—, mueve los labios.

Me abalancé hacia la cama. Lekro había abierto los ojos, pero, evidentemente, no veía, porque sus pupilas estaban muy dilatadas, dándole una expresión espectral. La muerte penetraba en él como una serpiente, y estaba temblando. Su constitución no había podido resistir el shock de una operación de corazón.

Acerqué mi oído a sus labios y escuché. ¡Dios santo! Aquel hombre intentaba hablar. Emitía un ronco e inaudible silbido; de vez en cuando articulaba una palabra. Sabía que era yo, y sabía que agonizaba. Esto es lo que deduje. De pronto, haciendo un supremo esfuerzo, medio articuló: «Lepra… Lepra… Mi archivo, Masón… Consúltalo…», y en un abrir y cerrar de ojos murió. Murió como una vela que se apaga.

No esperé a observar el cadáver. Cogí a Emily por el brazo y dije:

—Vamos. De prisa. Tenemos que hacer algo.

Salimos del hospital y subimos al coche. Yo guié. Fuimos por el bulevar de Hollywood, pasamos Beverly y seguimos hacia la costa. Me detuve en una farmacia, que estaba abriendo, porque el sol ya había salido por el cielo de Oriente y telefoneé a Daniel Webster a la comisaría de Policía. Allí me dijeron que estaba aún en casa de Gloria Gerald. Llamé allí, y Webster se puso al aparato.

—¿Aún los tienes a todos detenidos? —pregunté.

—Sí —contestó—. Están furiosos, están serenos y no les gusta nada esto.

—Lekro ha hablado —dije—. Puedes decir eso. Emily y yo

iremos dentro de una hora aproximadamente, y el asunto se habrá acabado. Tengo que comprobar una cosa.

—¿Mencionó a alguien?

—No mencionó a nadie, pero me dio la clave. Me dijo bastante con una sola palabra. El resto lo puedo averiguar yo. Lo he estado haciendo durante años. Es mi profesión. Ya nos veremos.

—¿Cómo está Lekro?

—Ha muerto, pero yo no lo diría.

Después, Emily y yo continuamos con el alba hacia Swansea y hacia el Nido de ave de rapiña de las montañas donde el doctor Max Lekro había vivido. No teníamos llave. Rompí el cristal de una ventana y entramos por ella. No había vecinos que nos denunciaran a la Policía. La casa tenía un color gris oscuro y estaba desierta, hasta que un perro nos oyó v ladró. Fue un ladrido cariñoso, de animal que suplica compañía. Entramos en el laboratorio, y encontramos a los «lázaros» que aún sobrevivían en su horrible coma y a dos perros sanos que tenían hambre, se sentían solos y se alegraban de vernos. Mi primer acto misericordioso fue buscar una jeringuilla hipodérmica y morfina para poner una inyección a los animales resucitados. Encontré varias latas de alimento canino; las abrí y ordené a Emily que diese de comer a los perros sanos. Después comencé a examinar el archivo de Lekro, y no tardé mucho en encontrar un cajón de metal con la etiqueta «Lepra». Estaba cerrado. No tenía llave. Pero con un hierro y un martillo lo abrí y saqué los documentos. Allí encontré la historia del caso.

La historia del caso del asesino de Marión Ames, Shuttle Smith, Joss Henry y Max Lekro.

Del que quiso asesinar al doctor Steve Masón; y por una razón muy evidente.

El informe decía lo siguiente:

«HISTORIA DEL CASO X.»

Comenzado el tratamiento el 3 de febrero de 1941. El reconocimiento demostró arrugas, lesiones, ronchas blancas, pérdida de pelo, alargamiento de los lóbulos de las orejas y falta de sensación en las extremidades, incluso al quemar un dedo con un cigarrillo. Estado de ánimo abatido, demostrando un loco

terror y desesperación. Prometí el mayor secreto después de diagnosticar como lepra la enfermedad. Al parecer la enfermedad fue contraída en los Mares del Sur, unos años antes.

La historia clínica, en resumen, decía así:

«10 de febrero: Tratamiento de aceite de chaulnoogra; inútil. Hice una visita personal a la leprosería de Quantapeck, y recibí instrucciones sobre la {enfermedad. Me propongo hacer un experimento con sales de oro y sulfamilamida, empleando el método Ehrlich.

14 de febrero: He tenido al paciente una hora en cámara de fiebre; inyección de tiosulfato de oro; sulfamilamidas por la boca. Resiste bien el tratamiento. Demuestra más ánimos.

28 de febrero: Vuelve a salir pelo. Desaparecen las úlceras. Se curan las lesiones.

15 de marzo: Estado completamente negativo. Germen muerto en estado comatoso. ¿Por cuánto tiempo? ¿Habré hecho el milagro? Paciente, bien y feliz. Quedan algunas «cicatrices en la espalda y en el pecho. Es posible que un técnico pudiera descubrirlo después de detenido examen, pero dudo que cualquier otra persona lo sospechase. He realizado un buen trabajo y he merecido su agradecimiento.»

He transcrito en síntesis lo que aparecía en el archivo, pero la respuesta a nuestros problemas me resultó entonces evidente. Me volví hacia Emily, fijándome otra vez en su cuello alto y en sus mangas largas.

—¿Qué te sucede, querido? —me pregunto.

—Emily —dije—. ¿Por qué llevas el cuello alto y las mangas largas? Desde que te conozco, tus trajes han sido extraordinariamente modestos.

Emily enrojeció.

—¿Tengo que decírtelo?

—No. Tengo que verlo yo mismo.

—¡Steve!

—¿No llevas combinación debajo del vestido?

—Sí, pero no está bien…

—Tengo mis razones, Emily, y he de decir la verdad a Daniel Webster.

Me dejó que le desabrochara la parte de atrás del vestido.

—Me da vergüenza —murmuró.

—No digas tonterías —dije.

Emily se bajó el vestido hasta la cintura. Llevaba una opaca combinación de seda, pero parecía confusa. Vi que tenía una especie de salpullido en los brazos y el pecho, y me eché a reír.

—Ronchas —dije—. ¡Ronchas!

Emily volvió a ponerse el traje.

—No son ronchas. Es una urticaria —dijo—. Vosotros los médicos, con toda vuestra ciencia, no habéis podido hacer nada para curármela. No ha estado bien lo que has hecho, Steve. Confiaba en que desapareciera, porque lo he tenido tapado mucho tiempo. ¿Cómo podía esperar que un hombre se enamorara de mí sabiendo eso?

Le di un sonoro beso y la conduje hacia el coche.

—¿A qué ha venido todo eso? —me preguntó.

—Da gracias a Dios de que no sea lepra —dije.

—¿Qué tiene que ver la lepra con lo que ha sucedido?

—La lepra tiene mucho que ver con lo que ha sucedido. Es el motivo más extraño para asesinar que he conocido. ¡La lepra! Es fantástico y aterrador, en una ciudad de oropel como Hollywood. Pero, ¡válgame Dios!, soy un hombre que puede comprender la desesperación del leproso, el frenético terror a ser descubierto, el miedo irresistible que impulsa al crimen. Sí, Emily, la lepra es una cosa que cualquier hombre o mujer desearía mantener oculto, y cualquier persona normal sería capaz de matar para guardar ese secreto.

—Steve, no te comprendo. ¿Quieres decir que el asesino es un leproso?

—Quiero decir eso —repuse en voz baja—. El asesino es un leproso. Marión Ames, que nació y se educó en Hawai, si la memoria no me es infiel, debió de haber visitado Molokai muchas veces. Su padre era misionero, según dijo el senador. Probablemente fue a Molokai con él y vio lo que era la lepra, y un día, aquí en Hollywood, vio la lepra otra vez. La vio donde no debía

de existir, donde estaba oculta, y necesitando dinero, Marión Ames debió de cometer el chantaje a la infortunada víctima hasta su súbita muerte. Dudo que fuera asesinada por cuestiones del dinero. Fue asesinada para salvar su terrible secreto.

Emily me miró con los ojos muy abiertos.

—¡Dios santo, Steve! ¿Y ella reveló a Joss la verdad en esa carta?

—Sí. Joss recibió esa carta y supo la verdad… —me callé y reflexioné unos segundos—. Pero no puedo explicarme por qué utilizó esa carta para intimidar a Al Roche y conseguir un aumento de sueldo. ¿Por qué no reveló una cosa así a la Policía? Joss era lo suficientemente decente para eso. Creo que, en el fondo de su corazón, Joss no quería callarse, ni siquiera al final. Tuvo que callar.

—¿No sería también leproso?

—No. Eso es ridículo. Yo comí y dormí con él. Me habría dado cuenta… ¡Dios santo!

—¿Qué?

—¡Ya lo tengo! ¡Ya lo tengo! Naturalmente…

Eran las siete de la mañana cuando entramos por la puerta de la casa de Gloria, deteniéndonos, segundos después, ante la entrada principal. Bajamos del coche y entramos corriendo.

Nadie habría creído que sucedía algo anormal. El único que tenía expresión sombría era Daniel Webster. En la piscina, Al, Gloria, Shirley y Sammy Carnes estaban bañándose. Dentro de la casa, Félix y Young tocaban al piano una nueva pieza, que desgraciadamente, iba a ser cantada de costa a costa y que se titulaba «Todo por culpa de un niño llamado Cupido». Harvey Kane estaba resolviendo un crucigrama con el ceño fruncido y los ojos cansados. George Allison, su madre y Tony Zaparo estaban jugando a las cartas, y Shannon se había quedado sentado con la cabeza entre las manos. Louise Stafford, con aspecto de encontrarse mal, estaba descuidadamente echada en un diván, si bien nadie le hacía caso.

—Buenos días, senador —dije.

—Buenos días, doctor. Espero que me hayas ahorrado trabajo.

Ya sé lo que ha sucedido en el hospital. Has causado allí muy buena impresión.

—El problema está resuelto.

—Entonces, voy a reunirlos a todos.

Cuando entraron los que estaban en la piscina, pudieron darse cuenta de que algo importante iba a suceder. Todos se habían vestido, y Gloria se empolvó y se pintó los labios, tratando de borrar los efectos de la noche en vela.

—No hay nada como un baño a primera hora para el descanso del cuerpo. Buenos días, doctor. Tiene usted mala cara. ¿Cómo está Max?

—Max ha muerto.

Todos los presentes lanzaron una exclamación.

—¿Muerto? —repitió Al Roche, temblándole la boca.

—Sí.

—¿Y ha hablado? —preguntó Al.

—Ha hablado.

—El juego ha terminado —pronunció Al—. Ya no se puede ocultar por más tiempo la verdad, una verdad tan horrorosa como no se ha conocido en Hollywood. Yo estoy limpio de toda culpa.

Paul Shannon se levantó y se acercó a mí lentamente.

—¿Quiere usted decir, doctor, que ha encontrado la solución a este enigma? ¿Sabe usted quién ha matado a Marión, a Joss y a Max?

—Y a Shuttle —Al suspiró—. No nos olvidemos del pobre Shuttle.

—Sí —dije.

—Entonces, ¿cuál es la solución?

—Uno de ustedes tiene la lepra. Quizá debería decir que uno de ustedes ha tenido la lepra y puede o no haberse curado, pero el estigma de la lepra es algo terrible. Dios sabe que yo no perseguiría a nadie porque haya sido o sea leproso. Claro que el mundo es distinto. Los leprosos viven en perpetuo terror.

—Pero… ¡Un leproso! —exclamó Shannon—. ¡Dios santo, doctor! ¿Es que no sabríamos si uno de nosotros es leproso?

—Sí, ustedes lo habrían sabido. Yo, particularmente, lo habría sabido, pero el ambiente artificial de esta ciudad me despistó. Siempre hay señales en las orejas, aun en los casos negativos. Hay

lesiones, cicatrices blancas, piel reseca… Un hombre nunca podría bañarse sin ser descubierto. Una mujer no podría nunca llevar un traje de noche, a no ser como los de Emily.

—Entre paréntesis, amigos —dijo Emily nerviosamente—, tengo una urticaria que acaba de ser comprobada por Steve, así es que haced el favor de no mirarme de esa manera.

Todos se observaban mutuamente; se miraban la piel, las orejas, las manos, y todos estaban asustados. Todos menos Al y Daniel Webster. El senador miraba al cielo con las manos en los bolsillos.

—Naturalmente —continué diciendo—, me despistaron varias cosas. Me despistó el bronceado artificial del cuerpo, que también ha despistado a la mayoría de ustedes, el maquillaje que ocultó las cicatrices. Me despistó la ausencia de cejas, porque creí que era moda arrancárselas y pintarlas después con un lápiz. Me despistaron las cicatrices de la nariz, porque creí que eran debidas a una operación estética realizada para transformar su aspecto. Pero nada de eso era verdad. El cuerpo sigue teniendo cicatrices blancas debajo del maquillaje, del maquillaje a prueba de agua; las cejas no pueden crecer, porque el germen de la lepra, que hizo una vez que cayeran, lo impide. Y la nariz no ha sido operada, sino ulcerada por la lepra.

Entonces ya nadie dudaba de quién era la persona aludida. Todos la miraban, allí sentada, con su traje blanco, con un color gris en el rostro, pero serena, con el bolso abierto y una mano dentro de éste.

—¿No dices nada, Gloria? —pregunté lentamente.

Gloria sacó un revólver del bolso, sin prisa, y apuntó a Daniel Webster.

—No se mueva, amigo mío —dijo—. Tiene usted una pistola en el bolsillo, ya lo sé. Póngase las manos en la nuca.

El senador de Massachusetts respondió:

—Tómeselo con calma, señora. ¿Qué puede ganar ahora? Era un secreto y ya no lo es. Cuanto menos alboroto, mejor. Y se llevó las manos a la nuca.

Los ojos de Gloria tenían un duro fulgor.

—Está bien, Steve —dijo—. ¿Qué quieres que haga? ¿Que firme

una confesión? ¿Que dé un viva en tu honor? ¿Que cante de felicidad?

—Lo siento mucho —murmuré.

—Lo sientes mucho... ¿Para qué me sirve eso? ¡Maldito seas, Steve Masón! Maldito seas por haber aparecido en esta ciudad y haberte cruzado en mi vida.

—Escucha, querida —dijo Al con tono conciliador—. No te excites.

—Tú cállate, Albert —ordenó Gloria fríamente—. Siempre he deseado matarte, y aún puedo hacerlo.

—Escucha, querida. No sabes lo que dices...

Ella hizo caso omiso de él.

—Marión Ames me estaba haciendo víctima de un chantaje. Descubrió mi secreto una noche. Me la encontré en el estudio tan sola y desconsolada que me la llevé a casa para hablar con ella v darle ánimos. Pasó la noche conmigo. Mi intención era hacer algo por ella. Y descubrió mis cicatrices y la verdad. Desde entonces, mi vida fue un infierno.

—Lo comprendo —susurré.

—Tú no puedes comprenderlo. Nadie puede comprenderlo. Una famosa estrella de cine, cuyo rostro aparece en todas las revistas cinematográficas del país, cuya última película se proyecta en el Music Hall de Nueva York, resulta que es una leprosa. ¡Dios santo! ¡Era horrible! Yo no busqué la lepra. Germinó en mí, no por culpa mía...

—*Sombras de la Polinesia* —dije—. Los samoanos. Sin duda alguna, allí es donde contrajo la enfermedad. El germen tarda de dos a veinte años en incubarse, y por el tiempo de este caso creo que la incubación no desmiente a la regla.

—No retire las manos de la nuca —ordenó Gloria al senador.

—Me duelen —dijo Webster.

—Eso puedo arreglarlo yo —respondió Gloria.

—Bueno, no me importa el dolor.

Gloria volvió a mirarme.

—Te odio, Steve —confesó en voz baja—. Te odio porque por ti me han descubierto. De no haber sido por ti, nadie me habría descubierto. Joss tenía miedo de decirlo. Nunca lo habría dicho. Ya le enseñé los dientes en una ocasión. Habíamos sido amigos íntimos

durante mucho tiempo. No sabía que yo era leprosa, pero hablamos mucho de la lepra, y cuando lo averiguó, cuando aquella miserable mujer le escribió la carta, tuvo miedo a revelarlo. No habría hablado nunca, porque tenía miedo de que yo se la hubiese contagiado.

—Lo comprendí esta mañana —dije—, al volver en el coche de casa de Lekro.

—Pero tenía que desembarazarme de él —prosiguió Gloria—. Conociendo Joss mi secreto, no habría podido estar tranquila nunca. Nadie más lo sabía, excepto Max Lekro, y Max me amaba. Max era como un perro fiel. Me curó, me atendió, y pedía muy poco… —sus ojos relampaguearon—. Ese cuchillo no iba destinado a Max. Iba destinado al corazón del doctor Masón.

—También he comprendido eso —indiqué.

—A propósito —dijo el senador—, mi deber de policía es decirle que eso que ha dicho puede ser esgrimido contra usted ante los Tribunales de Justicia.

—Gracias —contestó Gloria—. No habrá ningún Tribunal de Justicia. ¿Qué clase de estúpida me cree?

—De la clase corriente. Puro formulismo. Olvídelo.

—¿Y Shuttle? —pregunté.

—Shuttle se interpuso en mi camino.

Me vio el día que fui persiguiéndole a casa de Max.

—Tienes un perro extraño —dije—. Está enseñado a no ladrar a los desconocidos y a ladrar a su dueño. Esto me despistó completamente.

—Está enseñado a matar a todo el que encuentre por la noche. Por eso no ladra.

—Pero lo que no comprendo es cómo me disparó a mí una noche y a Joss a la siguiente, los dos segundos después de haber telefoneado.

—Eres obtuso —terció el senador.

—¿Sí?

—Claro que sí. Dos teléfonos. Encino setecientos veintidós, el de la casa. Encino setecientos treinta y tres, el de la casa de invitados. Fue a la casa de invitados con una pistola y llamó al otro teléfono. Después de haber colgado y tener una coartada, disparó hacia la ventana del dormitorio desde la casa de invitados donde estaba

sentada.

—¿Cuándo averiguaste eso? —pregunté sorprendido.

—Ayer. Investigue lo que habían hecho todos sin obtener resultado. Entonces investigué las llamadas telefónicas. Emily llamó desde el restaurante de Al Levy, donde estuvo con Shannon para tomar algo. Esto estaba claro. La central telefónica no tenía ningún antecedente de esas dos conferencias de la casa de Gloria a los dos números de Encino. Y si había llamado desde su casa, tenía que ser por conferencia, y, naturalmente, tenían que saberlo en la central telefónica. Entonces fue cuando descubrí el otro teléfono en la casa de huéspedes, y, por excepción, hice uso de mi cabeza.

—Entonces, ¿por qué no...?

—Tenía que tener algún motivo. Tú me lo has proporcionado.

—Comprendo.

—Por eso trató de enamorarte, Steve. Quería que te enamorases de ella. Por dos razones. Dígaselo, Gloria.

—Estoy cansada de hablar.

—Creyó que Steve guardaría su secreto si lo descubría v se enamoraba de ella. Y creyó que, siendo una autoridad en la materia, podría mantener su curación y evitar la recaída. Usted, Gloria, tenía un miedo espantoso a que se le reprodujera la lepra.

—Estoy cansada —murmuró Gloria, abatida—. ¡Dios santo! Estoy muy cansada. Mi calvario ha sido largo y duro —me miró con ojos inexpresivos—. Me había jurado acabar contigo, Steve. Me había jurado matarte, averiguaras o no la verdad, porque tú eras la serpiente en este jardín del Edén. Pero creo que no ha sido tuya la culpa. Te has metido en esto por casualidad, y has resultado ser un hombre con escrúpulos. Por eso no te mataré. Cásate y sé feliz. Lo único que deseo es paz y descanso. Estoy harta de todo. ¿Sufrió Max?

—No, no sufrió. Murió en la mesa de operaciones. Lo reviví una vez. Hice lo que pude por salvarle. Pero el shock...

—¡Pobre Max! Conociéndole, era un hombre bueno, aunque un poco extraño.

Gloria levantó el revólver. Sonó un tiro. Y cayó muerta.

30

Emily, Daniel Webster y yo nos dirigimos al aeródromo a las cuatro de aquella tarde. Habíamos cargado todo nuestro equipaje en el coche de Joss, que, por lo visto ya no era suyo, sino que habría de ser devuelto a la agencia de la General Motors, porque no estaba pagado del todo y Joss no había dejado bienes. Ni siquiera testamento. El piloto y el avión, un pequeño Stinson 105, nos esperaban en el aeródromo. Yo lo había arreglado todo por teléfono.

—¿No piensas volver? —me preguntó el senador.

—No. He dejado un cheque por el importe de todos los gastos de entierro, y se lo he entregado al empresario de pompas fúnebres que tú me indicaste. Y te agradecería, senador, que procurases que Joss saliera físicamente de este mundo con el debido respeto.

—Bueno —murmuró el senador—. Me despido de los dos, porque veo que Al Roche está ahí, junto al avión.

—¡Vaya! —exclamó Emily—. Creí que no lo volveríamos a ver más. Por lo visto, quiere decir la última palabra.

—Adiós, senador —dije, estrechándole la mano—. Ha sido un placer conocerle.

—Las circunstancias no han sido muy buenas, pero no podía ser de otra manera —sonrió débilmente—. Quizá volvamos a vernos alguna vez en New Hampshire. Adiós, Emily. Sé una buena esposa y una buena madre.

Emily le dio un beso y derramó algunas lágrimas.

—Adiós. Lamento estas lágrimas, pero mi padre siempre deseó que fuese femenina.

Un mozo llevó nuestras maletas al avión. Cuando me acerqué a éste me di cuenta de que había dos cámaras de cine, ambas

enfocadas hacia nosotros y funcionando. Al se acercó corriendo a nosotros, asegurándose el primer plano de la película que estaban filmando:

—Adiós, doctor Masón. Y a ti, querida Emily, te diré que te echaremos mucho de menos. Sí, doctor. Usted nos ha robado una de nuestras mejores futuras estrellas.

—¿Qué es esto? —pregunté bruscamente.

—¡Cortad! —gritó Al—. Esto es el Noticiario, doctor. El Noticiario de la Mutual, los *Ojos del Universo*. Con la publicidad que ha tenido la muerte de Gloria, siendo usted el hombre que la descubrió y casándose ahora con mi querida Emily...

—Que nunca ha sido una futura estrella —dijo Emily.

—Lo sé, querida, pero suena muy bien.

—No quiero salir en su Noticiario —dije—. Dígame una cosa, Al. Usted sabía que tenía la lepra.

—Escuche —repuso Al—, no admito nada. Yo sabía que Max la estaba atendiendo por algo, y una noche lo emborraché y le sonsaqué la verdad. ¿Qué esperaba usted que hiciera entonces? ¿Que lo pregonara a los cuatro vientos? Me había gastado mucho dinero en aquella mujer, y significaba mucho para mí por las películas que aún podría hacer. Era una artista.

—¿No se dio usted cuenta de que ha sido un encubridor de los tres asesinatos? —pregunté.

—¿Quién? ¿Yo? Ignoraba que fuese ella la autora de esas muertes, doctor. No tenía la menor idea de lo que estaba haciendo —me miró con unos ojos tan inocentes como los de un niño.

—Vámonos —dije a Emily.

Nos acercamos al avión, y el piloto anunció:

—Todo está dispuesto, doctor. Se ha cargado el equipaje. Cuando quiera, puede subir a bordo.

—Espere un momento, doctor —dijo Al—. Pronuncie un discurso o diga algo ante la cámara... ¡Adelante, muchachos! —añadió, y como un actor dijo—: Bueno, buen viaje, y que su matrimonio sea muy feliz. Doctor, si alguna vez quiere hacer de ella una artista de cine, mándemela por correo.

—¿Nos están filmando? —pregunté.

—Sí, sí. Diga algo.

Entonces le asesté un puñetazo en la barbilla. No fue un mal

golpe, y Al cayó sentado, con una expresión de asombro y perdiendo el sombrero.

—Se lo debía —dije—. ¿Lo recuerda? Pero yo no uso nudillos de latón.

Emily subió al avión riendo y yo la seguí. Al cerrar la puerta oí decir a Al:

—Siempre dije que era un hombre gracioso. Y a mí me es simpático. No lo comprendo. Me es simpático.

El motor se puso en marcha. El avión se remontó hacia el cielo. Rodeé la cintura de Emily con el brazo, estrechándola contra mí, y no volvimos la cabeza.